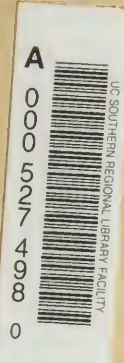
Casa Editorial de la Viuda de Muñoz



POLÍTICOS DE ANTAÑO

HISTORIA ANECDÓTICA Y SECRETA

DE LA

Corte de Carlos IV

POR

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

TOMO PRIMERO

ADMINISTRACIÓN
CALLE DEL FÚCAR, NÚMERO 3
Teléfono número 1.080

MADRID

POLÍTICOS DE ANTAÑO

Casa Editorial de la Viuda de Muñoz

POLÍTICOS DE ANTAÑO

HISTORIA ANECDÓTICA Y SECRETA

DE LA

CORTE DE CARLOS IV

POR

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO

Jefe de tercer grado del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios

TOMO PRIMERO

ADMINISTRACIÓN
CALLE DEL FÚCAR, NÚMERO 3
Teléfono número 1.080

MADRID

IMPRENTA DE PEDRO NÚÑEZ, ESPÍRITU SANTO, 18.

AL TRAVÉS DE UN LIBRO

(Una cosa que podría ser un Prólogo si realmente lo fuera)

¿Cómo y por qué, escritor venerable, popularísimo, coronado de nobles canas, ilustre en la prensa periódica, con un nombre esclarecido en el teatro y una autoridad definitiva en los graves estudios históricos, viene á mí, que si no estoy en los comienzos, no he salido de golpear sin eco sobre el ingrato yunque, para que yo escriba la primera palabra con que ha de tropezar el lector de este libro?

No há muchos días D. Ildefonso Antonio Bermejo honraba mi casa, y con su ademán cariñosamente imperativo y su voz, á despecho de la edad y de la literaria profesión, siempre bélica, sin explicaciones, sin atenuante, sin dar espacio al natural reparo de mi modestia halagada, pero de ningún

modo desvanecida, díjome el famoso autor de *La Estafeta de Palacio:*

—Tengo un editor, de los que casi no se estilan; un editor que paga como Dios manda *(El lo haga un santo,* murmuré yo para mis adentros); pues bien, la primera obra que ese hombre excelente va á publicarme es la *Historia anecdótica de la Corte de Carlos IV*... Esa obra la conoce usted; aparte algún que otro capítulo, los principales, los que puede decirse que forman la entraña de ella, se han publicado en *El Heraldo de Madrid* desde los primeros días de su fundación...

—Noticia es esa que me alegra muchísimo, mi querido D. Ildefonso. Fuera de esos manualetes de historia con que algunos Tácitos y Herodotos de la *Guía* reparan—como dice *Clarín*—las deficiencias del presupuesto de Fomento, toda la historia razonable y aun racional que aquí se escribe cabe en un papel de cigarro... Usted «hace» la historia según el único método prudente y fecundo, apartándose de la vil erudición encliclopédica y cultivando el sistema monográfico, que es el que siguiera el insigne Macaulay, y al que rinden su tributo de genio Menéndez Pelayo y Taine...

El viejo y enérgico escritor no me dejó acabar...

—No he venido sólo á noticiarle la publicación

de mi obra; mi visita es más interesada: necesito que usted me escriba un prólogo.

—¿.......?

—¡Sí, señor, un prólogo; está dicho, y no me vuelvo atrás, y aun estoy por añadir que no me voy sin las cuartillas!

....Han pasado los días, y mi viejo y respetado amigo vuelve á su cariñoso tema: «¡Necesito ese prólogo!» y yo sigo en mis confusiones...

¿Por qué elegirme á mí para que diga al público ¡hé aquí un hermoso libro! cuando necesitaría que Bermejo, con su notoria autoridad, comenzara por presentarme?

No puede el empeño de Bermejo tener más que esta explicación satisfactoria: la generosa ancianidad gusta siempre acompañarse de la juventud.

***

La primera vez que yo leí algo de Bermejo fué en 1874. Era yo un chiquillo, y reí con toda mi alma entre página y página de los *Recuerdos del Paraguay*, escritos por Bermejo á su vuelta de aquel infortunado país, á donde el escritor español diera con sus huesos á causa de persecuciones políticas. Aquel librejo me gustó, me gustó de verdad. El tirano don Carlos Antonio López; su heróico hijo, que tenía dentro del cuerpo un alma digna

de otro teatro y de otros tiempos; la corte aquella de Ministros vestidos de arlequín; los Diputados guaraníes poniéndose los zapatos á la entrada del Palacio legislativo; todo aquel Paraguay anecdótico, pintoresco, narración suelta y alegre, mancha de color fijada al lienzo de un solo trazo, tenían un encanto particular, una sana frescura. Aquello estaba visto y sentido por una naturaleza artística habituada á «ver» y á «sentir.»

Por la lectura de aquel libro vine yo en cuentas de quién era Bermejo. Poco tiempo después cayó en mis manos *La Estafeta de Palacio*... ¿Cuántos volúmenes son? No lo recuerdo. Sí sé que eran monumentales, y que, letra por letra, fuí yo agotando con mis ojos de lector nervioso aquel arsenal formidable de nuestra historia contemporánea.

¿Lo diré? Verdaderamente, ¿por qué habría de callarlo? Para que yo leyera aquellos *in folios* tan cargados de hojas y de letras, necesitábase que encerraran muy especiales atractivos literarios é históricos; porque cuanto á su espíritu, no podía ser más opuesto á todos los sentimientos de mi alma. La introducción que Bermejo acostumbraba poner al frente de cada uno de sus capítulos de *La Estafeta* era una terrible diatriba contra la Revolución, eternamente gloriosa, de Septiembre.

Cuando no había más alfonsinos que los redac

tores de *La Gorda*—Selgas, Liniers y Fernández Bremón;—y el Sr. Cánovas, acompañado de don Francisco Silvela, y del malogrado Bugallal y de otros tres ó cuatro jóvenes, votaba en blanco en la elección de Rey; y el señor Calderón Collantes, con otros restauradores del «día siguiente,» inventaba aquello de la *cuasi legitimidad*, y únicamente, en fin, el Sr. Jove y Hevia se atrevía á defender la legitimidad entera; este noble y excelente Bermejo, mientras recogía materiales en los archivos, y los ordenaba artísticamente y escribía, en fin, la historia de nuestro renacimiento parlamentario y constitucional, con la grave compostura de Melo y la entonación de las *Empresas* saavedrianas, todavía tenía tiempo para poner de vuelta y media á la Revolución, y para lapidar á sus hombres más principales. Y todo ello en nombre de la majestad caída, de la legalidad rota, bajo las cuales, vencido como *polaco* platónico, pero ardoroso, tuvo que emprender la aventura de Paraguay.

¡Qué rabia me daba aquel demonio de reaccionario diciendo pestes de Prim, de Rivero, de Castelar, de Ruiz Zorrilla, de Sagasta, de Pí y Margall, de la libertad, de la democracia, de cuanto amáramos los muchachos de entonces con el encendido fervor qne despiertan las grandes caídas vistas al través de una irreductible distancia!...

Cuando yo leía *La Estafeta de Palacio*, paladeaban los alfonsinos los primeros dulzores de la Restauración. Los desahogos de Bermejo—siempre de anterior fecha—me irritaban; pero seguía leyendo, porque *La Estafeta de Palacio*, á pesar de aquellos prólogos apasionados y furibundos, tenía para mí muchas y muy gratas novedades... La labor literaria me sabía á cosa buena, á cosa antigua, sin la abominable comedia de estilo y estrepitoso aburrimiento de Ferrer del Río; yo había leído á éste, pero desconocía á Melo y á Saavedra Fajardo; de manera que sólo por intuición pude yo decirme, como me dije:

—Pues señor, este D. Ildefonso Antonio Bermejo debe estar colocado en un justo medio plausible, porque ni escribe con las fatigas del historiador de Carlos III, ni tan á la buena de Dios como los periodistas de batalla...

Y luego, recorrriendo *La Estafeta*, se enteraba uno, punto por punto, de muchas historias de «hoy,» desconocidas y oscuras por completo para la generación que estaba casi en la cuna el día de la revolución de Septiembre.

Con más discernimiento, con el reposo propio de más juiciosos años, he vuelto á leer la obra fundamental de Bermejo. Es, sin duda, el trabajo de un historiador que, á pesar de ciertas propensiones á la

pasión, ha buscado la verdad y ha sabido encontrarla.



En tan buena ó mejor disciplina científica se ha inspirado para escribir la *Historia anecdótica de la Corte de Carlos IV*. El documento humano que Zola exige aun á la novela imaginativa, abunda con asombrosa prodigalidad en esta especie de novela de la historia. Tan minucioso como Macaulay cuando coge al convencional Basere con unas pinzas hasta clavarlo en la picota, ha sido Bermejo al estudiar, por ejemplo, á Godoy y Fernando VII. De los mismos procedimientos de detalle y reconstitución—pase la palabra,—del medio ambiente personal y local que pone en práctica Taine para obtener la esencia humana de la revolución francesa, se ha valido Bermejo para penetrar en una de las épocas más revueltas, más negras, más difíciles y singulares de nuestra historia.

Sin desestima ni desdén para el elemento épico, que si el poeta puede inconscientemente traducir escapará siempre al antropólogo y al historiador, cuida Bermejo, siendo eco fidedigno y vibrante de nuestras glorias, de profundizar el lado humano de aquella inmortal epopeya. Si es admirable espectáculo el de la tempestad, agitando los aires, estallan-

do en el espacio, poniendo en el cielo las negruras de la nube y las claridades de la centella, no causaría menos maravilla seguir al átomo en sus cambios y en sus agregaciones, sorprender en su marcha los vapores acuosos, presenciar la combinación de las fuerzas, las acumulaciones de electricidad, asistir á la formación de ese gran fenómeno que se llama el rayo, y hallar en el encuentro de cien agentes humildes la causa de la siniestra luz y del ruido del trueno.

El autor de la *Historia anecdótica de la Corte de Carlos IV* asómbrase y conmuévese, como patriota y como artista, ante el movimiento sobrehumano de nuestro pueblo frente á la invasión napoleónica. Realmente «eso» no se ha cantado todavía como piden su sublimidad y su grandeza.

¿Qué éramos frente á Francia, ejercitada en la guerra, rica por un botín casi universal y poseedora de lo más valioso en táctica, en material y en genios militares? Pobres, encogidos, enervados; los de abajo casi estúpidos, los de arriba sin casi, y además corrompidos, parece milagroso que repentinamente del fondo silencioso y pestilencial de aquella charca cenagosa saliera nada menos que un pueblo...

Nadie había resistido á Napoleón. Austria le había dado, para que ocupara el lecho de Josefina, á

la más tierna y sensible de sus Archiduquesas. La Reina de Prusia, ahogando su odio y su orgullo, llega á colocar una rosa en el ojal de la célebre casaca gris, y tiene que escuchar, resignada, á Napoleón, este exabrupto histórico: «Señora, no me gustan las flores...» Al través de las páginas del *Hermán y Dorotea*, de Goethe, se ve cómo el pueblo prusiano, desperdigado cual rebaño medroso, se aleja al oir los pasos de los victoriosos de Jena. Suecia, Noruega, Holanda, Italia, ofrecen á Bonaparte cetros y coronas á granel para sus deudos y compañeros de fortuna. El Papado practica por primera vez, ante aquel hombre, la verdadera mansedumbre evangélica: abofeteado en una mejilla, puso humildemente la otra... A Rusia no la salvaron los hombres... Ya con palabras de nuestro segundo Felipe lo dió á entender el último César... El no podía luchar con los elementos. Aun así, en medio de la nieve, que era una maldición, pudo ver el incendio de Moscow, que era una deconsoladora venganza... España, y no más que España, con su pecho y su sangre, con su solo aliento y sus fuerzas solas, es el pueblo que lucha, resiste, pelea hasta la muerte, y saca de esta pelea trágica la vida, la regeneración, la victoria.

D. Ildefonso Antonio Bermejo no canta, no escribe la epopeya... La señala; nos dice: esa es; nos

nombra á los héroes verdaderos, repara los olvidos injustos; vuelve á su primitiva fidelidad muchos sucesos, y á su lugar propio muchos nombres maltratados por la historia ó abultados por la leyenda; se ve, en fin, en el libro del ilustre viejo no sólo la tempestad con sus truenos y sus rayos, sino su íntima formación, sus combinaciones de fuerzas misteriosas. El fenómeno queda vulgarizado, y vulgarizar la patria es ensancharla, es sencillamente extenderla.



Con el trabajo de Bermejo muéstranse en plena luz cuatro interesantes figuras; Carlos IV, María Luisa, Godoy, Fernando VII... Ya D. Segismundo Moret, con la expresión luminosa de su oratoria y las grandes síntesis propias de la tribuna, dió, acerca de personajes tan tristes y de tan infeliz recuerdo, la pauta que en definitiva seguirán los historiadores del porvenir. Es difícil rehabilitar la memoria de una Reina tan desdichada como María Luisa, y de un Príncipe como Fernando VII, acusado de impudicias y deslealtades.

Por si acaso, ya Bermejo completa la obra del orador demócrata, y deja para siempre al Príncipe asociado material y espiritualmente á *Chamorro,* y á la Reina escarneciendo, más que la Corona, las bondades y las canas del pobre Carlos IV.

No merece este desventurado Rey un exceso de indignación. Bermejo penetra bien en su alma, y nos da con fidelidad la imagen. Era un pobre hombre, un burgués de la realeza. De corazón sano, pero de cortísimo entendimiento, con escasas ó ningunas humanidades, sin mundo, sin estímulos, sin grandeza de espíritu, su colaboración en la catástrofe nacional no fué activa, y hay que ponerle á cuenta no más que de su nacimiento cerca de un trono. Era lo que se llama un predestinado, un predestinado á las humillaciones y á los sufrimientos que procura un carácter sin energía. Fué juguete de María Luisa, de su hijo, de Godoy; á los tres amó siempre y los tres le engañaron. Al frente de una tienda de ultramarinos, habría mostrado el mismo carácter; y de estos tales, andan por el mundo á montones. No hay que achacar á la dignidad y cargo más que el desacierto con que la herencia procedió, poniendo un reino en manos de un hombre que en caso alguno habría sabido ser un dichoso y respetado jefe de familia.

En el punto en que yo me aparto de «todo el mundo» y paréceme que del mismo Bermejo, es al apreciar el carácter y la obra de D. Manuel Godoy. Sus *Memorias*, escritas y publicadas en París, no son cosa de un hombre vulgar; como justificación y respuesta á muchos cargos, no dejan de satisfacer

en varios pasajes á la crítica más prevenida. Cierto que el encumbramiento rápido de Godoy no puede explicarlo convenientemente ni él mismo. Pero bajo el régimen absoluto, sin los medios de publicidad y de propaganda con que hoy cuentan los hombres políticos, sin Parlamento, sin prensa, sin forma alguna de vida la opinión—no pensaba en ello hasta 1810 nadie, ni Jovellanos, ni ninguno de los «doceañistas»—¿qué camino seguía y había seguido en todo tiempo la gente ambiciosa y despierta, como Godoy? ¿Habría otro medio de llegar, como entonces se decía, al valimiento, que amparándose de cualquier oscuro recurso palatino? El poder de cualquiera de los antecesores de Godoy—los Squilache, los Alberoni, los Valenzuela, los Olivares, los Lerma—no tuvo mejores fundamentos que el suyo. En cambio, su obra señala un adelanto positivo.

En primer lugar, Godoy no era un cualquiera. Mientras los grandes y el pueblo aplaudían á Comellas, él protegía á D. Leandro Moratín. Durante la efervescencia revolucionaria en Francia y el primer empuje del Imperio, supo, con una política expansiva, mantener á España respetada del extranjero y tranquila en el interior. Si algún ejército había organizado el día de la guerra, á él debióse; si con alguna marina contábamos, á él hay

que agradecérselo. Los nobles odiáronle por su improvisación; el pueblo porque siempre sufre mejor á un señor endiosado que á uno de los suyos ennoblecido: entre estos odios, mal podía salir adelante; pero su política era más de su tiempo, más nueva, más generosa que la de los aristócratas atiborrados de vanidad y de letanías, y mucho más decente que la de aquella camarilla de aguadores brutales, de clérigos ignorantes y de lacayos indignos que rodeaba á Fernando VII.

Sobre el Príncipe de la Paz ha pesado, y Dios sabe cuánto pesará aún, la leyenda que forjan, y nada destruye los odios y los desprecios populares. José Bonaparte sigue siendo *Pepe Botellas*, tuerto y bebedor; D. Manuel Godoy, hombre distinguido, hidalgo extremeño, bastante ilustrado para su época, seguirá siendo el *choricero* que enamora con las castañuelas y la guitarra, por una aberración repugnante, el corazón de una Reina lasciva. ¡No; no fué su tiempo superior á Godoy! Para que aquel pueblo despertara después de Rocroi, se necesitó que le hirieran en la única fibra que en su pecho quedaba ya sensible.

Por otra parte, desde que España existe, ¿han hecho más los españoles que defender su suelo y su hogar?... Pero si algunas culpas propias debió expiar el Príncipe de la Paz, ¿qué mayor expiación

que aquellos cincuenta años que pasa en París, hambriento y roto, sobreviviendo á su siglo, á sus Reyes, á su nombre, á su catástrofe, á su misma sombra y á su mismo recuerdo?

Cuando Godoy iba á pedir un pedazo de pan á los españoles que pasaban por París, sus compatriotas tenían que hacer un esfuerzo de memoria...

—¡Godoy! ¡Godoy!... ¡Ah! ¿Es usted?

Era como un aparecido. De lo que él representaba nada había quedado en pie. Sólo se había salvado esta España eternamente grande y fuerte, cuyo glorioso despertar nos relata Bermejo en este libro que, además de ser una hermosa producción literaria, es una obra por la patria.

JULIO BURELL.

POLÍTICOS DE ANTAÑO

1784

Profecías de un capuchino.

El día 14 de Octubre de 1784, nació en El Escorial el príncipe Fernando, hijo del que reinó después con el nombre de Carlos IV, que se distinguió por la bondad de su corazón, por el amor que profesó á su pueblo, por su afición á la caza y por la docilidad de su carácter.

Pero se distinguió más que por nada, por su extremada debilidad y por la carencia de aquel talento creador que debe resplandecer en los monarcas de una nación poderosa en los tiempos aciagos y turbulentos que corrían.

Su esposa, la princesa doña María Luisa, era de un carácter diametralmente opuesto al de su marido; fogosa de imaginación, de temperamento irritable, había logrado ejercer sobre su esposo un pre-

dominio tal, que hubo de ser funesto para el matrimonio y para España.

Los jesuítas tenían por aquel tiempo muchos amigos, que habían vituperado su expulsión durante el reinado de Carlos III. Puede asegurarse que la parte menos ilustrada de España fué la que miró con desagrado aquella ruidosa determinación; pero si era menos ilustrada, era, en cambio, la más numerosa, especialmente tratándose del clero, que odiaba de muerte al ministerio, porque amparaba y sostenía las prerrogativas del trono contra los desaciertos de la curia romana.

Por esta razón, el nacimiento de Fernando fué para esta gente un acontecimiento, que calificaron de providencial, y le celebraron con himnos de júbilo y con singulares profecías.

Además de las funciones religiosas y oficiales que se celebraron por tan fausto acontecimiento, algunas parroquias y conventos rindieron piadosamente culto al suceso, y se hicieron convocatorias especiales para que acudieran á los templos las almas devotas para rogar «por el recién nacido, robusto infante destinado para la gloria y el engrandecimiento de España católica, apostólica, romana.»

Alojábase provisionalmente en la iglesia de San Martín un misionero capuchino, que iba recorriendo los pueblos de Castilla ejerciendo su ministerio.

Sabedor del nacimiento del príncipe Fernando, entusiasmado con el suceso y queriendo adular el sentimiento del clero, enemigo de la expulsión de los jesuítas y poco adicto á las ideas que profesaba el rey Carlos III, ideó predicar en la referida iglesia de San Martín un sermón, durante una función ó una novena que debía celebrarse, proclamando la advocación de San Cayetano, abogado de la Providencia; pero lo más notable del caso, fué que el misionero tenía que convertirse en profeta de futuros acontecimientos, y sería creído, porque el reverendo tenía reputación de venerable con asomos de santidad, y aun se decía que curaba á los enfermos con sus exhortaciones, lo cual se tenía como asunto milagroso. . . . .

Comenzó la novena, ó función religiosa, el día 12 de Agosto de 1785, es decir, cuando el regio infante había cumplido los diez meses. La iglesia de San Martín se llenó de gente para escuchar las palabras del misionero, y, terminado el ritual que precede, subió al púlpito el capuchino y fué saludado con los murmullos de asombro que inspiraba su reputación de santidad, aunque no de elocuente y sabio, como lo demostró en su sermón, del cual apuntaré algunos pedazos para confirmación de mi aserto.

Con acento grave y solemne, dijo entre otras cosas:

«...Llevad vuestros corazones al augusto reciennacido, esbelto y sonrosado como hijo del jardín celeste, flor no marchita todavía por los tempestuosos huracanes de la impiedad. Sobre la cabeza de este infante idolatrado *revolotea* la corona abrillantada de San Fernando, y de su derecha mano pende la vigorosa espada de Carlos I. Cuando el precioso niño se vea cobijado por el solio de sus antecesores, abrirá de par en par las puertas de los conventos cerrados, y volverán al seno de su perdida *domesticidad* los desgraciados discípulos de San Ignacio de Loyola, varón sublime que ocupa el lugar más *reluciente* y *refulgado* en la *corte azulada* de los bienaventurados...»

. . . .

«...Desaparecerá para siempre la extirpe desvergonzada y atrevida que *levanta holocaustos* á Voltaire y á otros impíos del propio linaje, y la santa iglesia, madre de los humildes, rociará con su *caldo vivificante* las conciencias atribuladas de los *medrosos amedrentados*...»

No quiero entresacar del sermón manuscrito, mutilado ya, otros párrafos del mismo jaez para no hacer interminable este trabajo.

Pero cuentan que la jaculatoria final fué conmovedora; que las mujeres derramaron lágrimas copiosas, según referencia del *Memorial Literario* de

aquellos días, y que los hombres más sabios que concurrieron á esta función, invadieron la sacristía para colmar de plácemes entusiastas al venerable misionero, que, con formas tan brillantes había profetizado el porvenir de España bajo el célebre reinado de Fernando VII.

No obstante, al siguiente día desapareció el misionero de la corte, pues hubo de recibir noticias poco tranquilizadoras, porque refirieron al rey lo acontecido.

1789

Proclamación de Cárlos IV.

Se trabajó con esmero y diligencia para que esta ceremonia fuese muy lucida y dejase memoria en los fastos de la historia contemporánea.

No es posible apuntar, en un reducido número de páginas, la narración de este acontecimiento; pero referiré en compendio lo más notable y lo más curioso, á fin de presentar con la debida fidelidad las costumbres de nuestros antecesores á fines del siglo pasado.

El Sr. D. José Antonio de Armona, Corregidor de Madrid, mandó que el Ayuntamiento se juntase en las Casas Consistoriales á las diez de la mañana del día 17 de Enero de 1789 para hacer la proclamación de Carlos IV en los puestos acostumbrados.

Con efecto, ese día á la mencionada hora, salió el Corregidor á caballo de su posada, en la calle de Fuencarral, acompañado de veinticuatro alguaciles, el Alguacil mayor, también á caballo, y ocho porteros de vara á pié, tras los cuales iba un coche de respeto.

Esperaban á D. Antonio de Armona en las Casas Consistoriales todos los Regidores, Diputados del Común y el Procurador síndico primero.

A la misma hora del propio día, el señor Conde de Altamira, Caballero de la insigne órden del Toisón de Oro, salía desde sus casas en la calle Ancha de San Bernardo acompañado de muchos grandes, todos á caballo, con dirección al Ayuntamiento.

Vestía el Conde de Altamira el uniforme de Gentilhombre *sin botines ni espuelas*, sobre un caballo negro ricamente enjaezado con aderezo de terciopelo de color de cereza bordado de plata, precedido de seis volantes vestidos de terciopelo amarillo, cubiertas las costuras con galón de plata ancho y *chu-*

petines guarnecidos de galón de oro, toneletes con fleco de canutillo de plata, gorras bordadas con las armas del Conde, con bastones de plata. Seguían á éstos seis, ocho lacayos con libreas amarillas y bastones de plata; al lado del Conde iban dos caballerizos á caballo, y detrás el sota y domador, y luego los dos caballos de montar y de manos, que eran doce con ricos jaeces.

Cuando llegó el Conde de Altamira á las Casas Consistoriales, salieron á recibirle al primer escalón de la escalera principal cuatro Regidores, los cuales, después de cumplimentarlo, le acompañaron hasta la sala, en la que tomó asiento á la derecha del señor Corregidor.

En medio de estos dos personajes se hallaba el pendón real dedamas, de carmesí, donde aparecían bordadas las armas reales de Castilla y León.

Todos se pusieron de pié y se descubrieron, y abierta la puerta de la sala capitular, el señor Corregidor tomó en la mano derecha el pendón real, y dijo:

—Señores Secretarios de S. M. y de este Ayuntamiento: dénme certificación como, en nombre de Madrid, entrego este real pendón al excelentísimo Sr. Conde de Altamira, Duque de Sanlúcar la Mayor, para que le levante por el Rey nuestro señor D. Carlos IV.

Tomó el Conde el pendón. Montó á caballo con la Comunidad de Madrid, compuesta del Marqués de Perales, D. Juan Francisco Albo y Helguero, D. Antonio Jaramillo y D. Nicolás Verdugo, dióse principio á la función y se dispuso el paseo en la forma siguiente:

Los clarines y timbales de las Reales Caballerizas; un piquete de alabarderos para abrir paso; veinticuatro alguaciles del Juzgado de Madrid á caballo en traje de golilla con varas levantadas, presididos por el alguacil mayor, que iba vestido de terciopelo negro y chupa blanca bordada, con vara levantada y ricamente enjaezado en caballo; los Grandes, Títulos, Caballeros y Oficiales de graduación; seis maceros á caballo con ropas y gorras de damasco carmesí; los Abogados de Madrid; los cuatro reyes de armas con sus uniformes de Casa Real; el señor Corregidor con bastón y á su derecha el señor Conde de Altamira con el pendón real.

Dirigieron su marcha en esta forma por la calle de la Almudena y Santa María, y entraron por el arco de Palacio á su plazuela. El Rey, la Reina y el Príncipe de Asturias, que fueron los primeros que vieron el acto de la proclamación, ocupaban el balcón principal de Palacio, acompañados de los Secretarios de Estado, Embajadores, Ministros extranjeros y damas de su servidumbre.

Mandó S. M. que entrase la comitiva, que se encaminó al tablado que se había construído delante del balcón, y descubiertos todos los señores, Grandes, Títulos y Caballeros, se apearon D. Vicente Lorenzo Verdugo, Secretario del Ayuntamiento, y don Manuel Pinedo, los cuatro reyes de armas y el señor Conde de Altamira, y subidos todos en el tablado se colocó el Conde en el centro con el real pendón, saludó á SS. MM. y AA., y exclamó D. Juan Brochero, rey de armas más antiguo:

—¡Silencio! ¡silencio! ¡silencio! ¡Oid! ¡oid! ¡oid!

El Conde de Altamira enarboló entonces el pendón real, y gritó:

—¡Castilla! ¡Castilla! ¡Castilla por el Rey don Carlos IV (que Dios guarde)!

Tremoló por tres veces el pendón, al paso que el pueblo daba vivas á su Soberano, y se arrojaban muchas monedas de oro y plata que se habían acuñado para este acto. Los Reyes quedaron muy complacidos, y concluída la ceremonia, subieron á la Sala Consistorial todos los expresados señores, y dijo en alta voz el Conde de Altamira:

—Dénme certificacion de que entrego al Corregidor este real pendón.

Finalizada esta ceremonia, el Conde puso el pendón en manos de D. Juan Francisco de Albo y

Helguero, el cual le colocó en el balcón dorado que daba vista á la calle de la Almudena, donde estaban los retratos de SS. MM. de cuerpo entero.

Todos acompañaron al Conde á su casa, donde tenía preparada una abundante y exquisita comida para todas las personas que había convidado para la proclamación.

1790

Pasquines y memoriales.

Tres meses después de haberse verificado en Madrid la proclamación del Rey Carlos IV, ocurrió un suceso extraño, del cual voy á dar cuenta á mis lectores.

Una mañana se encontró en el patio del Palacio real, fijado, un pasquín que decía: «Señor, muera Lerena, ó...» Igual á este pasquín, se encontraron otros en la Puerta del Sol, en la esquina de la Villa, á espaldas de Santa María, cerca de San Sebastián, en la casa de los Gremios y sobre el agujero por donde se echaban las cartas para el correo exterior.

De todo esto se dió cuenta al Rey; pero pareció

imposible averiguar quién pudiera ser el autor de estos pasquines.

Una noche se presentó en el cuarto del señor D. Manuel Pacheco, Capitán de Reales Guardias de Corps, un chico de unos once años de edad, y le entregó un memorial para S. M., que le había dado un desconocido, y se ausentó. El Capitán repasó el documento, y vió con sorpresa inaudita que en este papel anónimo se dirigían violentas y soeces acusaciones contra el Secretario de Estado, D. Pedro de Lerena, y el Conde de Floridablanca. Entre otras cosas, decía el memorial: «... No es posible sobrellevar más el que permanezca más tiempo en su empleo LERENA, quien debió ser despojado á los pocos días de reinar V. M., el que deberá salir á los ocho días fuera de esta corte; porque en no siendo así, perdónenos V. M., le hemos de hacer tajadas en la calle.

Tuvo el Rey conocimiento del hecho; leyó el memorial, y dijo: «Estará loco.» Pero pasados algunos días, una tarde en que Carlos IV y su esposa, al regresar de un paseo de la Casa de Campo, y cuando subían las escaleras, entre los muchos pretendientes que se aglomeraban para presentarles memoriales, entregó á la Reina un papel un hombre que llevaba una capa color grana. Cuando los Reyes penetraron en su real cámara,

Carlos puso los memoriales sobre una mesa; pero la Reina, sentándose al lado de un velador, vínole en antojo recorrer con la vista el memorial que le había entregado el hombre de la capa color grana, y quedó sorprendida y atónita al enterarse de su contenido. Llamó la atención de su esposo acerca de este papel, que volvió á leer María Luisa, con singular asombro del Monarca, porque el contenido del escrito era el siguiente: «Señor: Por el Capitán de Guardias de Corps sabrá V. M. lo que con la mayor atención y veneración se le hacía presente para que, usando de su piadoso celo, hiciese quitar de Ministro de Hacienda á LERENA... Con la advertencia de que, como quede en estas inmediaciones, precisamente morirá, por lo merecido que lo tiene: porque, señor, si con tanto robar fuera para aumento del real Erario de vuestra majestad, nuestros corazones y la vida toda sería poco para dar á nuestro Soberano; pero que él nos *amuele* tan sin reparo (pues no tiene vergüenza), eso no, señor.

»Él es el mayor ladrón que ha salido de las tabernas de Valdemoro; él ha comprado la hacienda que V. M. sabe en trece millones; él ha comprado dos cabañas en cabeza de otro en trescientos ochenta mil reales; él ha comprado en su lugar cuanto le venden; allí tiene tres obras que no las puede

acabar, según su planta, con tres ó cuatro millones; ¿y de dónde sale esto, señor? Sale, hablando con toda claridad y verdad á V. M., y tan cierto como esta es †, de que todos los empleos los vende, de todos toma lo que le dan, á ningún pobre atiende, ni al rico, como antes no pongan las talegas que traen en casa de los *alcahuetes* que tiene para este fin por cuya mano se da todo; él pone bien con V. M. á quien quiere faltando á la verdad, que nunca ha conocido... V. M. entienda que el buen Floridablanca parte con este hombre los millones que roban, y á V. M. lo embotan con aparentarle cargos de conciencia que ellos no han tenido nunca... Supongo, señor, que V. M. cuidará de recoger todo lo que tiene Lerena, que todo es suyo; y en su casa tiene más plata guardada que V. M. tiene en su Real Palacio.»

Después que los Reyes comentaron este raro documento que dejo en parte apuntado, determinó D. Carlos llamar al Conde de Floridablanca, al cual habló de la siguiente ó parecida manera:

—Repasa ese memorial que esta tarde entregó á la Reina un desconocido. Dice mi esposa que entre la multitud no le es fácil recordar ni discernir quién pudo darle el papel; pero la materia apura demasiado para dejarla en simples averiguaciones, y quiero hacer un escarmiento.

Y añadió la Reina, que estaba presente:

—Es preciso sembrar de espías los zaguanes, rincones y escaleras de palacio, para ver quién es capaz de introducirse y familiarizarse con las personas de todas clases que pierden su tiempo.

Como era de esperar, Floridablanca reputó el papel de calumnioso, y ofreció no levantar la mano hasta descubrir al autor del memorial, que también lo sería de los pasquines.



Se repartieron espías por los corredores y escaleras del Real Palacio, y observaron separadamente á las personas que por allí transitaban, y que pudieran infundir sospechas.

Notaron una tarde á un hombre con capa de grana, que andaba muy solícito en las escaleras de palacio dando memoriales á la Reina, y manifestando alguna inquietud.

Le siguieron con gran cuidado y averiguaron que habitaba en la calle del Mediodía Grande, número 6, cuarto principal, y aquella misma noche penetraron en su domicilio, donde averiguaron que se llamaba D. Ramón Orozco González, natural de Ecija, casado con Doña Josefa Carrero, y que no tenía á la sazón más destino que el de pretendiente.

Reconocidos sus papeles, se encontró un pasquín

en su mesa de despacho, testimonio auténtico de su delito. El nuevo pasquín decía: «Señor: Con harto dolor decimos de nuevo á V. M. que muera Lerena, debiendo V. M. por leyes de justicia, según los avisos le hemos dado con repetición á vuestra majestad, haberlo suspendido en su empleo, pues aunque nosotros podíamos ya haberlo despachado, tememos disgustar á V. M. y á la amadísima Reina nuestra señora, á quien tanto amamos y veneramos con nuestros corazones y cabeza á sus Reales pies: no queremos, señor, disgustar á un Rey tan bendito, pero sí queremos que salga de Madrid ese Lerena, pues ya no hay numeración que baste á su robar: así lo esperamos de la piedad de vuestra majestad.»

Fué Orozco conducido á la cárcel de villa, y su mujer é hijos detenidos con ministros de vista. Se confesó Orozco autor de los pasquines y de los memoriales que habían llegado á manos de S. M., y que su insidia contra *Lerena* tenía por causa el desprecio con que miraba sus pretensiones, que consistían en que por sus méritos y servicios se le concediese la gracia de una llave de *ayuda de cámara*.

Formósele causa, y el Superintendente preguntó á Floridablanca y Lerena qué pedían contra Orozco, y contestaron que se separaban de la acción criminal y que nada pedían; antes bien deseaban se le

tratase con piedad. No obstante, la causa siguió sus trámites, y después de haber leído el Promotor Fiscal la acusación en el Tribunal, D. Ramón Orozco, que presenciaba el acto ante un numeroso concurso de gente, se levantó para decir:

—Señores, todo cuanto he dicho y escrito en los dos memoriales anónimos es falso, calumnioso; y esto mismo estoy pronto á repetirlo, saliendo á pie ó á caballo, por las calles de la corte; y pido perdón á los señores Conde de Floridablanca y á don Pedro Lerena, como ofendidos por tan atroces injurias.

El Promotor Fiscal pidió para el acusado la pena de muerte, y como la defensa fué tibia y un tanto aduladora hacia los ofendidos, prevaleció la sentencia; pero habiéndolo sabido el Rey, llamó inmediatamente á Floridablanca y le dijo estas textuales palabras, apuntadas por el mismo Conde en un papel que tengo á la vista:

—La sentencia impuesta á ese pobre Orozco, si la creo justa, también la considero rigurosa.

Estoy gozando los primeros albores de mi exaltación al trono, y quiero que no los oscurezca una sentencia de muerte; y puesto que soy el último en fallar, deseo presentarme al pueblo con un acto de clemencia.

Tanto Lerena como tú, me alentáis al buen pro-

pósito porque olvidáis las ofensas. El reo se ha retractado y os ha pedido perdón; por lo tanto, quiero usar de clemencia y mando que sólo se imponga á Orozco una pena de tal modo y tal cautela, que evite la repetición de estos delitos.

Orozco fué desterrado por diez años á Filipinas, y cumplido su tiempo, se le advirtió que no saliese sin licencia de S. M. Se dispuso además que fuesen quemados los anónimos y los pasquines en la Plaza Mayor por mano del verdugo, precediendo tres pregones, y así se ejecutó el día 4 de Febrero de 1790.

***

Para impedir que se repitiesen actos semejantes á los verificados por Orozco, se publicó una Real orden concebida en estos términos: «Habiendo observado el Rey la multitud de vagos y mendigos que entran en los patios de Palacio, y que para contener el desorden que muchas veces causan, ó pueden causar, no basta la ronda del Alcalde de corte, á cuyo cargo está este cuartel, ha resuelto S. M. que V. S., por medio de las personas de mayor confianza de sus rondas, cele también en las horas que le parezcan oportunas sobre este ramo de buen gobierno y policía, impidiendo la entrada de semejantes gentes, ó recogiéndolas

cuando convenga. Lo participo á V. S. de su Real orden para su inteligencia y cumplimiento; y con la misma fecha se lo comunico al Mayordomo mayor, y Gobernador interino del Consejo, para que lo tengan entendido.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Palacio á 20 de Febrero de 1790.—*El Conde de Floridablanca.*—Sr. D. Mariano Colón.»

Los palaciegos y los hombres de gobierno felicitaron al Rey por este acto de clemencia, y la Reina, que escuchaba los parabienes, decía:

—Fué consejo mío. ¿Es verdad, Carlos?

Y el Rey contestaba sonriendo:

—¡Tiene la Reina un corazón tan bueno!

1795

La Procesión del Viernes Santo y las bellotas.

Por los años de 1784, residían en una modesta casa de huéspedes, entonces llamadas posadas, don Luis Godoy y D. Manuel, del mismo apellido, hermanos, y ambos pertenecientes al cuerpo de

guardias de la Real persona, ó sea Guardias de Corps.

Descendían de padres nobles, pero de escasa fortuna. Don Luis era de carácter grave y por demás circunspecto; pero D. Manuel, que sólo contaba diecisiete años, era la contraposición de su hermano mayor, del cual recibía frecuentes admoniciones, porque se entregaba con demasiada libertad á los divertimientos y á las locuras propias que llevan consigo un temperamento jovial y los instintos de la mocedad. Sin embargo, durante sus juveniles extravíos no se contó ninguna acción que le desdorase ni le privase del título de caballero.



Es antigua y tradicional la costumbre en Madrid de la celebración de la Procesión del Viernes Santo, y en la época á que me refiero, una de las solemnidades más fastuosas de la villa de Madrid, á la que acudía la muchedumbre y todo lo más granado y distinguido de la corte con todos los atavíos que pudieran dar esplendor y realce á las cortesanas.

Entre las imágenes que formaban parte de la Procesión, había un gran Crucifijo que, por su respetable veneración, tenía el privilegio de ser conducido en andas por cüatro Guardias de Corps, con

otros cuatro suplentes, que iban detrás del Cristo, para reemplazar á sus compañeros durante el largo tránsito de la carrera.

Los Guardias, á pesar de la honrosa preferencia que se les daba para el religioso paseo de la imagen, murmuraban ocultamente, pues aunque la carga no era pesada para cuatro hombres robustos, la repugnaban y decían que no querían *cargar con el Cristo*. Pero era disposición y mandato real, y había que acatar la orden de SS. MM.

Pensaron en llevar á manos del Rey una representación, pidiendo respetuosamente que desligasen al cuerpo de Guardias de Corps, de esta piadosa incumbencia, y dieron al joven D. Manuel Godoy la comisión para redactarla. Dicen que el mozo desempeñó su encargo con tanto donaire y con tanta agudeza, que la representación era un tejido de consideraciones que provocaban la risa.

Dícenme que el documento existe; yo le he buscado con afán, pero mis diligencias han sido estériles.

En fin, leyóse la representación en familia, es decir, entre compañeros, y se determinaron á elevarla á manos de Carlos IV, que entonces disfrutaba las primicias de su reinado. Pero el sargento mayor de Guardias, que se enteró del asunto, acudió á tiempo y rechazó con aspereza el intento,

calificándole de *irrespetuoso,* pero recogió la instantancia y se la guardó.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntaron algunos Guardias, cuando el sargento mayor se ausentó.

Y cuentan que dijo Manuel Godoy:

—Vamos á declararnos inútiles para este servicio.

—¿De qué manera?—preguntaron.

—Yo os lo diré—respondió Godoy.



El sargento mayor, como tenía en su poder la ¡nstancia, tuvo tiempo para repasarla á solas, y si antes había reprendido con mal ceño á sus subordinados, ahora, que nadie le veía, sonrió, y dijo para su capote:

—Son estos mozos la misma piel del diablo.

Quiso dar parte á los Reyes del hecho, no en son de denuncia, sino como el que desea dar á SS. MM. un grato solaz, con tanta más razón, cuanto que el sargento mayor sabía que la Reina profesaba mucho afecto á los Guardias, y que cuando alguno de ellos cometía una travesura ó un acto de indisciplina, le amparaba para que se aminorase ó dulcificase la pena.

En ocasión oportuna, leyó el sargento mayor la instancia, y aun cuando á Carlos IV no le pareció

prudente ni cristiana la redacción del papel y manifestó su desagrado, la Reina, por el contrario, reía á carcajadas, y entró en ganas de conocer al autor del *memorial*, que este fué el título que dió al documento.



Vino la festividad del Viernes Santo de 1785, y celebróse con la pompa de todos los años; pero en éste hubo *carreras*, atropellos, sustos, gritos y algunos desmanes inevitables en estos casos, habiendo sido centro del más grande tumulto la calle Mayor, y especialmente el trozo que comenzaba en Platerías y finalizaba en la Puerta del Sol.

Conviene narrar el motivo de este acontecimiento. Nombráronse los ocho Guardias que debían llevar en andas al Cristo, y aunque no le tocó esta vez el turno á D. Manuel Godoy, reemplazó á uno de sus compañeros, y antes de entrar en el templo de donde salía la procesión, se erigió en cabeza de motín y concertó con sus camaradas la manera de conducirse, para que en los años sucesivos se eximiese por inútil para este servicio al cuerpo de Guardias de Corps.

Con efecto, comenzaron á salir de la iglesia todas las imágenes, y llegó su turno al grande y venerado Crucifijo, que conducían los cuatro Guar-

dias de ordenanza, entre los cuales iba Manuel Godoy. Desde que salió la imagen notaron los espectadores que, á consecuencia de la desigualdad conque llevaban el paso los conductores de la imagen, ésta oscilaba de derecha á izquiezda, de frente y de retaguardia, de una manera violenta y desusada. A cada momento gritaban las mujeres: «¡Que se cae!... ¡Que se cae!» Y los Guardias proseguían su marcha muy serenos y moviendo los hombros de la manera concertada para que los movimientos del Crucifijo fuesen cada vez más visibles y acentuados; y lo fueron de tal manera, que la muchedumbre y las personas que ocupaban los balcones pasaron rápidamente de la veneración á las más estrepitosas carcajadas, porque veían clara y distintamente que el Cristo venía á tierra sin remedio.

Iba delante de la imagen un sacerdote con capa pluvial, y dos acompañantes con igual ó parecida vestimenta, que entonaban los salmos de costumbre á compás de un ronco fagot. El cura suspendió por un momento su rezo para dirigirse á los Guardias, á los cuales manifestó que conducían la imagen de manera que provocaban la irreverencia; y aquí viene lo grave del asunto, porque dicen que Manuel Godoy contestó:

—Padre ¿tenemos nosotros la culpa de que á

Jesucristo le hayan venido ganas de bailar el día de su entierro?

El cura no replicó; pero guardó las palabras para hacer la competente denuncia, pues en este asunto tenía que intervenir la Inquisición.



Siguió la Procesión su camino, sin que el Crucifijo dejase de ejecutar sus vaivenes, cada vez más enérgicos. Hizo la imagen una parada frente á la puerta del Conde de Oñate, y mientras los Guardias descansaban dirigían sus saludos á las lindas damas que ocupaban los balcones del gran edificio.

Días antes había recibido Manuel Godoy, de su pueblo natal, de Extremadura, un saquito de bellotas escogidas, que había repartido entre sus compañeros, y este día llevaba algunas en su bolsillo, y dió de ellas parte á sus camaradas en el momento del descanso; las partían, las comían, y poniéndolas enteras en la palma de la mano, brindaban con esta fruta de invierno á las damas, que, desde los balcones, reían del agasajo.

Godoy, menos circunspecto que sus amigos, no se limitó á brindar, sino que comenzó á disparar bellotas á las damas, y esto produjo entre los espectadores, en unos, risas; en otros, indignación; pero

los Guardias tenían fama de calaveras, y eran simpáticos al pueblo madrileño, porque estos hombres lo mismo alternaban en los grandes salones con las primeras damas de la aristocracia, que con las más desgarradas manolas en los bailes de candil.

Continúa la Procesión su camino, levantan los Guardias al Santo Cristo, y óyese la voz de Godoy, á manera de señal convenida:

—¡Aquí!

Despréndense las andas de los hombros de sus conductores, y cae el Crucifijo á tierra, lo cual produjo una algazara, que se convirtió en una espantosa *carrera,* que tuvo asomos de tumulto.

Al Cristo se le rompió un brazo por dos partes, y la corona de espinas se desprendió de la cabeza del Jesús Crucificado, que marchó en las andas tendido hasta que penetró en su iglesia.

Y decía Godoy á los que le interpelaban:

—¡Si ya decía yo que no servíamos para el caso!



Supo el Rey lo sucedido y se afligió.

Súpolo la Reina y no se afligió tanto como su esposo.

Delataron á SS. MM. al guardia *hereje,* «que

había dicho que Jesucristo había querido bailar el día de su entierro,» y el asunto tomó formas graves.

Hablóse del tiroteo de bellotas, y aquí la Reina no pudo contener la risa.

Quería mucho á los Guardias, é interpuso su valimiento para que hubiera indulgencia con Godoy y sus cómplices.

Pero el Rey quiso reprender al Guardia personalmente, y fué llevado á la presencia de sus majestades.

Escuchó el Guardia sumiso las ásperas reconvenciones del Rey, mientras que la Reina le miraba sin pestañear.

Cuentan que le preguntó:

—¿Te quedan todavía algunas bellotas de las que arrojabas á los balcones de Oñate? Me han dicho que eran exquisitas.

—Señora—repuso Godoy,—así las produce el país en que he nacido.

—Pero es comida de cerdos—interrumpió el Monarca.

—Gracias por la lisonja, señor—respondió Godoy,—porque yo las como... y me gustan.

—Y á mí también—dijo la Reina.

El sargento mayor de Guardias, que presenciaba el diálogo, dijo al Monarca:

—Me consta que V. M. es aficionado al juego de damas y que tiene pocos competidores. Pongo en conocimiento de V. M. que el guardia D. Manuel Godoy es un gran jugador de damas.

—¿Qué me dices?—exclamó D. Carlos.—Te invito desde ahora para que juguemos. Yo te avisaré.

—Estoy á las órdenes de V. M.

Y dijo la Reina:

—Quiero que me mandes una muestra de las bellotas que se crían en tu país.

Esta fué la primera vez que vió á Godoy María Luisa.

*
* *

Algunos días después recibió la Reina las bellotas pedidas.

El Rey jugó muchas noches á las damas con Godoy en presencia de la Reina.

Le sedujo su trato y su despejo natural, con el cual cautivó al Soberano.

Varios extranjeros han escrito que debió su elevación á la habilidad con que tañía la guitarra, y que éste fué el aliciente para introducirse en el corazón de María Luisa.

¡Mentira! Godoy ni cantó ni tocó la vihuela, porque no tenía oído. Godoy debió su elevación á

sus dotes naturales y á su despejo, bien que, jugando á las damas con el Rey, censuró la conducta de Floridablanca, hasta que le derribó. Creció su valimento, y hasta asistió á los Consejos, de lo cual se dolía Aranda, que también fué derribado por Godoy.

Después vino lo que todo el mundo sabe, y ya diré otras cosas que se ignoran.

1796

Escoiquiz.

Y decía el Príncipe de la Paz á Carlos IV:

—He adivinado el deseo de V. M. Ya tengo escogido para el Príncipe de Asturias D. Fernando, un preceptor que reune todas las condiciones que se requieren para tan noble empeño.

Indicóle el nombre y apellido del sujeto, y el rey quedó muy complacido de la elección.

Érase un señor entrado en años, que se llamaba D. Juan Escoiquiz, Canónigo de Zaragoza: hombre reputado en letras y con fama de erudito. Ha-

bía traducido en verso castellano las *Noches de Young*, y hasta tuvo la audacia de traducir *El Paraíso perdido,* de Milton; y como presumía de poeta, había compuesto un poema que intituló *Méjico conquistado*.

Estas obras, y otros desahogos de su pobre ingenio, hicieron del Canónigo lo que hoy denomina nuestro lenguaje contemporáneo una respetabilidad; y como D. Manuel Godoy tenía particular inclinación hacia los hombres que sobresalían en bellas letras, dió acogida en sus salones al canónigo y le profesó gran deferencia.

D. Leandro Fernández de Moratín, que también se había hecho acreedor á las distinciones del Príncipe afortunado, conocía las obras del Canónigo de Zaragoza, y las había dado en su consejo privado el valor que tenían; pero se guardaba mucho de revelar su dictamen.

El autor de *El sí de las niñas*, como tenía motivos para conocer el corazón humano, reservaba también su parecer respecto á las calidades morales de su compañero en letras; pero hubo un momento en que Moratín se encontró, como entonces se decía y se sigue diciendo todavía, entre la espada y la pared, porque Godoy le preguntó:

—¿Qué concepto le merece á usted mi amigo el Canónigo de Zaragoza?

Moratín, que era hombre más reconocido que adulador, miró al Príncipe de la Paz, bajó después los ojos, volvió á levantarlos, suspiró y dijo:

—Sentiría mucho mortificar á vuestra excelencia manifestándole mi sentir franco y leal.

—Hable usted—repuso Godoy,—que las palabras de usted jamás podrán mortificarme.

Entonces Moratín se expresó de la siguiente ó parecida manera.

—El Canónigo de Zaragoza D. Juan Escoiquiz, como literato, es un hombre osado, que emprende obras superiores á su inteligencia. Blasona de poeta y no lo es, y maneja la prosa con soltura, pero es amanerado y poco castizo. No obstante, aunque modesto en esta casa, es soberbio en la calle, y sería asunto de grande especulación mercantil comprarle por lo que vale y venderle por lo que él se justiprecia. Si he de considerarle como hombre, creo que no tiene de humilde más que la representación de su sotana; pero que debajo del hábito clerical anda revuelta la soberbia. Disimula cuanto puede las ansias del crecimiento, y ¿quién sabe si algún día este siervo de Dios dará á vuestra excelencia un sinsabor en cambio de las mercedes que le dispensa?

Sonrió dulcemente Godoy, y repuso:

—La envidia ha sido constantemente el patrimo-

nio de los literatos, y particularmente de los poetas.

Quiso Moratín rechazar el calificativo, pero el Príncipe de la Paz no le dió tiempo para la vindicación.

***

Era D. Juan Escoiquiz hombre de buena estatura, como lo son casi todos los de su raza, pues tenía origen vizcaino; lleno de carnes, de temperamento sanguíneo, de rostro apacible, casi siempre risueño, de mirada penetrante y audaz y muy dado á la cortesía. Pulcro y aliñado en la vestimenta, airoso y esbelto en el andar, en fin, aficionado á los aderezos del cuerpo para mejor esconder la depravación de su alma.

Rápido en la concepción del pensamiento, tardo y mesurado en su expresión, jamás se acercó á la imprudencia para evitar los descalabros que son difíciles de reparar.

Era muy amigo de la abadesa de las Descalzas Reales, y como tuvo con ella muchos coloquios en el locutorio, la religiosa gustaba mucho del Canónigo, y el Canónigo de la abadesa.

Como el Canónigo no tenía su residencia fija en la corte, porque su catedral estaba en Zaragoza, miraba á Madrid como lugar de tránsito mientras duraba la impresión de sus escritos, y aprovechaba

su tiempo visitando al de Alcudia, ofreciéndole sus obras ricamente encuadernadas, y expresándole su admiración por lo bien y acertadamente que dirigía los destinos de la nación, y vituperando la maledicencia de los díscolos y las murmuraciones de los envidiosos.

D. Manuel Godoy, aunque tenía hartura de adulaciones, no miraba con desdén las lisonjas del Canónigo, mayormente procediendo de un hombre que gozaba la reputación de sabio, y se metió en el corazón de Godoy con la suspicacia del que conoce las flaquezas de los hombres, aun de aquellos más empinados en la principalidad.

No hay que olvidar á la abadesa de las Descalzas, que pidió al Canónigo de Zaragoza la merced de decir á la comunidad la misa á las siete de la mañana, mientras residiese en la coronada villa, y á más dar á las religiosas la comunión en los días festivos, y en cambio de esta predilección la abadesa daría al Canónigo honesta, pero decente posada en alguno de los aposentos que tenía el convento en los corredores del gran patio contiguo á la iglesia.

Y el Canónigo ofreció decir la misa, y aceptó como recompensa la hospitalidad. Por esta razón he sabido que D. Juan Escoiquiz tenía su habitación de apeo en las Descalzas Reales, y que las monjas, honradas y satisfechas con un huésped de tal cali-

dad, le adornaron la vivienda con todos los menesteres que á su clase correspondía, sin que le faltase su reclinatorio para meditar el breviario, ni su bien mullida cama para el reposo de su paternidad.



Pues aconteció, que una mañana, después de haber celebrado su misa, que las monjas oyeron con su habitual devoción y recogimiento, y luego que se despojó en la sacristía de sus vestiduras, subió las escaleras que guiaban al corredor, y topó al llegar á la puerta de su estancia con un mozo de buen parecer, con casaca galoneada, chupa de paño rojo, calzón corto, media de algodón y zapato con hebilla dorada, que sacando de su cabeza el tricornio con la mano zurda, con la diestra ponía en posesión del canónigo un pliego.

—¿De quién procede el mensaje?—preguntó el sacerdote.

Y repuso el portador:

—Del excelentísimo señor Duque de Alcudia, consejero y secretario del despacho de S. M.

Y en diciendo esto, hizo una reverencia y bajó las escaleras, mientras que el Canónigo se apresuraba á penetrar en su cuarto deseoso de leer la misiva.

Antes de tomar su gran jícara de chocolate, que

le tenía preparada en una mesa Casilda Minuesa, mujer del demandadero de las hermanas, rompió el sobre lacrado y encontró dos pliegos. El uno era una carta muy dulce del duque de Alcudia á guisa de felicitación, y el otro el nombramiento firmado por el Rey, en que constaba que D. Juan Escoiquiz era desde aquella fecha sumiller de cortina y preceptor del Príncipe de Asturias, heredero de la corona.

No hay para qué apuntar el regocijo de su alma que reveló el semblante, ni la turbación con que tomó el desayuno.

Cuentan los libros que he consultado para escribir estos apuntamientos, que cuando el agraciado fué presentado á los Reyes para darles gracias, exclamó con acento conmovido y actitud teatral: «¡Dichoso yo si enseñando á mi real alumno las bellas letras consigo que sea el más humano de los príncipes!»

Las monjas, que fueron por él sabedoras de la regia merced, le dieron reunidas en el locutorio todo linaje de parabienes, y en su aposento menudearon las pastas más exquisitas, fabricadas por las manos de las reclusas, y su sala de estudio y oración mental se convirtió en un vergel, pues lucían los ramos de las flores más variadas con la riqueza de sus diferentes perfumes.

Por la mediación del nuevo sumiller, los augustos Reyes honraron con su presencia el interior del claustro y recibieron de manos de su ilustre abadesa escapularios benditos por prelados que tenían olor de santos y eran espléndidos en la concesión de indulgencias, y desde aquel instante fueron las monjas de las Descalzas Reales hermanas cariñosas que merecieron las continuas distinciones de la Reina doña María Luisa.

* * *

El Canónigo, mientras tanto, no descuidó los menesteres de su delicada comisión, y formuló sus planes para instruir á su regio discípulo, según sus aficiones, y enderezar su ánimo hacia la ciencia de gobernar.

El contacto inmediato y continuado que tuvo el preceptor con los cortesanos, y las cariñosas atenciones de los Reyes, modificaron el espíritu del sumiller, y fueron apareciendo poco á poco en los procedimientos del Canónigo los síntomas de la soberbia; por lo que, alentado con la respetuosa sumisión de sus inferiores, creció el deseo del mando, y llegó á tal punto su desvanecimiento, que se manifestó en algunas ocasiones altivo y altanero hasta con el mismo privado del Rey, que tan bondadosamente le había abierto las puertas de su prosperidad.

Habiendo logrado captarse el afecto de su ilustre discípulo, cuando se creyó seguro de que el cariño que el Príncipe le profesaba era un baluarte que no le apartaría de su preponderancia, y creyendo además que la decidida voluntad del heredero de la corona le facilitaría el camino, con el andar del tiempo, para ser un Ximénez de Cisneros ó cosa parecida, se atrevió á inculcar en el corazón de su joven alumno máximas desoladoras y preceptos maquiavélicos, que eran para repugnar, y que estaban en disonancia con las doctrinas cristianas.

Era su propósito infundir en el alma del Príncipe la desconfianza de los hombres; alejábale cautelosamente de aquellos dulces pasatiempos que simbolizan á la niñez, y le aconsejaba que fuese parco en devolver á sus padres las caricias que le prodigaban. Es el caso que la niñez de Fernando fué meditativa y desconfiada, por lo cual, lo mismo D. Carlos que la Reina, comenzaron á preocuparse de la educación que recibía su hijo, y penetraron habilidosamente en el campo de la observación, á fin de que las cosas no pasaran á mayores y fuese más dificultosa la reparación.

Como el Príncipe de Asturias miraba instintivamente á Godoy con marcada prevención, Escoiquiz, que lo advirtió, añadió leña al fuego de la envidia,

y buscó mañosamente todos los resortes para que la animadversión de D. Fernando se aumentase y se desligara de una persona principal, que tenía mucho ascendiente en palacio, y constituía para sus futuras miras una importante rivalidad.

Propagábase la especie entre los cortesanos de que el Duque de Alcudia se hallaba próximo á obtener una gran merced en Marina, y de esto se hacían anticipadas censuras, que los émulos del privado extendían por todas partes para labrar su descrédito.

Sucedió una mañana que, encontrándose Escoiquiz en el camarín del Príncipe de Asturias hojeando un ejemplar de las *Fábulas de Iriarte,* impresas con notable lujo en Inglaterra, al fijarse en una de las estampas del libro, vió el Príncipe un papelito impreso adherido á la página, puesto sin duda con intención por el Canónigo, y tomándole D. Fernando, porque observó que tenía versos, leyó lo siguiente:

«Las majas de la corte
están contentas,
pues dicen que á Godoy
le hacen alteza.
No es una burla,
porque siempre los pillos
tienen fortuna.»

—Ignoraba que en el libro estuviese ese papel—dijo Escoquiz, después que su alumno le hubo leído.

Creyólo ó no lo creyó Fernando, pero éste ha-

llazgo inesperado abrió el campo para la murmuración, que era lo que el preceptor deseaba. Preguntó el heredero del trono si el nuevo cargo que iban á dar á Godoy era honorífico solamente ó traía aparejada nueva retribución, á lo cual repuso el Canónigo, que sería torpeza inaudita aumentar los haberes del privado, puesto que los que ya disfrutaba rayaban en el escándalo, y todo el mundo los criticaba, porque estas larguezas no debían prodigarse cuando en muchas partes de la nación reinaban el descontento y la miseria.

Quiso el Príncipe enterarse, porque no lo sabía de una manera cabal, á cuánto ascendía los emolumentos oficiales que disfrutaba Godoy, y el Canónigo, que estaba muy al pormenor de las cosas que se relacionaban con su rival, sacó del bolsillo un papel, acaso aparejado para el intento, y leyó lo siguiente:

«*Noticia de los sueldos que percibe por la tesorería mayor el excelentísimo señor Duque de Alcudia:*

»El señor Duque de Alcudia, como Consejero, por sueldo y emolumento....	134.776	reales.
»Idem como primer Secretario de Estado y del despacho	480.000	»
»Idem como Capitán General de los reales ejércitos..........................	120.000	»
«Idem como sargento mayor de guardias, el sueldo de capitán	60.000	»
»Idem por franquicia..................	8.000	»
TOTAL..........	802.776	

Aun cuando el joven Príncipe no estaba todavía muy penetrado del valor de la moneda á causa de su corta edad, Escoiquiz se encargó de ilustrar á su real discípulo, y comprendió que el día había sido aprovechado para recargar el odio de D. Fernando contra Godoy.



En Marzo de 1796 fué nombrado Godoy Príncipe de la Paz, pero razones de alta conveniencia, como dicen los políticos de ogaño, aconsejaron al nuevo Príncipe alejarse del ministerio, sin que por esto perdiera en lo más leve el afecto que le profesaban los Reyes ni su ascendiente en Palacio.

El Canónigo aprovechó las circunstancias de este transitorio apartamiento para buscar la manera de reemplazar á su protector, y entre los muchos medios que escogió para esto apeló á uno que le pareció el más llano y propicio para su intento.

Había, en sus ratos de ocio, escrito una *Memoria sobre el interés del Estado en la elección de buenos Ministros*, donde expuso la conveniencia y el acierto que se requería para elegir hombres de cierta altura que habían de desempeñar el despacho de los negocios públicos, y al mismo tiempo que se pintaba á sí propio como queriendo demostrar que reunía las cualidades necesarias para ser un buen

Ministro, describió con intención dañina los desaciertos qne cometen algunos hombres de Estado, señalando habilidosamente todos las errores que la opinión atribuía al Príncipe de la Paz, con lo que indirectamente indicaba á los Reyes que era enemigo al descubierto del Ministro saliente.

Presentóse Escoiquiz á los Reyes con esta *Memoria* y rogóles que la leyeran con detenimiento porque creía que sus vigilias serían provechosas á los intereses de la nación, harto quebrantada por los descuidos y atropellamientos de algunos Ministros.

Este mismo día encareció sobremanera las altas dotes y el claro ingenio de su ilustre alumno, así como las aptitudes que tenía para gobernar, y suplicó á su padre que le diese entrada en los consejos, á fin de que se fuese adiestrando en el manejo de los asuntos de la gobernación, en lo cual recibiría D. Fernando grande contentamiento.

—Pienso seguir en esto—repuso D. Carlos á tales indicaciones—la conducta de mi padre, que no me dió entrada en los consejos durante mi juventud.

Esta respuesta dejó malparado al Canónigo, y los Reyes continuaron observándole con prevención, la cual se aumentó cuando, después de haber repasado la *Memoria,* comprendieron que el escrito

era un panegírico á su persona y una diatriba enmascarada hacia el Príncipe de la Paz.

En aquel momento determinó el Rey apartar de la corte un huésped tan nocivo y ambicioso, y sin darle lugar á nuevas entrevistas, le remitió un pliego á su alojamiento de las Descalzas Reales, en el cual decía el Secretario de la mayordomía, entre otras cosas, lo siguiente:

«... SS. MM. han determinado desviar al Príncipe de Asturias de ciertas enseñanzas que son prematuras en un joven que apenas ha cumplido los tres lustros, y presumiendo que V. S. no podrá prescindir de inculcar estas máximas en el ánimo de S. A., á fin de no mortificar sus buenos deseos, que no son los de mis regios amos, libran á vuestra señoría de nuevos deberes, y determinan la retirada de V. S. del palacio real; y para endulzar el aislamiento que piden las profundas meditaciones de V. S. ha tenido á bien S. M. el Rey (q. D. g.) nombrarle Arcediano de Alcaraz, dignidad del Cabildo de Toledo, cuyo título tengo la honra de acompañar á esta carta-mandato para los fines correspondientes... etc., etc.»



Este fué un destierro simulado, cuya orden recibió el nuevo Arcediano con poca resignación,

porque al despedirse de las monjas exhaló contra los Reyes y contra Godoy las más duras reconvenciones, y prometió tomar venganza de la injusticia que contra su persona se cometía.

Las reclusas dulcificaron con promesas y oraciones las amarguras del desterrado, el cual, antes de partir á los dominios de Toledo, remitió al joven Príncipe de Asturias una carta concebida en estos términos:

«... Ya habrá sabido V. A. que la perfidia de mis enemigos, que son también los vuestros, me alejan de palacio. Han comprendido los buenos propósitos que me guiaban para reparar por vuestra mediación los males que afligen á España; han visto que yo podía enardecer con mis consejos la grande inteligencia con que Dios ha dotado á vuestra alteza, y que mis advertimientos aceleraban el término de los desmanes perpetrados por la tolerancia de la corona.

»Señor, me entrego resignado á los decretos de la Providencia, y tengo confianza en V. A., que no olvidará mis palabras, ni al preceptor que os preparó en los primeros pasos de la sabiduría. Necesito ver á V. A., aunque para ello sea menester emplear disfraces; yo os indicaré los medios para que esto suceda, y quedarán satisfechas mis pretensiones.»

El Príncipe de la Paz volvió á ocupar su puesto, y el desterrado siguió en correspondencia secreta con el Príncipe de Asturias, que no olvidó á su maestro, y fué tanto el afecto que le profesó, que no desaprovechó ocasión para ver á Escoiquiz personalmente, pues cuentan las crónicas de aquellos tiempos, que hacía el Arcediano sus viajes de incógnito á Madrid, y que la servidumbre del Príncipe real buscaba modo seguro y sin exposición para que el desterrado penetrase en el cuarto de don Fernando.

1798

Represalia.

Produjo natural alegría en el pueblo la exoneración del Príncipe de la Paz, verificada en Marzo de 1798; pero esta circunstancia no fué poderosa para que el favor y el cariño que le profesaba Carlos IV y María Luisa descaecieren en nada, como lo acredita la correspondencia privada que sostenían con el privado.

Poco antes de su caída, aun cuando no por inspiración propia, llevó al Gobierno á dos hombres ilustres, á D. Francisco Saavedra y á D. Gaspar Melchor de Jovellanos, los cuales se mostraron reconocidos, y, por lo tanto, no quisieron cooperar al empeño que muchos habían mostrado en acabar con el favorito, tanto más cuando veían que el Príncipe de la Paz visitaba con frecuencia á los Reyes y éstos daban á su privado señaladas y repetidas pruebas de estimación.

Comenzó Jovellanos á poner en práctica su plan de reforma, habiendo entrado en su propósito, si no suprimir la Inquisición, al menos obligar al Santo Oficio á que sustanciase los procesos y fallase por las reglas comunes del derecho, que, atendida la índole de aquel Tribunal, equivalía á su abolición. Estas reformas no pudieron realizarse.

El Príncipe de la Paz comenzó á mirar á Jovellanos con celosa envidia, y á trabajar sorda y cautelosamente para arrojarle del poder; y estas reformas, que consideraba como peligrosas, fueron el pretexto que expuso Godoy para malquistarle con los Reyes.

Conociólo Jovellanos, y cuando se veían en Palacio en presencia de los Soberanos, se hablaban con cierta tirantez; en pos de lo cual vino el rompimiento de las hostilidades, que no disimulaban

cuando tenían ocasión de encontrarse ante el Rey y la Reina.

Carlos IV quería emanciparse de Jovellanos; pero su carácter bondadoso le impedía proceder á una resolución brusca y procuraba apaciguar las rencillas de los dos rivales, convidándoles á comer y á conversar con ellos de sobremesa, y en otras ocasiones, en las que pretendía que predominase una grave y respetuosa familiaridad.

Sin embargo, Jovellanos y Godoy no perdían ocasión para satirizarse delante de los Reyes.

Una tarde, después de la comida, conversaban amigablemente el Rey, la Reina, Jovellanos y Godoy. Hablábase de las eminencias civiles, militares y eclesiásticas que habían producido las provincias de España, y Godoy ponderó el gran número de ilustraciones que había producido Extremadura, y dicen que Jovellanos interrumpió al favorito con estas palabras:

—Cuéntese vuestra merced en el número de ellas. Extremadura es un gran país; no hay ninguno que pueda competirle en la fabricación de los chorizos.

Picado Godoy al notar la mala intención de Jovellanos, y aludiendo á que era asturiano, respondió:

—Digna respuesta de un hijo de Pelayo; pero si

sus majestades me lo permiten, contaré un sueño muy extraño que tuve la otra noche.

La Reina comprendió que su favorito quería vengarse, y le excitó á que refiriese el sueño, y cuentan que Godoy se expresó de la siguiente manera:

—Mi sueño podía escribirse y darle por título: «Viaje aéreo desde el Prado de Madrid hasta el valle de Cangas de Tineo.»

Los Reyes redoblaron su atención, y Godoy prosiguió su relato:

—Soñé que era domingo de Mayo y encontreme en el Prado á tiempo que, con motivo de ser la víspera de toros se llenaba de una concurrencia muy superior á los demás días; y ví muchos coches, tantos, que las dos filas tocaban los dos extremos del paseo; es decir, llegaban á la puerta de Recoletos y al convento de Nuestra Señora de Atocha. Aunque tengo la vista más perspicaz que mercader cuando cuenta dinero, me puse unas gafas que me prestó un padre rector jubilado de un convento; y como me había de dar la manía de examinar de arriba abajo á todas las petimetras que se paseaban, para admirar en unas el frenesí del lujo y en otras el delirio de sus adoradores, me vino en antojo contar cuántos eran los hombres que se ocupaban en el servicio y maniobra de los coches que componían las dos filas, y cuántos podían correspon-

der á la servidumbre interior de las casas que mantenían este boato, como son porteros de estrados y de puerta, mozos de mulas, galopines, faroleros, etc.

No es capaz el ingenio más calculador de adivinarlo: conté cuatro mil ochocientos, y *todos ellos asturianos*. Estos hombres, á no ser por la piedad de los señores que los amparan, serían unos mendigos, unos miembros gravosos á la sociedad y al Estado, ya que no se empleen en recoger las basuras de las calles, en hacer oficio de animales de carga ó en elevar sobre sus hombros la cuba de agua.

En estas cosas reflexionaba, cuando vino una nube del Sudeste, que convirtióse en huracán, y huyó la concurrencia precipitada, mientras que yo me iba retirando pausadamente, y me encontré de repente sobre un empinado monte que dominaba algunos valles eriales, poblados de heno, por donde pacían algunas vacas; divisé algunas chozas pobres y varias iglesias, también pobres, por lo cual conocí que me hallaba en tierra de cristianos.

Bajé del monte y oí una gaita, cuyo sonido me llevó á un arroyuelo que regaba una gran parte de la llanura, y donde estaba el zagal que la tañía y una zagala que á sus compases cantaba:

«Con curpiñu pardu
fué el primu á la corte;
y agora din que anda
llenu de galones.»

Por lo que decía la cantinela conocí que me encontraba en Asturias. Ví muchas mujeres y niños, sin distinguir un solo hombre; vi una mujer que estaba arando la tierra, y otras cargadas de leña. Creí encontrarme en el país de las Amazonas; pero acercóseme un beneficiado que me llevó á una casilla pobre, y á quien pregunté la causa de estar aquellos valles eriales y sin cultivo, por qué las mujeres hacían las faenas propias de los hombres, y por qué no había hombres. «Hay más hombres —me replicó,— en mi feligresía. Además del cura párroco y cinco beneficiados, contamos unos treinta ancianos.»

—«¿Y los mozos?»—le pregunté.—«¡Ay, señor, si no se pone remedio se verá pronto esta parte de Asturias despoblada!»—«¿Por qué?»—le pregunté, y me respondió:

—«Estos naturales, apenas se encuentran aptos para la agricultura, se van á la corte. Pasan un noviciado penoso en un bodegón, en casa de alguna cómica ó en la de algunos celibatos, en cuyo servicio ahorran, con mucha tacañería, en tres ó cuatro años 500 reales, y vuelven con ellos á la tierra. Cuando llegan, para huir del sorteo, se casan con cualquiera de estas infelices nacidas en la miseria. Los primeros meses del matrimonio cuidan algún tanto de la hacienda, hasta que el pri-

mo cochero ó el tío portero les escribe diciéndoles que le han encontrado una conveniencia de lacayo ó de mozo de mulas, y se ausenta en busca de la librea, que es su verdadera felicidad, se olvidan de su mujer y de sus hijos. Cuando vuelva vuestra merced á Madrid refiera esta desgracia á los Magistrados, para que amengüen el contagio.»

Despedíme y desperté, y me condolí de la suerte de aquel pedazo de terreno de Asturias.

La Reina se manifestó maravillada del sueño; el Rey comprendió la sátira, y Jovellanos se mordía los labios, buscando en su imaginación la represalia; pero como era tarde, guardó la venganza para mejor ocasión. Esta no se presentó, porque el 24 de Agosto de 1798 fué Jovellanos exonerado del Ministerio de Gracia y Justicia, y se le mandó volver á Asturias. Obedeció el exonerado, y cuando llegó á Gijón consagróse al fomento y prosperidad de su querido Instituto asturiano, creación de que justamente se envanecía.

1800

Don Tomás de Morla, ó el general de las seis gallinas.

La paz de Amiens, ajustada á los principios de 1802, trajo á Cádiz todo género de prosperidades, pues se estableció el comercio con todos los puntos de América, y floreció á tal punto, que no cabe ponderación. Abundaban los cargamentos de plata procedentes de aquellas apartadas regiones, de cuyo precioso metal recibía gran parte el gobierno, no escasa los particulares, y una crecida cantidad el vecindario gaditano. Nunca volverá á verse aquella bahía tan poblada de buques de todas las naciones.

Fueron siempre los gaditanos muy pulcros en el vestir, con especialidad las mujeres, que aun cuando no se vestían de maja como las sevillanas, constituían una raza de criaturas especiales, á las cuales daba realce el pie pequeño, aprisionado en un zapato corto y bajo, pisando aquel llano empedrado con airoso talle y voluptuoso contoneo.

Eran los extranjeros los más grandes admiradores de esta manera de andar de las jóvenes gaditanas, con especialidad ingleses. El célebre poeta inglés lord Byron, que visitó á Cádiz, no pudo olvidar esta calidad de aquellas encantadoras mujeres, ni de su manera de andar, pues en su poema *Don Juan*, en el canto segundo, las consagra este recuerdo:

«I cannot describe; so much it estrike.
Nor liken it: I neversaw the like.»

Que, mal traducido, quiere decir:

Tanto admira, que no puedo describirlo, ni acierto á compararlo: en mi vida ví cosa que pueda compararse.

Lo que había más de notar en Cádiz era que la clase baja del pueblo no se diferenciaba de la más elevada, sobre todo las mujeres, que fueron siempre corteses y en extremo cariñosas. Sin embargo, la cultura intelectual andaba un tanto descuidada.

Publicábase á la sazón en Cádiz un periódico titulado *Correo de las Damas*, que tengo ante mis ojos, y no he visto colección de artículos más insulsos, ni versos más desatinados. Le publicaba, según me han referido, un buen señor, oficial francés emigrado, no joven, de escaso saber, pero muy honrado y bien quisto en su población, y, aunque

pobre, ostentaba los títulos pomposos de Barón de Bruere y Vizconde de Brié. Según reza la portada, este periódico era semanal.

Fundóse por aquel tiempo, es decir, en 1805, una Academia, merced á los esfuerzos de los jóvenes más distinguidos en saber, á cuyo establecimiento se le dió el título de Academia de Bellas Letras, que protegió calurosamente el Capitán general de Andalucía y Gobernador militar y político de Cádiz D. Francisco Solano, Marqués del Socorro, persona muy estimable, cuyo nombre ha tenido cierta celebridad por lo trágico de su muerte. En otra ocasión hablaré detenidamente de este digno militar y político.

Los primeros fundadores de esta Academia, que con el andar del tiempo adquirieron en la corte justa y merecida celebridad, han dejado de existir. Algunos han sido amigos míos. Lo fué D. Antonio Alcalá Galiano y D. José Joaquín de Mora.

Como puerto mercantil, poco se ocupaba la población gaditana de los asuntos de España. Leíase la *Gaceta de Madrid* y algunos periódicos extranjeros, y éstos por pocas personas y con ciertas reservas, porque el Gobierno de Madrid había prohibido su lectura.

Había en Cádiz, como en toda España, muchos partidarios de Francia y admiradores de Napoleón;

pero existía además el numeroso gremio de los mamelucos, que sustentaban diversas opiniones. Había también mucha gente que odiaba la revolución desde su comienzo, viendo en el Emperador francés un enemigo de la libertad.

Poco se pensaba en Cádiz en la política interior; pero generalmente se hablaba mal del Gobierno. Consideraban á Carlos IV como un Monarca que se pasaba de bueno, pero se le conceptuaba débil y necio; hablaban desconsideradamente de la Reina, y el Príncipe de la Paz era tenido por un monstruo odiado de la nación.

Pero como Madrid estaba lejos, los gaditanos tenían la mirada fija en su Gobernador, cargo que desempeñaba á la sazón un Teniente general, que era además en ocasiones determinadas Capitán general de Andalucía.

El año de 1800 fué nombrado Gobernador de Cádiz un sujeto notable, que adquirió cierta celebridad por su carácter personal, que si tuvo parciales que le defendían con calor y aplaudían sus actos, tuvo también en cambio muchos enemigos; era un General de artillería llamado D. Tomás de Morla.

La antigua familia de la noble casa de los López Morla no le reconocía por pariente, aun cuando el Gobernador quería envanecerse con este títu-

lo; que procedía de nobles es cosa indudable, pues pertenecía al arma de artillería, y en aquellos tiempos no se podía ingresar en este cuerpo sin poseer un título de nobleza.

Suponían sus imparciales contemporáneos que era hombre de claro y agudo entendimiento, muy instruído en su ramo, de lo cual ha dado testimonio con sus obras, que se tienen en gran estima; pero era de condición áspera y violenta, con asomos de despotismo. Le tachaban además de ser extremadamente adulador en la corte, así como tirano en el mando, y grosero, haciendo alarde de esta mala condición. A veces fué bufón hasta en sus providencias, de lo cual voy á presentar un ejemplo.

Morla era entusiasta de Federico II de Prusia, Príncipe admirado de todos en los días en que el General español había empezado su carrera, y ya que no podía imitarle en otra cosa, procuraba remedarle en sus decretos.

Llegó á manos del Gobernador una instancia de un vecino de Cádiz, quejándose de que inmediata á su casa se había establecido una academia de baile, que le era molesta, porque la música y el bullicio de los concurrentes no le dejaban dormir ni reposar en las altas horas de la noche; y Morla, después de haberse enterado de la queja, cogió la

instancia de manos de su Secretario, tomó la pluma, y con aspecto grave, puso el siguiente decreto marginal:

Siga la danza,
baile el danzante,
y tenga paciencia
el suplicante.

Esta y otras extravagancias le dieron cierta celebridad. De su caprichosa y despótica justicia citaba el vulgo, con admiración, la siguiente anécdota: Un vecino de condición humilde solicitó con encarecimiento el permiso de que se le concediese establecer un cercado próximo á Chiclana, donde situar cerdos y animales de pico, para su tráfico con la marinería; y el decreto del Gobernador fué favorable para el pretendiente. Este, reconocido, mandó al Gobernador media docena de gallinas, con una carta que explicaba su reconocimiento.

Cuando el Secretario leyó la misiva, el Gobernador enfurecido se levantó del sillón, exclamando:

—¿Qué ha presumido el villano?

—No se irrite su excelencia—le respondió el Secretario.—Los antecesores á V. E. aceptaban estos obsequios de buena voluntad, y no es de extrañar que éste desventurado haya querido seguir el ejemplo de sus convecinos.

El Gobernador, á pesar de estas razones, no dió señales de calmarse, antes por el contrario, más irritado que antes, exclamó:

—Es necesario que comprendan los gaditanos, que el General Morla no se parece en nada á los Gobernadores que le han precedido. Siéntese y escriba el mandato que voy á dictarle.

Obedeció el Secretario, y dictó la siguiente providencia:

«Dénse las órdenes convenientes, á fin de que el atrevido Gumersindo Acebedo, por su desacato, y por haber formado mal concepto del Gobernador superior de Cádiz, sea encerrado en la cárcel por el mismo número de días que componen las gallinas que ha querido regalarme; y que durante los seis días no se le suministre más alimento que una gallina diaria hasta completar el término de la prisión. Dado en Cádiz á los dieciséis días. Abril de 1800.—Trasmítase á quien corresponda.—*Tomás Morla.*»

Esta ridícula providencia fué cumplimentada inmediatamente, y el desventurado Acebedo sufrió seis días de cárcel sin tomar otro alimento que las gallinas con que había querido agasajar á la primera autoridad de la provincia.

Hay que advertir que D. Tomás Morla gozó siempre fama de honrado y probo, y que, sabedor

de que algunos de sus antecesores se habían enriquecido por medios ilícitos, se esforzó cuanto pudo para que el público sustentase respecto á él opinión contraria.

Tan buena reputación como tuvo de recto, la tuvo mala como soldado, pues la voz pública le tachaba de haber llegado hasta la categoría de Teniente general sin haber acreditado su valor en los combates.

Hay motivos para imputarle tan grave cargo, pues en cierta ocasión hablaron á Carlos IV contra Morla, manifestándole que el Duque de San Carlos había muerto gloriosamente en la campaña de 1794, mientras que Morla se retiraba vergonzosamente del campo de batalla.

Era Morla muy estimado del Príncipe de la Paz, que fué quien le favoreció con este cargo; pero no por esto conservó largos años el Gobierno de Cádiz.

1802

Bandera negra.

Por razones especiales, que sería largo enumerar, creyó Carlos IV, Rey de España, que convenía apresurar el casamiento de su hijo Fernando, Príncipe de Asturias, con la Princesa María Antonia, hija de la Archiduquesa Carolina, esposa del Rey de Nápoles, la cual se distinguía por su odio poco disimulado contra los franceses y sus íntimas relaciones con los ingleses.

Celebráronse las bodas en Octubre de 1802, con el entusiasmo y regocijo que en tales casos se acostumbra, y hubiera sido mayor el contento si el hacinamiento de honores que á la sazón tributaban á Godoy no hubiese entibiado el amor del pueblo hacia sus Reyes.

Supieron los recién casados, andando el tiempo, que el Príncipe de la Paz no había sido de parecer que se efectuase este matrimonio, y de aquí nació la prevención con que Fernando y su esposa miraban al favorito.

La Princesa María Antonia, de constitución endeble y delicada de salud, se distinguía por su talento no común, y por la perfección con que poseía todos los idiomas extranjeros, por sus conocimientos en literatura antigua y moderna, y por su afición á los estudios históricos. Era un tantico orgullosa, de genio vivo y dominante, y adorada de Fernando.

Esta Princesa había recibido de su madre Carolina el encargo especial de profundizar los secretos del Gabinete de Madrid, y de participarle aun los pormenores más insignificantes, lo que ejecutaba á las mil maravillas, porque como había venido tan preparada desde Nápoles contra Godoy, atizaba más y más el fuego de la discordia, tomando parte en la política, estimulada por su madre para que la orientase en los secretos de España; buscaba, pues, ansiosamente las noticias entre sus confidentes palaciegos, damas y capellanes, y aun entre sus servidores más oscuros. Malo ó bueno, todo lo que recogía se lo participaba á su madre en correspondencia secreta, y la Archiduquesa Carolina lo transmitía al Ministro inglés en Nápoles.

El Arcediano de Alcaraz, Escoiquiz, antiguo preceptor de Fernando y enemigo acérrimo de Godoy, envió comisionados á las provincias para que preparasen al vulgo, proclamando las excelentes

cualidades del heredero y las malévolas condiciones del favorito, deplorando el despotismo que ejercía en Palacio, cuyo influjo tracría la ruina de la nación. Los pueblos sufrían grandes trabajos, y el vulgo, que siempre atribuye á los Ministros sus desventuras, reconcentraba su aborrecimiento en el Príncipe de la Paz, á quien juzgaba omnipotente.

Los frailes no escasearon sus alabanzas en pro de Fernando, ni sus dicterios contra el favorito y sus partidarios. El solio, que siempre fué acatado en España, experimentó rudos ataques, sin respetar ni el tálamo de la Reina, que fué pintado con los más feos colores.

Cuando más entronizado se encontraba el odio contra el Príncipe de la Paz y sus protectores, la Princesa María Antonia escribió á su madre una carta que, traducida del italiano, expresaba estos ó parecidos conceptos:

«Madre querida: Mi amado Fernando ha comprendido al fin que tiene un padre demasiado bondadoso y una madre dotada de todo linaje de imperfecciones. Mi desdichada suegra no oculta su cariño á los franceses, y no cesa de revelar en todo momento su admiración á ese ambicioso Napoleón, tan aborrecido de los que abrigan sentimientos patrióticos en su corazón. He conseguido que mi amado Fernando me escuche con cariño y

benevolencia, porque sabe que le amo y deseo lo mejor para los españoles, que ya son mis hermanos. Trabajo cuanto puedo para desbaratar la alianza del Gabinete español con el Emperador de los franceses, y mi Fernando me ayuda eficazmente en este empeño mío, que también es el de vuestra majestad.

»En la próxima estafeta os daré cuenta de lo que ha conseguido Escoiquiz de ciertos prelados para que triunfe la bandera de nuestra independencia contra los designios del ambicioso Napoleón. Recibid mi cariño, madre mía, y dadme vuestra bendición.—*María Antonia*.»

Napoleón tenía buenos y bien retribuídos espías en España y en Italia, y el correo en que iba esta carta fué interceptado. Enteróse menudamente el coloso francés del contenido de la epístola, y envióla en pliego reservado al Ministro francés residente en Madrid, con encargo de que, después de enterado del relato de la misiva, la entregase con toda reserva al Rey de España.

Encontrábase el Rey en esta sazón disfrutando los aires primaverales en el palacio del Buen Retiro, y sabiendo el Ministro francés que Carlos IV solía dar su paseo matinal por las arboledas de aquellos jardines, envió una atenta carta á Godoy, concebida en estos términos:

«Mi estimado Príncipe: Un asunto reservado y del más grande interés, y el deseo de la paz de España, me obligan á esperar de su buena voluntad la ocasión de una entrevista *amigable* con los Reyes en los jardines del Buen Retiro; y digo en los jardines y no en el Palacio, porque es mi propósito que los curiosos transeuntes consideren mi visita como un encuentro casual, á fin de evitar hablillas y comentarios, que nunca son favorables á las buenas intenciones de mi señor el Emperador de los franceses.

»Será mayor mi complacencia, si el señor Príncipe de la Paz, como íntimo consejero de sus majestades, presencia esta entrevista tan importante como afectuosa.—*Marqués de Beauharnais*.—Mayo de 1804.»

Cuando el Generalísimo leyó la misiva del Ministro francés, sospechó al momento que se trataba de alguna intriga fraguada en el cúarto de los Infantes, pues no desconocía las aficiones de María Antonia á este linaje de entretenimientos, y por eso se apresuró á marchar al Buen Retiro para poner en conocimiento de los Reyes la carta del Marqués. Tampoco escaseó la zozobra en el ánimo de los regios consortes, haciendo más mella en el corazón del Rey que en el espíritu de María Luisa, por ser aquél tímido y ésta de alma resuelta.

Concertóse el día y la hora de la visita, y acudió á ella el Ministro francés, el cual se hizo el encontradizo con SS. MM. y el Príncipe de la Paz, en una especie de glorieta, profusamente arbolada, situada en uno de los ángulos del sitio que hoy se conoce con el nombre de Parque, donde había sillas y sillones rústicos, muchos macetones y una fuente de agua cristalina, imán precioso para los sedientos.

Después de aquellos saludos ceremoniosos que reclama la etiqueta aun al aire libre, penetróse en el terreno de la familiaridad, siendo María Luisa la que rompió la marcha en este sentido, á fin de que el enviado francés no encontrase escollos de ninguna clase en sus futuras declaraciones; colocados ya todos en el período de la franqueza, hubo lugar para que el Embajador exclamase:

—¡En mal hora concibieron los Reyes de España el casamiento de D. Fernando con la Infanta napolitana! Otro sería el porvenir de este reino si el Generalísimo hubiese escuchado los consejos de Luciano Bonaparte.

Carlos y su esposa María Luisa ignoraban cuáles habían sido estos consejos, y comprendiendo Godoy que á sus amos no les agradaría esta reserva, se apresuró á decir lo siguiente:

—No me ha inclinado al silencio la idea del

secreto, porque yo jamás los he tenido para mis Reyes. Me impuso silencio, en primer lugar, el empeño que noté en mi Soberano en que la familia de Nápoles se enlazase con la de España, y en segundo lugar, lo irrealizable de lo que miraba probable D. Luciano Bonaparte. ¿Cuándo pude yo imaginarme que el Emperador Napoleón contrajese matrimonio con la Infanta Isabel, hija de Carlos IV?

—¿Y por qué no?—preguntó el Ministro francés.

—Eso se dice para deslumbrar—contestó Godoy;—D. Luciano Bonaparte solicitaba el rompimiento de España con la casa de Nápoles, y emitió ideas demasiado lisonjeras.

El Marqués, un tanto grave, contestó mirando á los Reyes:

—Puede continuar el pacto de familia establecido, pero el Emperador jamás podrá consentir que sea el Palacio de España centro de vergonzosas maniobras contra Francia, para satisfacer los apasionamientos de la Reina Carolina de Nápoles.

Carlos IV oyó con espanto las palabras del Embajador, y preguntó la causa de aquella amonestación. Entonces el Marqués mostró á los Reyes la carta de María Antonia dirigida á su madre, añadiendo:

—Ese papel, no sólo ofende la dignidad del

Emperador, sino que además lastima la honra de la Monarquía española.

Entregó el pliego al Rey con semblante risueño, y se despidió cortésmente con estas significativas palabras:

—He cumplido mi comisión. Sus majestades leerán el contenido de esa carta; y como el asunto pide consideración y mucha cordura para el acierto, me retiro para que mi ausencia haga más reposada la reflexión.

***

¿Qué vieron los Reyes en esta carta? Insultos á Francia, insultos al Rey de España, insultos á la Reina y denuestos contra el Príncipe de la Paz. Grande fué el dolor del Rey; grande la indignación de la Reina; grande el temor del favorito. ¿Qué hacer? María Luisa, llena de altivez y soberbia, se aprestaba para reconvenir á su hijo y maldecir á la nuera, á la traidora *napolitana*, que este era el calificativo que la daba. Godoy no tenía fuerzas para aplacar á su Reina y señora; pero Carlos, con aquella circunspección que le distinguía en todos sus actos, logró aplacar el furor de su esposa, la cual se dispuso á escuchar su consejo.

—Una reconvención violenta y desatinada—dijo—puede aumentar el fuego de la disidencia y pro-

vocar el escándalo en el regio alcázar; porque si tú eres enérgica en tus manifestaciones de desagrado, ella es violenta y poco sufrida para la reconvención. Conviene que pases al cuarto de los Infantes, y dándoles á entender que yo ignoro la trama, presentes la carta como testimonio de la injuria, y les aconsejes, en términos dulces y con frases cariñosas, que no es ese el camino que conduce á la paz de una familia, y que es necesario en lo sucesivo obrar de una manera opuesta para evitar sinsabores á un padre bondadoso y casi valetudinario, que tan verdadero amor profesa á sus hijos.

La Reina, aun cuando á regañadientes, prometió á su regio esposo la dulzura y el comedimiento, que era mucho ofrecer, teniendo en cuenta el carácter violento de la gran señora; pero cumplió su promesa. Prodújose delante de sus hijos con la templanza y amabilidad que le habían aconsejado; pero la princesa María Antonia, lejos de manifestarse contristada por las cariñosas observaciones de su suegra, la contestó con acento irritado, y en palabras tan descompuestas, que al leer los apuntes que tengo delante, no me atrevo á asentar aquí las frases injuriosas que salieron de aquellos labios, siendo algunas de ellas tan mal sonantes y atrevidas, que las expresó en italiano, á fin de que tuviesen más fuerza en su idioma nativo. ¿Qué tama-

ño no tendrían los insultos, cuando, según refiere un sesudo historiador, el mismo Príncipe de Asturias tuvo que reprender ásperamente á su esposa, reprobando el tono que empleaba contra su madre?

No por eso desmayó la joven María Antonia en sus denuestos, pues contestando á la amonestación de su marido, y tomando una actitud trágica, se retiró diciendo:

—¡Io sono una donna onesta, é tua madre aveva perduto il pudore!

Cuentan que Fernando y María Antonia se daban mutuas y recíprocas lecciones para aprender ella el español y él el italiano; por lo cual, el Príncipe de Asturias debió comprender el significado de este trozo de lengua italiana.

Desde aquel momento quedó enarbolada la bandera negra entre la suegra y la nuera.

1805

Don Narciso Briones y su asistente Carrasco «el Chiclanero.»

Antes de dar cuenta de lo ocurrido á estos dos hombres; es decir, á estos dos mareantes, que fueron en sus respectivas esferas dos verdaderos caracteres, narraré, aunque someramente, el gran suceso que dió lugar á que se distinguieran y quedasen confundidos y casi ignorados entre los héroes españoles que sucumbieron ó quedaron mal parados, en la GLORIOSA DERROTA del combate de Trafalgar.

Mi perseverante inclinación al escudriñamiento de todo aquello que pasa desapercibido en los acaecimientos más abultados de nuestra historia contemporánea, me ha proporcionado el incógnito placer de descubrir perlas entre el fango de nuestras miserias, y diamantes americanos en muchas cosas que han considerado nuestros panegiristas como oro de ley.

¡Ay! ¡Si yo pudiera dar á la estampa todo lo que

almacena mi memoria y lo que tengo archivado para que mis hijos lo recojan y puedan propagarlo en tiempos menos peligrosos!...

En aquel memorable combate se multiplicaron los héroes. Lo fué Nelson, pero de él se han ocupado los ingleses con sobrados ditirambos; yo me ocuparé de mis compatriotas, de aquellas víctimas de una monarquía sometida á una mujer veleidosa y á un imperito privado de triste y menguada recordación.

En 1805, y en plena paz, cuatro de nuestras mejores fragatas fueron maltratadas por el pabellón británico, y para vengar la injuria nos aliamos con los franceses, y fuimos inocentes auxiliares de Napoleón. Los hombres de buen seso, que los había en aquella sazón, censuraban la desacertada conducta que había dado ocasión al insulto de la Gran Bretaña, pero estaba ofendido el honor de España y se aplaudió la guerra como cosa inevitable.

La bandera inglesa ondeaba orgullosa á la vista de Cádiz, y la marina francesa y española contemplaban con disgusto y pesar aquel reto tan soberbio y descarado. Todos los movimientos de los barcos ingleses tenían asomos de provocación, pero no se arriesgaban á forzar la entrada del puerto, porque presumían con fundamento que no sería suya la victoria; llamaban á las naves españolas por medio

de señales de banderas, como diciendo: «Venid, que os esperamos.» Y contestaban los barcos españoles: «En nuestra casa estamos, venid á ocuparla si os atrevéis.»

*
* *

Nelson, que ya poseía la dignidad de lord, acreditado por anteriores victorias, aguijado por una ambición noble, pero excesiva, y por un patriotismo en el que tomaba gran parte el odio rencoroso que profesaba á Francia, despechado de no haber acertado con las escuadras de sus contrarios, á los cuales había perseguido con actividad infructuosa y con poca fortuna, vino sobre Cádiz con el empeño de buscar á sus enemigos y combatirlos á todo trance.

Los marinos españoles, que no ignoraban los intentos del inglés, se aparejaban á la resistencia sin que el temor los desalentase, contando con el poder de sus barcos y con las baterías de la costa y ciudad de Cádiz y sus numerosas cañoneras.

Más de treinta navíos de línea, ondeando en unos la bandera tricolor, en otros la amarilla y encarnada, poblaban la bahía gaditana.

Sabido es que mandaba la escuadra combinada el Almirante francés Villeneuve, valiente en la pe-

lea, tímido é irresoluto en el consejo, y á más de esto, desaprobador de los planes del Emperador; pero éste tenía deseos de que sus marinos probasen sus fuerzas con las de sus odiados isleños en un combate.

Celebróse un consejo de guerra para decidir si habría ó no de salirse á la mar en busca del contrario. Prevaleció la opinión de permanecer en puerto esperando el ataque del enemigo.

En este consejo manifestó Gravina que había llegado á su noticia que Nelson, que había pasado algunos días en Londres, había llegado la noche anterior, y que se encontraba al frente de su escuadra, lo cual significaba que la presencia del Almirante inglés era la señal de la acometida. Cada Comandante se puso al frente de sus respectivas divisiones y se dispusieron para la defensa, seguros que si los ingleses tomaban la ofensiva, la victoria quedaría por los aliados. Pero decretó su suerte que las cosas pasaran de otra manera.



El día 18 de Octubre, Villeneuve, que se había conformado con el parecer de sus compañeros, recibió una carta del Ministro de Marina francés Mr. Decrés, que traducida del francés decía lo siguiente: «Pliego reservado.—Ya conocéis mis ex-

celentes deseos en favor de vuestra persona, pero la amistad tiene agotadas sus fuerzas para defenderos contra la saña que os profesa el Emperador. Os aconsejé en su nombre, que uniéndose la escuadra aliada á la de Cartagena, mandada por el bravo español Salcedo, dominásemos el Mediterráneo, os trasladáseis á Tarento, os apoderáseis de los cruceros ingleses que se hallaban en el apostadero de Nápoles, y le habéis desobedecido.

»El Emperador está irritado, y me ha dicho que sois *un cobarde*, porque ha sabido que, á pesar del tiempo transcurrido y mandando una escuadra poderosa os habéis encerrado en el puerto de Cádiz porque tenéis miedo y no os atrevéis á medir vuestras fuerzas con los isleños británicos.

»Pongo en vuestra noticia que por mandato del Emperador, se ha puesto en camino Rosilly con dirección á Madrid, desde cuyo punto partirá brevemente para sustituíros. ¡Un esfuerzo, amigo mío! ¡Una victoria, y os habéis salvado!—*Decrés.*»

El marino, antes irresoluto, tan pronto como leyó el pliego, convocó nuevo consejo, que se celebró á bordo del *Bucentaure,* y ante los jefes más autorizados de la escuadra manifestó que, si su última deliberación había sido esperar el ataque, mejor meditado, pensaba que convenía ponerse en marcha precipitada y atacar á la escuadra britá-

nica. Los marinos se miraron los unos á los otros al escuchar tan repentina é inesperada resolución; pero el Brigadier Galiano rompió el silencio para manifestar que el combate en aquellas condiciones le parecía signo evidente de una segura derrota. Gravina aprobó el concepto de su compañero, y añadió que no comprendía, después de lo acordado en el consejo anterior, esta extraña medida. Entonces Villeneuve, que no había olvidado la amenaza de Decrés, perdió los estribos y pronunció aquellas célebres palabras:

—¡Esas observaciones desmienten el ponderado valor de los castellanos de Lepanto, y me dicen que tenéis miedo!

Todos los españoles se levantaron de sus asientos y lanzaron frases rabiosas y atronadoras contra las palabras del Almirante francés, habiendo sido Churruca el más enérgico, porque se expresó de un modo irrespetuoso, que obligó á exclamar á Villeneuve:

—¡Soy el jefe superior! ¡Mando, y se me debe obedecer!

Churruca se dirigió á sus compañeros, exclamando:

—¡A la mar, camaradas, y probemos á este señor que los españoles jamás fueron medrosos!

***

El 19 de Octubre se hizo la escuadra á la vela, y el 20 descubrió al enemigo. Otros antes que yo han descrito este horrible suceso con sus tristes y memorables episodios. Mientras se libraba el combate, las numerosas torres de Cádiz y hasta las azoteas estaban atestadas de gente armada de anteojos. De la escuadra se veía poco, porque la envolvía una espesa nube de humo. Un testigo presencial del hecho desde una de las torres más elevadas de Cádiz, ha dejado en sus apuntes consignadas estas palabras: «Seguía sereno el tiempo, si bien con algunas pero no claras señales de cercana borrasca.

»De súbito, una vivísima llamarada iluminó el mar próximo al horizonte; vióse entre la luz como la figura de un navío, y desapareciendo al momento la espantosa claridad, un tremendo estampido vino muy en breve á anunciar que un navío se había volado. Cerró la noche, que lo fué de horrorosa incertidumbre.»

Con presencia de otra relación narraré lo que pasaba á bordo del *Santa Ana*. En lo más recio de la pelea, maniobrando un guardia marino llamado D. Narciso Briones, una bala enemiga le llevó el pie, pero dejándole unido á lo restante de la pierna por un tendoncillo ó nervio. Cayó sobre cubierta, y viendo á su asistente, de nombre Carrasco,

vuelto de espaldas y arrimado á un grupo de marineros que cuidaban de otros heridos, comenzó á llamarle para que lo levantara y le condujese á la enfermería; pero era tan grande el ruido y el alboroto de las maniobras, que Carrasco no oía los gritos del guardia, hasta que éste, desesperado, con la mano acabó de desprenderse del pie dando un tirón, y arrojó el miembro perdido al cogote del sordo marinero. Este, á quien dolió el golpe, se volvió hacia el guardia, apoyando su ensangrentada mano izquierda sobre la derecha, diciendo:

—¿Qué quiere su mersé?

—¡Maldita sea tu estampa!—respondió Briones. —¿No has oído que te llamaba? ¿No me ves herido y que no me puedo levantar?

Carrasco mostró la mano herida al guardia, y contestó con acento andaluz, pues era chiclanero:

—¿Pos no me ve su mersé también jerío de esta mano? Por eso estaba esperando que me curasen; ¡pero hay allí un cirujano que manda más que Dios, y no le da melecinas ni á Jesucristo!

Acudieron otros marineros y condujeron al guardia á su camarote, y mientras le conducían, el chiclanero cogió el pie y le preguntó al guardia:

—¿Qué hago con esto?

—Tirarlo al mar—repuso el herido.

—¿Con zapato y tóo?—preguntó el asistente.

—¿Para qué le quiero?—dijo Briones.

Carrasco tiró el pie y se guardó el zapato, y al fin logró que le curasen, y dicen que sanó.

* * *

Hubo en aquel combate rasgos de valor y de sufrimiento en el padecer, y también heróicas impaciencias, como la de Briones, que murió en Cádiz, en una casa situada en la plazuela del Peñón, donde vivía un pariente suyo, Cura párroco de la iglesia del Rosario.

Mejor suerte cupo al Capitán de fragata Somoza, segundo Comandante del navío *Montañés,* cuya herida fué de lo más singular posible; pues una bala, pasándole de refilón por el vientre, le llevó toda su parte carnosa con la piel exterior, y le dejó sana una película de las que cubren los intestinos, casi transparente, lo cual no estorbó que conservase la vidá, hasta convalecer del todo. Gravina padeció largo tiempo y murió. Salvó á Valdés el arrojo de un oficial subalterno ó guardia marina, pues habiendo quedado abandonado sin conocimiento en el navío de su mando, próximo á perderse en la costa, como de hecho se perdió, y no habiendo quien se atreviese á ir á bordo del buque puesto en peligro, alrededor del cual hervía

la mar embravecida, logró el animoso joven persuadir á unos pocos valientes marineros á que le siguiesen, y favorecido por la suerte, llegó al navío y sacó de él al digno Comandante, que llegó con felicidad á Cádiz. Vivió después largos años para contraer nuevos méritos y pasar nuevos trabajos por sus opiniones liberales.

Sucumbieron en el combate Gravina, Churruca, Galiano, Alcedo, Moyna y Castaños. ¿Quién tuvo la culpa de este horrible desastre? La imprudencia de un Almirante extranjero, que ensordeció por satisfacer su vanidad el dictamen de los españoles. España perdió sus más ilustres y distinguidos marinos y sus mejores navíos: pagó con noble y preciosa sangre los desaciertos de otros; pero el pabellón de Castilla, aunque ensangrentado, salió cubierto de gloria. Es evidente que el Almirante francés desplegó un admirable valor personal en el combate. No fué castigado por la derrota, pero él se castigó á sí mismo, pues derrotado por la pesadumbre y el remordimiento, se suicidó en Rennes.

1806

Muerte de la Princesa de Asturias Doña María Antonia.

Proseguían y se lamentaban en lo interior del Palacio los rumores destemplados y mal corregidos de la Reina María Luísa y de la Princesa de Asturias, las cuales miraban como defensa de la razón sus mútuas ofensas, siendo la una y la otra dificultosas de reducir, porque andaba en ambas mujeres el odio envuelto con apariencias de lealtad.

Carlos IV, naturalmente bondadoso, y entristecido con estas cosas, buscaba todos los medios que estaban á su alcance para la reconciliación. Pudo conseguir que en los actos ostensibles de la Real casa observasen la compostura agradable y ceremoniosa que origina la etiqueta palatina, para que no llegasen á los oídos del vulgo estas disidencias, donde ya corrían con recato de murmuración que, tomando cuerpo en el misterio con que se fomentaba, podría romper en alarido popular y en tumulto

declarado, que pondría en congoja á la Real familia, sabiendo las aficiones del pueblo hacia Fernando y su aversión á la Reina María Luisa.

Fernando se manifestó propicio á la observancia de las juiciosas indicaciones de su padre; pero la altiva *napolitana* no tenía la docilidad necesaria para dominarse, ni pública ni privadamente; antes por el contrario, aprovechaba las ocasiones para zaherir á su enemiga declarada.

Presentaré un ejemplo que atestigua la perseverancia de la esposa de D. Fernando en la mala voluntad que profesaba á la Reina.

Cierto día presentaron á la familia real unos magníficos cojines de terciopelo encarnado, traidos de Bruselas por encargo especial del Capellán mayor, con autorización de los Reyes. Estos cojines lucían unos escudos bordados en oro, cuya labor llamaba la atención, y hasta sorprendían á los inteligentes por el primor con que estaban trabajados. Examinaban la obra con admiración el Rey, el Príncipe de Asturias, María Antonia y los Infantes, y acertó á llegar la Reina algo tarde, y cuando se acercaba al curioso grupo para participar del asombro de los demás, exclamó la esposa de Fernando retirándose:

—Ya me había causado extrañeza que no estuviese aquí la caña de pescar.

Aludía con esta frase á la suma delgadez de la Reina.

Esta no se amilanó, y repuso con prontitud:

—Esta caña se cimbra, pero no está cascada.

Daba á entender con esta respuesta, que su nuera estaba tísica. Y era la verdad.

Ocioso será decir el mal efecto que producirían estos dimes y diretes en el ánimo afligido de don Carlos.



Lo que pasaba entre la Reina y María Antonia, pasaba también entre el Príncipe de Asturias y don Manuel Godoy. Se odiaban, no podían disimular su rencor; y si la *napolitana* apostrofaba á la Reina con descaro y altanería, Fernando, que era dado á la sátira y al sarcasmo, le insultaba, pero con risa sardónica y acento mordaz. Los servidores de los Reyes procuraban huir la conversación con los servidores de los Príncipes, y estos con los de los Reyes; existía en la servidumbre una guerra sorda con sus respectivas banderas, la una realista y la otra fernandina.

Al desabrimiento de Fernando contra Godoy contribuían sobremanera las continuas excitaciones del Arcediano Escoiquiz, que aun cuando tenía prohibida la entrada en Palacio, siempre que venía á

Madrid se alojaba en una habitación bien aderezada que le proporcionaba la abadesa de las Descalzas Reales, y desde allí mandaba al Príncipe de Asturias sus confidencias, unas veces verbales y otras por escrito.

Se comprende el rencor de D. Fernando contra el favorito, cuando el lector repase algunos trozos de la continuada correspondencia que sostenía el Arcediano con el Príncipe de Asturias. Copio de una de sus cartas el siguiente período:

«... Ese villano (Godoy) afortunado, busca todos los resortes para imponerse como Soberano. Vuestro bondadoso padre, obediente á los pérfidos consejos de ese insensato, no da á V. A. participación en los Consejos ni en las deliberaciones del Estado. V. A. es hombre de gran talento, no es un niño, como asegura el infame favorito. Teme que los sabios consejos de V. A. prevalezcan, y descubra el Príncipe de Asturias los inícuos artificios de su maldad, y se anuble su privanza. Es menester que V. A. se desligue de ese temor impropio de la realeza, á fin de que exprese valerosamente á su padre, que una corona que ha de ceñir en plazo breve, debe adiestrarse en el manejo de los asuntos del Estado, antes que entregarla al monopolio de un advenedizo, etc.»

El Arcediano no tenía razón en lo que escribía.

En más de una ocasión aconsejó el Príncipe de la Paz al Rey que debía llevar al heredero del trono á los Consejos, que era despejado y que además se encontraba en edad apropiada para intervenir en los asuntos del Gobierno; pero Carlos IV se oponía tenazmente, diciendo:

—Es muy mozo; déjale que estudie y aprenda otras cosas favorables á su talento. La Reina piensa lo mismo que yo; y además temo que, enterado de ciertos asuntos que exigen reserva, pasen á conocimiento de María Antonia y los revele á su madre, y tengamos nuevas desazones.

Esto no lo sabía Fernando, y atendía únicamente á las excitaciones del Arcediano.



Era la Princesa de Asturias, si no linda de rostro, muy agraciada; blanca, rubia, de nariz un tanto aguileña, ojos azules, grandes y muy vivos en la mirada. A pesar de su complexión delicada y de su estado enfermizo, no desaparecía de sus mejillas cierto color sonrosado, que, según opinión facultativa, era signo evidente de una tisis mortal. Asistía á la Princesa en sus dolencias el doctor don Pedro Castelló y Ginesta, médico de cámara, y al cual profesaba María Luisa grande afecto, porque á pesar de las preocupaciones que sustentaban las

Reinas anteriores á María Luisa á dejarse asistir por hombres cuando estaban de parto, la esposa de Carlos IV se opuso tenazmente á que la asistiesen matronas, y eligió á D. Pedro Castelló para que la sirviese en estos trances, de lo cual se vanaglorió el médico, porque estuvo siempre acertado en estas difíciles y peligrosas maniobras.

La Reina quería saber de una manera cierta la situación en que se encontraba su nuera respecto á su dolencia, y una mañana llamó secretamente al doctor, con el cual se encerró, y le expuso sin ambajes su curiosidad. D. Pedro Castelló, que era, á más de honrado y leal, un cumplido cortesano, anduvo un tanto tímido y vacilante en la manifestación de su pronóstico; pero la Reina, que era enemiga de las situaciones dudosas, conociendo que su médico no hablaba con claridad, le dijo estas textuales palabras:

—Mira, Perico; ya sabes que te prefiero á todos los de tu facultad, porque cuando nos visitas durante nuestras enfermedades no nos aturdes la cabeza con latines, como tus sabios compañeros: nos hablas en castellano para que te entendamos; pero en este momento, si no me echas latines, tampoco hablas castellano puro. Quiero que me digas si mi nuera se salva ó está en peligro de muerte.

D. Pedro Castelló no tuvo más remedio que ser explícito, y dijo estas palabras, que también son textuales, tomadas de un manuscrito del célebre doctor Morejón:

—Señora, es doloroso para un médico hacer ciertas revelaciones, tratándose de un ser querido...

La Reina hizo un gesto especial al escuchar la frase de «un ser querido,» y se levantó de su asiento, diciendo:

—No me digas más; ya te he entendido.

Dió á su médico la mano para que se la besase, según costumbre, y despidióle con el ritual ceremonioso de uso.

Algunos instantes después María Luisa vió á su esposo, y le dijo:

—Carlos: María Antonia no tiene remedio; me ha dicho Castelló que su mal no tiene cura.

—¡Pobre muchacha!—exclamó el Rey.—Fernando va á quedar inconsolable.

El bondadoso Monarca expresaba lo que sentía su corazón sin registrar el ajeno.



Cinco meses después de este pronóstico, es decir, el 21 de Mayo de 1806, María Antonia, víctima de una tisis maligna, espiraba en presencia de los

Reyes y de su querido Fernando, que no se separó un instante de la cabecera del lecho hasta recoger el último suspiro de su esposa.

Cuéntase que murió en su cabal juicio, como acaban casi todos los que padecen esta enfermedad. Por eso dicen que llamó á su ilustre suegra, á la cual dirigió con acento debilitado estas palabras:

—Siento, señora, bajar al sepulcro si haber tenido el tiempo necesario para formar el corazón de Fernando, á quien V. M. no ha sabido educar.

Estas palabras revelan que María Antonia bajó á la tumba impenitente respecto á la reconciliación con su suegra.

*
* *

Vean mis lectores el *sentido* pésame que el Canónigo Escoiquiz dirigió al desconsolado esposo desde su celda del convento de las Descalzas Reales:

«Señor: Comprendo las tribulaciones de vuestro *santo* corazón, traspasado con el dardo de la desgracia. ¡Pérdida irreparable! Consoláos, señor, que el alma de vuestra consorte está en el Paraíso de los justos... y con la palma del martirio, porque la esposa del Príncipe de Asturias ha muerto *envenenada* por Godoy.—Así lo propala el vulgo, y *vox populi*, etc.—Reciba V. A. R. el más doloroso pé-

same de su leal servidor.—Ya sabe V. A. R. cómo me llamo.

P. D.—Todos los prelados residentes en su corte y fuera de ella han sido convidados para las fúnebres exequias. S. M. la Reina sabe que, aunque de tránsito, resido en su corte. Mi esquela de convite ha sido suprimida.—*Vale.*

Con efecto, el vulgo achacaba la muerte de la Princesa á envenenamiento, y nombraban como culpable de este infame atentado al favorito.

Cuando referían á Fernando lo que el vulgo propalaba, respondía:

—El vulgo no tiene razón, y calumnia á don Manuel. Cuando me casé con María Antonia estaba ya tísica.

*
* *

El odio contra Godoy había llegado á su colmo en lo interior del alcázar, y los Reyes no ponían nada de su parte para calmar la exaltación de los ánimos.

En lugar de detener las riendas á los inmerecidos favores que tributaban al privado, desplegaban cada vez más las alas de su grandeza. Concediéronle la alta dignidad de Almirante de España é Indias, con el tratamiento de Alteza, y para celebrar este honor injustificado, todos los músicos de

Madrid reunidos, dieron una gran serenata al agraciado en el patio del Real Palacio, cuyo festejo honraron con su presencia, desde los altos corredores iluminados, los Reyes, que obligaron á sus hijos á que les acompañasen.

Cuando más ruidoso era el festejo, y más atronadores los vítores comprados, Fernando, lleno de envidiosa indignación, dijo por lo bajo á su hermano Carlos:

—Este obsequio es un insulto á mi persona. Un vasallo mío me usurpa el amor y el entusiasmo del pueblo. Yo nada compongo en el Estado, y este hombre es omnipotente. ¿Puede esto sufrirse?

Á lo cual respondió el Infante:

—No te incomodes; todo llegará. Cuanto más le den más tendrán que quitarle.

1807

Un ilustre conspirador.

Muerta la Archiduquesa María Antonia, alma principal de las intrigas palaciegas; destronada la madre de esta Princesa, y rotos, por consiguiente, los hilos que ataban la trama sostenida en favor de

la Gran Bretaña, comprendió Fernando y comprendieron sus partidarios que se retardaban la caída de Godoy y el entronizamiento del Príncipe de Asturias, por lo que, fatigados de esperar los conspiradores, volvieron los ojos hacia el gran capitán del siglo, buscando el amparo que codiciaban en el que un año antes era su mayor enemigo. ¿Qué hacer para el logro de tan vergonzoso propósito sin que apareciese lastimada la honra del pretensor?

Era, pues, necesario buscar un pretexto, y Escoiquiz, el Arcediano, hombre diestro para la intriga, y que odiaba al favorito por añejos agravios, se encargó de este delicado empeño y puso en ejercicio su imaginación, seguro de la victoria, con beneplácito de Fernando, que no consideraba que pocas veces salen buenos los confidentes que se hacen de los quejosos, porque en las heridas del ánimo quedan cicatrices como en las demás, y suelen éstas acordar la ofensa cuando se mira como posible la venganza.

Trasladóse el Arcediano desde Toledo á Madrid, y fué su primer cuidado visitar reservadamente á D. Pedro Giraldo, brigadier de ingenieros y maestro de matemáticas del Príncipe de Asturias, al cual manifestó la conveniencia de que entrase en tratos con el Marqués de Beauharnais, Ministro de Bonaparte, de quien era amigo, á fin de inclinar

su voluntad para el logro de una inteligencia secreta entre el Príncipe de Asturias y el Gabinete de las Tullerías.

D. Pedro Giraldo vaciló al principio; pero aceptó lo que se le proponía cuando supo que entraba en el concierto Fernando, y que éste mantenía á rostro firme su resolución. Prometió visitar al enviado francés; pero conociendo que era poco diestro en asuntos diplomáticos, indicó al Arcediano que se asociara para esta entrevista con D. Juan Manuel de Villena, hombre de buena y sonora palabra y muy dado á este linaje de asuntos, y á más de esto muy devoto de Fernando y enemigo pertinaz de Godoy.

Concertado el plan de esta manera, escribió Giraldo al enviado francés, su amigo, una carta solicitando día y hora para una visita interesante, á la cual le acompañaría un amigo. El Marqués de Beauharnais, diestro cortesano que jamás había acertado con el camino de la sinceridad y que guardaba al favorito las mayores consideraciones, aceptó la visita, añadiendo que «tendría un singular gusto en conocer personalmente á D. Juan Manuel de Villena, del cual tenía los más lisonjeros informes.

***

El Ministro francés recibió á sus huéspedes con el mayor agrado, y D. Juan Manuel de Villena fué el primero que, con acento vehemente, explanó los deseos de que el *desgraciado* Príncipe de Asturias entablase una inteligencia amistosa y reservada con el Emperador de los franceses. Una carta de D. Manuel de Villena, dirigida al Arcediano, apunta las siguientes palabras:

«... El Embajador me oyó, al parecer, complacido; levantóse del sillón que ocupaba; sacó de la faltriquera de su bordada casaca una preciosa tabaquera de marfil, donde estaba esmaltada la imagen de Napoleón; nos la presentó abierta para que tomásemos un polvo, que aceptamos, y al mismo tiempo que paseaba con reposada compostura, nos habló de esta ó parecida manera, en corrompido castellano:—Deploro sinceramente esas desvanecencias de familia; que nunca serán provechosas para el Príncipe de Asturias, el cual se ve en el doloroso aprieto de buscar el amparo del Emperador, á quien profesaba hace un año acendrada enemistad, instigado, según creo, por los insidiosos manejos de su difunta esposa.—Yo me apresuraré á disculpar á S. A., y el Marqués hizo semblante de quedar convencido, y agregó:—Nunca dudaré de los buenos y leales propósitos del Príncipe de Asturias, pero mi posición es muy delicada.

Ateniéndome á las órdenes del Emperador, y consultando los intereses de Francia, yo tengo que guardar las debidas consideraciones á S. M. el Rey Carlos IV, á su digna esposa y al Príncipe de la Paz, y no puedo representar el papel de medianero en una conjura en favor del Príncipe de Asturias sin saber de una manera cierta si el Príncipe de Asturias es consentidor en esta inteligencia que ustedes solicitan con el Gabinete de las Tullerías.
—Mi compañero y yo afirmamos que hablábamos con el consentimiento de S. A., y respondió el Marqués:—Deseo una prueba patente de que ustedes obran con el acuerdo del Príncipe de Asturias.—Y hemos concertado lo siguiente: Que en la primera recepción ó día de corte que se celebre, el Príncipe de Asturias pregunte al Marqués: «¿Ha estado el señor Ministro en Nápoles?» «Y que, al hacer esta pregunta, sacará de su bolsillo un pañuelo, lo cual dará conocer la sinceridad conque hemos hablado.»



Vino el día señalado para la publicación de la Bula, acto de gran solemnidad celebrado con una vistosa procesión que pasaba por delante de los balcones del Real palacio, donde se sentaban la familia real y su corte, y á cuya ceremonia fué in-

vitado el Embajador. Allí saludó al Príncipe de Asturias, que hizo la pregunta convenida sacando el pañuelo del bolsillo, y cuando conoció el Marqués por la señal que no había engaño en la proposición, la primera vez que habló con D. Juan Manuel de Villena, le dijo:

—Podemos abrir las negociaciones.

Supo Escoiquiz la respuesta del enviado francés, y como iniciador de la trama quiso entrar directamente en conciertos con el Embajador; pero jamás le había tratado y era necesario que precediese una presentación.

Encargóse de este requisito el Infante D. Antonio Pascual, señor que nunca se había mezclado en los asuntos de Estado, por ser hombre muy entregado á ejercicios piadosos y á la zampoña, su instrumento favorito, y que es fama que tocaba con extraordinaria habilidad. Pero amaba mucho á su sobrino Fernando, á quien regalaba con frecuencia escapularios benditos y otras reliquias traídas de Jerusalén. Era amigo del Arcediano, quien logró inscribirle en la bandera rebelde contra Godoy.

El representante de Napoleón era inclinado al conocimiento de tipos extraños, para apuntarlos en sus *Memorias* y describirlos amenamente; trató al Infante con afabilidad, le obsequió varias veces

dándole un puesto en su mesa, y le obligó á que tocase la zampoña en su casa, de lo cual se manifestaba el Infante muy gozoso, seducido por las lisonjas del Embajador, que encarecía su habilidad escondiendo la mofa.

Y éste buscó Escoiquiz para que le presentase al enviado francés. Y, con efecto, dócil á los deseos del Arcediano, dijo un día al Embajador que quería presentarle á uno de los hombres más ilustres de España por sus conocimientos científicos y literarios. El Embajador, al escuchar tan repetidos encomios, cuentan que le preguntó:

—¿Toca la zampoña mejor que V. A.?

Don Antonio Pascual se limitó á contestar:

—No sabe de música.



El nuevo campeón de la intriga, es decir, don Antonio Pascual, presentó al Arcediano de Toledo en la Embajada francesa, y Escoiquiz, para justificar que no habían sido exageradas las informaciones del Infante, regaló al Embajador un ejemplar de su *Poema de Méjico,* lujosamente encuadernado, obsequio que recibió el Marqués con vivas señales de reconocimiento.

Reanudóse el hilo de la trama, y quedó concertado analizar el asunto en el Retiro, en uno de los

ardientes días de Julio y á hora desusada, á fin de hablar con detenimiento y franqueza. Vino el día de la cita y acudieron separadamente al Parque del Retiro los conspiradores, y escogieron para la conferencia un grande aposento, llamado el *Casón*, destinado á la sala de baile, y en cuyo techo pintó Jordán una alegoría de la institución del Toisón de Oro.

Allí habló el Canónigo Escoiquiz con un género de resolución que, sin dejar de ser modestia, estaba lejos de parecer humildad ó falta de espíritu, deplorando el aislamiento de D. Fernando, humillado ante la insolente altivez de un afortunado guardia de corps, y ponderando las altas cualidades del Príncipe de Asturias. Hablaba en su innobediencia con aquel atrevimiento cobarde que suele facilitar la seguridad de un superior ausente. Por eso expuso la conveniencia de enlazar las dos familias reales de Francia y España casando á don Fernando con una Princesa de la familia del Emperador.

El Embajador, que sabía granjear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior sin dejar de ser amigo, cuentan que respondió:

—Atrevido es el empeño; pero no le desapruebo y ofrezco trabajar en ese sentido; pero *las palabras se las lleva el viento*, por lo que creo necesario que

el heredero de Carlos IV, *dé una fianza de sus deseos á fin de que sea creído.*

De tan débiles principios nació la resolución que tomó el Embajador de romper reservadamente con los Reyes.



Usando Escoiquiz de los artificios que acostumbraba, puso en conocimiento del Príncipe de Asturias lo ocurrido con el Embajador, manifestándole al mismo tiempo que había necesidad de escribir á Napoleón una carta, cuyo borrador le enviaba para que la copiase en buena letra. El Príncipe de Asturias fué obediente á los consejos del Arcediano, y brotó de este acuerdo aquel documento vergonzoso para ignominia del firmante que publicó el *Monitor* de París el día 5 de Febrero de 1810.

Adulaba al Emperador llamándole «el héroe mayor de cuantos le habían precedido, enviado por la Providencia para salvar á la Europa, para consolidar los tronos vacilantes y para dar á las naciones la paz y la felicidad.» Le pedía su poderosa protección y depositaba en el héroe *los secretos más íntimos como á un tierno padre.* Después de anatematizar la conducta de las personas que rodeaban al Rey, añadía: «¿Y habrá medio más proporcionado que pedir á V. M. I. el honor de que

»me concediera por esposa una Princesa de su au-
»gusta familia?» Imploraba su protección paternal de la manera más humillante y vergonzosa.

El Embajador dió curso á la carta, y al mismo tiempo aparecía en la corte como el amigo más leal de Carlos IV.

***

Cinco días después de haber escrito y firmado Fernando la carta al Emperador, se celebraban sus cumpleaños, y aquellos labios que aún respiraban el aliento que empañó su pluma, acariciaron las mejillas de su madre y besaron la mano del padre.

El venerable anciano dijo aquella misma noche á su esposa María Luisa:

—¿Has observado la dulzura con que Fernando ha saludado esta mañana al Embajador francés? Esto denota que se ha reconciliado con los franceses. ¡Cuánto me alegro!

—Y yo también—añadió la Reina.—¿Has visto con qué ternura me ha besado?

Y exclamó el anciano Monarca con las lágrimas en los ojos.

—¡Dios le ha tocado en el corazón!

1807

Revoluciones romanas.

¿Quién fué el primero en España que se atrevió á emprender la tarea de traducir la obra bajo el título con que doy comienzo á mi trabajo? Esta obra la escribió Vertot, y fué su traductor un ilustre personaje que se encontraba en vísperas de ceñir la corona real, y por circunstancias especiales estaba ansioso de popularidad. Pero entremos en pormenores para dar cierta amenidad al asunto y hacerle digno de reflexiones detenidas.

***

Figúrese el lector una casa situada en la calle del Caballero de Gracia, en el mismo sitio en que hoy se encuentra establecido un almacén de objetos de goma, de mezquina fachada, con una puerta de dos hojas, por la cual se llegaba á una escalera estrecha, empinada y sin luz alguna, que conducía á una habitación con inexplicables departamentos, generalmente de paso unos á otros, con

alcobas sin luz, que casi siempre recibían su única ventilación por el comedor.

En esta casa, modestamente amueblada, residía el año de 1807 D. Juan Antonio Melón, que era entonces Juez de imprentas, hombre de no común talento, y amigo íntimo de D. Leandro Fernández de Moratín.

D. Juan Antonio, como todos los hombres de su tiempo dedicados á trabajos mentales, era madrugador, y la mañana del 26 de Octubre de 1807 escribía á su amigo Moratín la siguiente carta, cuyo original he visto y copiado:

«Mi muy querido Leandro: He sabido, no sin pesar, que ayer tarde me quisiste honrar con tu visita de despedida, y no tuve la fortuna de verte. Me fué indispensable acompañar á mis dos sobrinas á la novena de San Ginés; pues hallándose muy delicada de salud la valetudinaria abuela, tengo que reemplazarla en esta devota ocupación. Presumo que venías á sorprenderme con una novedad que para mí era cosa vieja; pero notando tu silencio, lo respeté. Te doy la enhorabuena por tu nuevo empleo de Secretario de Cabarrús. Vas á París; vas contento, y lo conceptúo natural. Aprovecha el tiempo y saca todo el partido posible que puedas de tus aficiones.

»He recibido por conducto extraño, y leído con

detención, tu obra ingeniosa *Derrota de los pedantes*. Tengo hecha y firmada mi aprobación. ¿Y cómo no? El lunes daré cuenta al Consejo y enviaré el manuscrito al impresor Vidalpando, como deseas.

»Sustento la idea, ó, mejor dicho, el presentimiento, que la raza reformadora va á creerse aludida, y que mirará tu obra en concepto de sátira encubierta. ¿Ha sido tal tu propósito? Me parece que no; pero Nicasio Gallego es malicioso y no sabrá encubrir su despecho debajo de la sotana.

»Te veré mañana y hablaremos de otras cosas, pues deseo que me envíes algunos libros franceses.

»Saludo al mejor de los amigos.—JUAN.—26 de Octubre de 1807.—*El Abate.*»

Escrita la carta, doblada, encerrada en un sobre fabricado en la mesa escritorio, y aprisionada con una oblea, la llevó á su destino un criado, mientras que D. Juan apretaba las hebillas á su calzón corto, de manera que la media negra se ajustase bien á la pantorrilla. Una de las sobrinas le puso la casaca, le colocó el capote de esclavina, se caló el tricornio, empuñó el bastón con borlas de autoridad, consultó el reloj de doble tapa y se despidió anunciando que á las doce estaría de vuelta, á fin de que estuviese la comida preparada.

Pero sonó la campanilla de la puerta de la escalera.

—¿Visita?—preguntó D. Juan Antonio.

Y acertó. Un caballero de baja estatura, rechoncho, de mediana edad, rigurosamente rasurado, pulcro en el vestir, de faz risueña, con el sombrero en la mano y muy cumplido en las genuflexiones, le pidió perdón por haber interrumpido su salida; pero añadió que traía un encargo que no permitía la demora, procedente de una alta principalidad.

Comprendió D. Juan que se hallaba frente á frente de una persona de distinción, y le suplicó que le acompañase al gabinete de estudio, á lo que se prestó dócil la visita con una ligera inclinación de cabeza.

Encerrados en la habitación, dijo D. Juan:

—¿Puedo saber quién es la persona que me honra con su visita?

Y respondió el recién llegado:

—Ha venido á molestarle, involuntariamente, D. Agustín Samaniego Arjona, antiguo Guardia de Corps, y en la actualidad Gentilhombre del interior de S. M. el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias, del cual soy humilde delegación.

El Juez de imprentas se desbarató en contorsiones de todo linaje, ofreció una silla al palaciego, y cuando se creyeron bastante reposados, el dueño de la casa se manifestó ansioso de conocer el objeto de tan distinguida embajada.

D. Agustín miró á todos lados, como el que desea no ser escuchado, y seguro de que nadie le oía, dijo en voz baja y con misteriosa entonación:

—S. A. el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias desea tener una entrevista secreta con su señoría, y me ha encargado, como persona de su confianza, que os lo venga á anunciar.

Habría sido demasiada indiscreción por parte del Juez de imprentas preguntar al emisario el objeto de aquella entrevista, por más que á ello le excitase la curiosidad, y se limitó á responder:

—Estimo sobremanera el honor que me concede S. A., y sólo necesito saber cuándo y dónde.

Entonces el Gentilhombre del interior añadió con pausado acento:

—Necesito ser algo prolijo para dar á su señoría las debidas instrucciones, y manifestar la distribución del tiempo y de las etiquetas del Palacio, á que el Príncipe de Asturias y los Infantes se encuentran sujetos, y esto no es de ahora, sino de muy antiguo.

Sacó su tabaquera, brindó, tomó un polvo, y prosiguió:

—Hechas sus devociones y oída la Santa Misa, pueden el Príncipe y los Infantes recibir visitas. A las once y media de la mañana, van de ordinario á hacer la corte á los Reyes, y acompañan á

sus majestades hasta la hora de comer. Vuelven después á sus respectivos cuartos, y cada uno come en el suyo. Por la tarde salen á paseo, cada cual en su coche, y, por lo común, se dirigen á un mismo sitio. Por la noche hacen también la corte á los Reyes más ó menos tiempo... un cuarto de hora ó media hora. De regreso á sus cuartos pueden recibir personas de su agrado y confianza. Este es el momento que S. A. ha elegido para que su señoría vaya á visitarle, es decir, desde las nueve en adelante. Su señoría me concederá la merced de esperarme á las ocho y media en la Mayordomía de Palacio, que yo me encargo de buscarle y de introducirle en el cuarto de S. A.

***

Grande ocupación en el interior doméstico de D. Juan Antonio Melón. Sus sobrinas sacaron de la cómoda, por orden de su tío, una camisa de finísima holanda, una chupa de tisú, calzón corto de raso, medias de seda blanca, calzado con hebillas de oro, espadín de lujo y sombrero de picos.

Y preguntaba la abuela valetudinaria á las sobrinas de D. Juan:

—¿A dónde va Juanito? ¿Por qué se viste esta noche á la *dernière?*

Esta era la palabra empleada entonces entre la

gente distinguida que presumía de saber francés.

Las sobrinas contestaron que su tío iba aquella noche á Palacio.

Vamos también nosotros con él.



Cuando se encontró el Príncipe de Asturias frente á frente del abate, no pudo disimular una burlona sonrisa al verle tan sorprendido por tan extraña cita; pero le brindó un sillón, y D. Fernando fué el primero en sentarse para entrar en plática detenida.

—Aquí donde me ves—dijo el Príncipe—he querido ser escritor público, y he procedido á un ensayo traduciendo del francés al castellano el primer tomo de las *Revoluciones romanas,* que ha compuesto Vertot. Esto lo he practicado en secreto, sin conocimiento de mis padres, porque deseo sorprenderlos, y para ello necesito que te lleves el manuscrito, le repases con esmero, le limes, y sin demora le des á la estampa con las debidas precauciones.

Cuando el abate tuvo en su mano el manuscrito, hizo al Príncipe de Asturias la siguiente observación:

—Debo advertir á V. A. que yo, como Juez de imprentas, no puedo dar la licencia para la impresión.

—¿Y por qué?—preguntó Fernando entre sorprendido y enojado.

—Procediendo la obra—repuso el Juez—de manos tan elevadas, solamente al Rey compete dar la licencia.

El futuro Monarca se obstinó en que su padre no se enterara del hecho hasta que el primer tomo de la obra estuviese impreso, y el Censor no tuvo más remedio que bajar la cabeza á las poderosas instancias del ilustre traductor, quedando convenido que en la portada no apareciesen más que las iniciales del Príncipe de Asturias.

Despidióse el Juez de imprentas, y aunque con la natural zozobra que le infundía tan espinoso encargo, corrigió el original con el esmero aconsejado, y le entregó con la mayor reserva al impresor D. Fermín Vidalpando.

Cuando estuvo impreso el primer tomo, se hizo una tirada especial en papel inglés con brillo, y se encuadernaron varios ejemplares con un lujo especial.

El Príncipe D. Fernando, que no había disimulado su impaciencia de ver su trabajo impreso, enviaba frecuentes misivas al abate preguntándole por el estado de su obra, y ocioso será decir los apremios con que el Censor hostigaba al impresor para que pusiera breve término á tan delicada comisión.

El ilustre traductor recibió al fin el primer volumen de su obra, y le guardó cuidadosamente hasta que llegase el día de la gran sorpresa. De ésta daré menuda cuenta más adelante, porque la presentación de este libro fué preliminar funesto para grandes y transcendentales desazones en el seno de la Real familia.

Aparente reconciliación.

Don Agustín Samaniego de Arjona, Gentilhombre del cuarto del Príncipe de Asturias D. Fernando, merecía la confianza de su señor, y, como habrán visto mis lectores en otra parte, fué la primera persona que intervino en la impresión del primer tomo de la traducción de las *Revoluciones romanas*.

Encontrándose un día junto á la mampara del aposento interior del Príncipe, esperando las órdenes de su amo, salió un ayuda de cámara, saludó á D. Agustín, y le dijo estas palabras:

—S. A. R. me ha dicho que ya puede vuestra merced entrar á saludarle.

Y otro nuevo saludo fué la seña de despedida, y D. Agustín, con su uniforme de diario, se apresu-

ró á ponerse los guantes, que había dejado sobre un velador de la antecámara, porque hubiera sido irreverente y contrario á etiqueta presentarse en el olvido de este cabo suelto.

Recibióle D. Fernando con aspecto agradable, y no diré sonriente, porque el Príncipe de Asturias era poco inclinado á esta placentera mueca.

D. Fernando había ya oído misa en la capilla con la Real familia, había regresado á su cuarto y mudado de traje, lo cual llamó la atención de don Agustín.

—Te he llamado—dijo el Príncipe—para que des el último golpe á la obra que tú comenzaste. Ofrecí concederte una gracia que deseabas pedirme cuando te encargaste de llevar el manuscrito de mi traducción al Juez de imprentas. Yo cumplo lo que ofrezco, pero necesito saber antes lo que solicitas.

—Señor—respondió D. Agustín;—ya conoce V. A. á mi hijo, que es alférez de Guardias, y como antes ha prestado los servicios que V. A. conoce, desea honrar su peto con la cruz sencilla de Carlos III.

—¿Y por qué no lo solicita... por qué no se la pide al Príncipe de la Paz?—observó Fernando con ironía.

El Gentilhombre no sabía qué responder, porque

pertenecía al bando fernandista y secretamente se manifestaba enemigo del favorito.

—No te sorprenda lo que digo, pues me consta que tu hijo concurre todos los jueves por la noche á la gran tertulia de D. Manuel Godoy, donde tal vez querrá lucir la cruz que para él solicitas.

Y repuso el Gentilhombre, un tanto aturdido:

—Señor, ignoraba...

—Sé más que tú—añadió el Príncipe.—Sé que le ha presentado á esa reunión nocturna el hermano de D. Manuel.

—Señor, yo ignoraba—repitió D. Agustín.

Y el Príncipe de Asturias, con acento agridulce, endosó á su Gentilhombre el siguiente ó parecido sermón.

—No puedo pedir á mi padre la cruz que pretendes para tu hijo, porque me dirá que es muy joven todavía para merecerla. Mientras pensamos en darle otro género de recompensa, ya que todo lo ignoras, yo te daré cuenta menuda de lo que representa esa tertulia que tu hijo frecuenta. Ya sabes que para ese bellaco tan favorecido de mis padres se ha creado un cuerpo para hacerle la guardia en su casa con todas las preeminencias de los carabineros reales, con vistosos uniformes; cuerpo lucido por la buena presencia de los soldados, todos

escogidos, y de los oficiales, á que dan realce el vestido y las prendas de su equipo.

Dicho esto, tomó un pliego que estaba sobre el velador, le desdobló pausadamente, mirando con malicia á su confuso servidor, y añadió lo siguiente:

—Ya sabes que tengo devotos inquisidores que averiguan la conducta del privado para darme cuenta prolija de todo. Este papel que tengo en mis manos para leérselo á mis padres en tiempo oportuno, relata lo que pasa en esa espléndida reunión, á la cual concurre tu hijo. Oye.

Y leyó Fernando lo siguiente:

«A uno de los salones del palacio del omnipotente Generalísimo acude lo principal de la concurrencia, la que se extiende algunas noches hasta llenar otros dos ó tres cuartos más de menores dimensiones. Contribuyen á formar este concurso personas de muy diferentes clases y categorías, las más de ellas llevadas allí por el interés de sus pretensiones; algunas, muy pocas, sólo por asistir á un espectáculo divertido; bastantes sin otro objeto que no faltar, porque no parezca su ausencia hija del desafecto. Allí se ven mujeres de dudosa reputación, como las señoras que hace días escandalizaron la casa que estrenaron en el Postigo de San Martín; asisten á estas reuniones alguna que

otra prostituta, aunque de lo más alto, ó diré de lo más rico de su mala ralea. De las señoras que por su cuna y situación merecen respeto van allí bastantes á lucir sus dotes personales para captarse la voluntad del Generalísimo, vendiendo su virtud á cambio de mercedes, siendo muy común llevar á este mercado inmundo madres á sus hijas solteras y hasta maridos á sus esposas. El último jueves saludaron al señor Príncipe de la Paz dos trinitarios y un misionero que repartió medallas benditas á muchas señoras que le besaban la mano, etcétera, etc., etc.

Dobló Fernando el pliego, y añadió:

—Esta es la famosa reunión á donde tu hijo acude, acompañado de otros Guardias cuyos nombres y apellidos conservo en mi cartera, reservada para ocasión oportuna.

Don Agustín quedó atónito y perturbado ante tan angustioso relato, y como el Príncipe de Asturias comprendiese la triste situación en que se encontraba su Gentilhombre, procuró tranquilizarle, añadiendo:

—Díle á tu hijo que se aparte de esas malas compañías, y ten la seguridad de que no le tengo apuntado en mi lista secreta.

A D. Agustín faltóle poco para llorar, pero el Príncipe redobló su afán, á fin de consolarle; des-

pués de lo cual, tomando otro pliego cerrado que estaba sobre el mismo velador, se lo entregó diciendo:

—Ya es hora de que mis padres se hayan desayunado; ve á su cuarto y entrega á S. M. la Reina este mensaje, y añade de palabra que seguidamente tendré el honor y el contento de visitarlos.

***

He leído en varias ocasiones un manuscrito de un palaciego de aquellos días, que tituló: *Diario y Recordaciones de un leal servidor de SS. MM.*, donde he visto apuntes muy curiosos relacionados con lo que pasaba en el interior del Palacio.

La carta que entregó D. Agustín á la Reina, fué objeto de gran regocijo, á juzgar por lo que narra el palaciego en su *Diario*, que copio aquí, respetando hasta su ortografía. Y dice:

«Quando Su Magestad Doña María ubo leydo el papel se iluminó su Real Cara con el subido color de la alegría, y besando lo escrito en él abrió su reeal boca para exclamar. ¡Hijo mío! ¡Dios Todo Poderoso le ha tocado en el corazón! Ya habrá paz en esta mi Residencia Real. Mi hijo ha compuesto un libro de su cabeza, le ha imprimido y melo quiere presentar para atestimoniar su cariño. Yo

nunca vide á la Reyna tan fan faustamente contenta y me vinieron amí tambien las lagrimas á los ojos. Entró Su Alteza con un libro entafilado de grana con visos dorados por todas sus partes y Su Majestad la Reyna le abrazó apretadamente con dulce y amoroso llanto.»

Efectivamente, esta señal de afecto halagó á la Reina; pero pronto vino el descontento, pues cuando doña María Luisa abrió el libro, fijó sus ojos en la portada y leyó el título, no pudo disimular su enojo. La palabra *revolución* en el Alcázar de los Reyes, era entonces un espectro que helaba la sangre de todas las testas coronadas; su sonido traía á la memoria la guillotina que había separado la cabeza del desventurado Luis XVI en las márgenes del Sena.

—Disculpo tu inexperiencia—dijo la Reina á su hijo;—pero has cometido una grave falta, eligiendo esta obra para traducirla. Tampoco es digna de respeto tu reserva, pues debiste consultar tu empeño antes de llevarle á cabo.

Don Fernando expresó su sentimiento por no haber logrado sorprender á su madre agradablemente.

La Reina entonces aconsejó á su hijo que no repartiese el libro hasta escuchar el dictamen del Rey; pero S. M. tardaba en llegar, porque le ocu-

paba en aquellos momentos un asunto que consultaba en Consejo. ¿Qué asunto era? El *Diario* del palaciego nos lo va á decir:

«Ocupaban á Su Magestad é sus consexeros el Decreto contra el comediante Máiquez, hombre de soberbia suma que insultaba alos Grandes de España é havia dicho malevolencias contra las Reales Personas é fué decretado su destierro; é Su Magestad el Rey lo sentia mucho porque habia representado muy agusto delas Magestades la comedia del *Pastelero del Madrigal;* pero fueron para castigar los desafueros del comediante.»

Llegó Carlos cuando terminó el Consejo, y se enteró minuciosamente de lo ocurrido, y reprobó la conducta del Príncipe por lo atrevida y sigilosa, y añadió:

—Conserva el libro sin darle publicidad hasta que la obra sea examinada por hombres competentes, que yo elegiré, para que me digan, sin adulaciones, lo que comprendan respecto á su mérito literario; pues un Príncipe destinado á ceñir la diadema real, cuando escribe para el público no debe exponerse á sufrir el menosprecio de sus trabajos literarios, puestos en el yunque de la crítica.

Fernando se conformó con el consejo de su padre, que fué tan juicioso como reflexivo, y la edi-

ción fué depositada en casa de D. Pedro Gutiérrez Bueno, Catedrático de Química.

Para que el Príncipe de Asturias no quedase completamente desconsolado, hablóle D. Carlos de esta manera:

—Ya que has querido descollar por ese lado, yo te aconsejaría que tradujeses al español el *Estudio de la historia de Condillac,* obra que el autor ha dedicado á tu tío el Príncipe de Parma.

Ofreció Fernando hacer lo que el Rey le aconsejaba, y aun le pidió un epígrafe para el frontis de la obra.

Don Carlos le contestó:

—Entre las diferentes sentencias que hermosean la obra, yo elegiría esta: *Les hommes ne sont pas grands par leurs passions, mais par leur raison.* (No las pasiones, sino la razón, engrandece á los hombres.)

Conformóse Fernando con el parecer de su augusto padre, y el pobre anciano, al notar la mansedumbre del heredero, derramó lágrimas de ternura, no sólo porque veía á su vástago convertido en literato, sino porque creía que se habían disipado el odio y la misantropía, que antes había manifestado.

El tiempo vino á demostrar lo contrario.

El anónimo ó la pantalla verde.

Francisco Petejón y Avilés, llamado el *Cerero de la Casa real,* tenía un establecimiento de cerería en la calle de Toledo, frente á la iglesia de San Isidro.

Era muy rico, pues no solamente surtía la cera para el alumbrado del Palacio real, sino á varias parroquias de la villa, y era el encargado de fabricar velas rizadas y adornadas de flores y cintas, que lucían en sus manos las personas reales el día de la Candelaria en la Capilla real. Esto le había granjeado una lisonjera reputación, por lo que además de ser el surtidor de cera de la Real Casa, lo era también de las moradas de muchos palaciegos, entre los cuales se contaba la casa de la Marquesa de Perijáa, dama de honor de la Reina María Luisa.

Aconteció que una tarde en que la Marquesa descendía de su silla de mano para entrar en su domicilio, plazuela del Cordón, antes de los Azotados, se le interpuso Petejón con sombrero en mano, y haciendo genuflexiones, solicitando el honor de una breve confidencia secreta y del mayor interés.

—Sígame usted—le dijo la Marquesa un tanto sorprendida de la petición.

La Marquesa subió las escaleras seguida de Petejón, y sin despojarse de los atavíos de calle, le condujo á la sala y le manifestó que podía hablar con desembarazo, pues nadie interrumpiría su diálogo.

El cerero habló á la Marquesa en esta sustancia.

—Señora, Pedro Martínez, el de la pata de palo, que es el que lleva todas las semanas el surtido de cera para el alumbrado de la Real Casa, me ha dicho que un Gentilhombre de S. A. el Príncipe de Asturias le ha dado el encargo de decirme que yo, que soy tan ingenioso, haga para S. A. R. una pantalla de tafetán verde con una armazón que pueda encajonarse en el candelero, á fin de que no ofenda la vista de S. A., porque escribe mucho durante la noche, y que muchas veces le sorprende la luz del día en esta faena.

—¿Qué es lo que usted desea?—preguntó la de Perijáa.

—Señora—repuso el cerero,—el encargo ha venido de labios muy subalternos, y como yo deseo cumplacer á S. A., necesito información más formal, y pormenores más circunstanciados para emprender la obra de manera que no desmerezca mi reputación.

La Marquesa ofreció al cerero ocuparse del asunto con el mayor interés, y añadió que dejase transcurrir unos cuantos días, porque en Palacio escasean las oportunidades para ciertos asuntos, y que le avisaría.

Petejón se retiró muy satisfecho de su embajada, y la Marquesa quedó meditativa y suspensa, porque llamó su atención que el Príncipe de Asturias, amante del reposo y madrugador, se manifestase tan asiduo trabajador y prefiriese para sus labores las altas horas de la noche á las del día.



Grande animación en el Alcázar Real, mucho movimiento. ¿Por qué? La Corte se trasladaba al Escorial, y se aparejaban los menesteres para la expedición. La Marquesa de Perijáa, como dama de honor, y muy querida de la Reina, debía acompañar á SS. MM. y AA.

El Rey, la Reina y la Marquesa se encontraban en un mismo aposento; Carlos IV expresaba en su semblante cierta desazón, y María Luisa, que le conocía, le preguntó la causa de su tristeza, y el Rey dijo á su ilustre esposa que el Príncipe de la Paz no podía acompañarlos en la expedición, porque había recibido la desagradable noticia de que había caído en cama con una calentura inflamato-

ria. La Reina se manifestó indiferente; no le sorprendió la novedad, porque la había sabido antes que su marido.

La Marquesa de Perijáa manifestó su deseo de participar á los Reyes otra noticia que tal vez interesaría á los regios esposos, los cuales, movidos por la curiosidad, prestaron su asentimiento para que la Marquesa hablase, y ésta entonces reveló con acento misterioso la escena del cerero, su rara solicitud, y lo más sorprendente: la averiguación incidental de la laboriosidad del Príncipe de Asturias á horas tan desusadas.

Esta noticia, lejos de sorprender á los Reyes, la estimaron como de buen agüero.

—Fernando se ha corregido—dijo al Rey;—ya no es el joven díscolo de otros tiempos; carece de las instigaciones de su esposa, que Dios tenga en reposo; se entrega á trabajos literarios, y en estos momentos le preocupa la traducción de una obra histórica que ha dado á luz Condillac. Pero no conviene que el entusiasmo le lleve á trasnochar tanto; yo le hablaré sobre el asunto, pues no quiero que esta perseverancia provoque una enfermedad.

* * *

Ya tenemos á la Corte en el Real Sitio de San Lorenzo. El Príncipe de Asturias seguía trabajan-

do de noche, pero sin gran molestia para la vista, porque ya amparaba sus ojos la pantalla verde que había solicitado, fabricada por el ingenioso Petejón.

Cierto día, Carlos IV, después de haber proyectado una partida de caza con algunos monteros de Espinosa, paseando por los anchos y dilatados corredores del Monasterio, entró en su aposento y vió sobre su pupitre un pliego cerrado, en cuya cubierta se leía, con admiraciones: «*¡Luego! ¡Luego! ¡Luego!*» Tomó el pliego, le abrió y vió unos renglones, escritos con mano temblona, que decían lo siguiente:

«El Príncipe de Asturias prepara un movimiento en el Palacio; peligra la corona, y la Reina María Luisa corre el riesgo de morir envenenada; urge impedir el intento sin perder un instante. El vasallo fiel que da este aviso no se halla en posición ni circunstancias de cumplir de otro modo sus deberes.»

—¡Sea todo por Dios!—exclamó el atribulado Carlos.

Hizo cuanto le fué posible por dominar su emoción; buscó á su esposa, y cuando se vieron solos, seguros de que nadie les escuchaba ni observaba, mostró Carlos á María Luisa el fatal anónimo, cuya letra, disfrazada, escondía la mano que había trazado aquellas líneas.

Y dice un historiador: «Ni entonces, ni después ha podido traslucirse quién fué el autor de este aviso; las conjeturas ó las calumnias lo han atribuído á diferentes personajes, pero sin sólidos fundamentos.»

Con efecto, los Reyes se devanaron los sesos en estériles conjeturas para dar con el autor del anónimo, y últimamente se llegó á entender que el aviso era de un conspirador arrepentido que había hecho la denuncia bajo el secreto de la confesión, y que un Capellán de Palacio fué el encargado de poner el pliego en el pupitre del Soberano.

Lo mismo D. Carlos que doña María Luisa vivieron desde entonces llenos de sobresalto y zozobra, y presumiendo que era peligroso y expuesto á escándalo proceder á ruidosas averiguaciones, tomaron secretamente sus medidas para cerciorarse acerca del asunto que tenía al Príncipe de Asturias tan preocupado.

En ciertas ocasiones preguntaba el Rey á su hijo, disfrazando la malicia y aparentando serenidad:

—¿Cómo llevas tu traducción? ¿Adelantas mucho?

El Príncipe de Asturias contestaba afirmativamente, y aun le mostraba hojas escritas que certi-

ficaban su laboriosidad; pero no por eso se disipaban los recelos de los Reyes, y no descansaban en sus secretas investigaciones. Lamentaban la enfermedad del Príncipe de la Paz, que era la única persona de su entera confianza á quien podían transmitir el suceso, y decía el Rey con cándida sinceridad:

—Manuel es muy diestro, y á estas horas habría ya descubierto el hilo de la trama.

Pero el favorito adelantaba poco en su dolencia, pues el último parte recibido de Madrid por la posta decía lo siguiente:

«La fiebre aumenta, aunque sin notorias complicaciones. El enfermo necesita, durante algunos días, absoluto aislamiento y separación completa de los asuntos del Estado.—Madrid 18 de Octubre de 1807.—*Joaquín de Lerga.*»

Ni el Rey ni la Reina olvidaban la indicación de la Marquesa de Perijáa; el acento misterioso que había empleado al hacer la revelación, hacía presumir que la denunciante abrigaba sospechas ó tenía la certidumbre de cosas graves que ocultaba por temor. La llamaron, conferenciaron con ella y suplicaron á la dama de honor que nada temiera y revelara cuanto supiese; pero la leal señora habló con sinceridad, manifestando su sorpresa al ver al Príncipe de Asturias tan aplicado y labo-

rioso, y que, sin antecedentes de ninguna clase, había tenido el presentimiento de que la conducta extraña de S. A. obedecía á algún plan poco favorable para los Reyes, dados los sucesos anteriores y la marcada enemistad existente entre los Reyes y el Príncipe de Asturias.

En vista de estas declaraciones, los Reyes participaron de los tristes presentimientos de la dama de honor; y sin descubrir á nadie su cruel zozobra, determinaron explorar la conducta de su hijo, y resolvió el Rey dar el primer paso haciendo un escrutinio de los papeles del Príncipe de Asturias.

Quiso dar este paso sin que llamara la atención en el Palacio, y que, lejos de prestar motivos para sospechar la realidad, fuese mirado en lo exterior como una prueba de cariño y de amistad perfecta con su hijo.

Removiendo yo papeles antiguos, reveladores de las costumbres interiores del Palacio, veo que Carlos III acostumbraba á visitar á sus hijos todos los días. Estas visitas las hacía regularmente á las siete de la mañana, á cuya hora era uso reglamentario que se hallasen ya los Infantes vestidos y dispuestos para recibir á su ilustre padre. Sin embargo, Carlos IV, tal vez porque era muy madrugador, no quería molestarlos tan temprano; los visitaba en horas más cómodas, y prefería aquellos

momentos en que podía hallarlos ocupados con sus maestros, ó bien de recreo y descanso, sin período fijo.

No obstante, el Rey necesitaba un pretexto para justificar la visita á su primogénito, y le halló. Lo que sigue es largo de contar, y está el relato nutrido de curiosas peripecias que prolongarían demasiado este artículo, y debo suspenderlo. Todo se dirá.

Veladas solitarias del Príncipe de Asturias.

Antes de dar cuenta á mis leyentes de una escena cómico-dramática ocurrida en el aposento del Príncipe de Asturias, será conveniente referir cuáles eran sus ocupaciones nocturnas á mediados del mes de Octubre de 1807. Estas noticias dan materia digna á los anales de nuestra historia contemporánea, agradable alimento á la memoria y útiles ejemplos al entendimiento. Muchos han escrito estos sucesos; en algunos existió la circunstancia de haber visto lo que asentaron, pero se conoce que no tuvieron la vista libre de pasiones para que fuese bien gobernada la pluma.

Los confidentes de D. Fernando recogían de ma-

nos del Canónigo Escoiquiz los escritos que confeccionaba, unas veces en Toledo y otras en su habitación del convento de las Descalzas, entre cuyos papeles recibió el heredero de la corona una especie de representación dirigida al Rey Carlos IV, que tenía que copiar de su puño y letra, cuyo atrevido y un tanto escandaloso escrito debo apuntar, pues denota el apasionamiento de los conspiradores, y el ánimo poco escrupuloso del autor del documento, así como la dócil criminalidad del ilustre copista.

En este insidioso documento se decía que Godoy era un hombre perverso, que aspiraba á despojar del trono á su legítimo heredero y acabar con la dinastía. Este papel, groseramente redactado, ocupaba más de sesenta fojas, y creo que mis lectores contemplarán con cierta curiosidad algunos trozos de esta representación. He aquí el cuadro que el joven Príncipe, por investigaciones del Arcediano, presentaba á su padre respecto á las costumbres relajadas del favorito:

«No sólo ha hecho con su autoridad, con su poder y con sus sobornos que se le haya prostituído la flor de las mujeres de España, desde las más altas hasta las más bajas, sino que su casa, con motivo de audiencias privadas, y la Secretaría misma de Estado, mientras que la gobernó, fueron unas

ferias públicas y abiertas de prostituciones, estupros y adulterios, á trueque de pensiones, empleos y dignidades, haciendo servir así la autoridad de V. M. para recompensar la vil condescendencia á su desenfrenada lascivia, á los torpes vicios de su corrompido corazón. Estos excesos, á poco que entró ese hombre sin vergüenza en el Ministerio, llegaron á tal grado de notoriedad, que supo todo el mundo que el camino único y seguro para acomodarse ó para ascender, era el de sacrificar á su insaciable y brutal lujuria el honor de la hija, de la hermana ó de la mujer. . . . .

. . . .

»¿Qué más, señor? Basta un sólo hecho, actual, constante y público, que voy á decir, para hacer ver á V. M. de qué es capaz ese hombre, dejado de la mano de Dios. Antes de casarse con la hija del Infante D. Luis, nuestra parienta, estaba públicamente amancebado con una llamada Doña Josefa Tudó, de quien ya V. M. tiene alguna noticia, aunque no bajo este concepto. Ha seguido este amancebamiento, sin interrupción, teniendo en ella, en el intervalo, varios hijos, y continúa en el día haciendo vida maritable con ella, aún con más publicidad que con su misma mujer, teniéndola día y noche en su casa, ó yendo á la suya, llevándola cuando se la antoja en su coche, á

vista, ciencia y paciencia de todo el pueblo, presentándose con ella y con sus hijos, y acariciando á estos como tales delante de todo el mundo y de de su esposa misma, llegando esto á tales términos que ha dado motivo á la voz de que estaba casado con la Tudó antes de casarse con nuestra parienta, y, por consiguiente, tiene dos mujeres.

. . . .

»Pero, ¿qué más? Ha tenido maña y osadía para hacer que V. M., ignorando estas abominaciones, tenga alojada en una casa real suya, cual lo es el Retiro, á la Tudó, no sé si diga su manceba ó su primera mujer; para que la haya dado la interinidad de la Intendencia de dicha Real Casa, y la propiedad al mayor de sus hijos adulterinos, poniendo el sello á esta temeraria desvergüenza con hacer que los criados que sirven á éstos usen públicamente del sombrero y la escarapela de la Real caballeriza...»

Este repugnante cuadro se encuentra asentado en los autos del Abogado defensor del Canónigo Escoiquiz, D. Juan de Madrid Dávila. Dentro del pupitre del Príncipe se hallaban encerrados otros documentos de la misma procedencia, pertenecientes á la conjura. Una Instrucción proponiendo á D. Fernando la caída del privado por medio de la misma Reina, interesándola el hijo como mujer,

como Reina, y como madre, cuyo ruego debía efectuar arrodillado y revelándole las iniquidades del valido. «Probados estos dos caminos, decía la Instrucción, ó bien el primero si el más suave parece inútil, habréis cumplido con todos los deberes, y si no bastaren, se podrá apelar á otros recursos más seguros.»

De letra misma del Arcediano, aunque disfrazada, había en el pupitre una carta, en la que se hablaba de las bodas con una parienta del Emperador Napoleón, á fin de no dar la mano á la cuñada de Godoy, doña María Luisa. Allí estaba también encerrada la cifra y clave de la correspondencia entre el Príncipe de Asturias y el Arcediano, la misma de que había hecho uso la Princesa María Antonia para comunicarse con su madre Carolina, Reina de Nápoles, ya destronada.

Al lado de esta clave había una carta cerrada en forma de nota, de puño y letra de Fernando, en que, entre otras cosas, decía: «He meditado el asunto, y escojo el extremo de elevar á mi padre la exposición, que ya he copiado, y buscaré un religioso que la ponga en las Reales manos como caso de conciencia. Después de haber estudiado la gloriosa vida de San Hermenegildo, cuando llegue el momento tendré el esfuerzo de aquel santo para pelear por la justicia... Si me oprimen, rechazaré

la fuerza con la fuerza... Tened prevenidas las proclamas para el momento de la entrega de la exposición, y ordeno que, si estalla el movimiento, caiga la tempestad solamente sobre Godoy y la Reina (¡su madre!), y traigan á mi padre á mi partido con vivas y aplausos.»



Los Reyes, sin poder apartar de la memoria las observaciones de la Marquesa de Perijáa, se pusieron en acecho con el objeto de investigar la conducta de su hijo.

Notaron que la servidumbre de Fernando entraba y salía del cuarto del Príncipe á horas desusadas, y que la actitud de los servidores era algo misteriosa, y que cuando el Rey les hablaba había en ellos cierta vacilación y verdadero encogimiento.

El Rey y la Reina meditaron sobre el asunto, y en sus ocultos conciliábulos estudiaban la manera de sorprender al Príncipe de Asturias en su cuarto, sin que este proceder tuviese carácter de ofensa.

Y decía la Reina:

—Costumbre es antigua entre nosotros visitar á nuestros hijos.

—Sí—repuso Carlos,—pero cuando los visito se

hallan acompañados de sus maestros ó de otras personas á las cuales no conviene enterar de mi propósito. Yo quiero sorprenderle solo, sin testigos, para ejecutar con desembarazo mis investigaciones.

El Rey iba conociendo poco á poco, en la turbación y desconcierto de las cosas públicas, que existía algo grave, al modo que suele rastrearse por el tamaño de los efectos la grandeza de las causas.

El mismo día en que se entregaba el regio matrimonio á estas consideraciones, había recibido una colección de poesías, lujosamente encuadernada, en la que aparecían los cantos que los primeros poetas del reino habían dedicado á los triunfos que habíamos conseguido en América.

La Reina miró el lujoso libro, que estaba sobre un velador, y exclamó regocijada:

—Ya tenemos un pretexto para visitar á Fernando á horas desusadas.

El Rey hizo demostraciones de impaciencia para que su esposa se explicara, y añadió María Luisa:

—Fernando no conoce el contenido de este precioso libro, y para evitar la menor sombra de sospecha, nos presentaremos en el cuarto del Príncipe pidiéndole albricias por las victorias que han conquistado nuestras tropas en América y le rega-

laremos el libro, y de este modo podremos entrar en confidencias y averiguar con artificio lo que deseamos.

Carlos aprobó el pensamiento de su esposa, por encontrarlo soberanamente ingenioso y digno de su talento, y aplazaron la entrevista para el siguiente día, á las nueve de la mañana.

Anduvo el Rey este corto espacio de tiempo pensativo y sobrecogido, porque las cosas del reino marchaban sobradamente inquietas, en que los políticos de aquel tiempo discurrían con poco recato, y no sin alguna irreverencia, vistiéndose en todos los discursos el color de la intención. Es el caso, que estas disputas se iban encendiendo con ofensa de la majestad. Calculaba el Rey que existían disgustos y divisiones en el pueblo; quién optaba por los Reyes y su favorito; quién por don Fernando; obrando esta diferencia de impulso en la nación, lo que obrarían en una nave dos timones, que aun en tiempo de bonanza formarían de su propio movimiento la tempestad.

Visita inesperada y sus resultas.

Era para maravillar el amor que profesaba el pueblo al Príncipe de Asturias, D. Fernando, por las noticias que sus parciales propagaban; se hablaba de sus virtudes con la misma certidumbre que si las presenciaran, fuese por lo que las ensalzaban ó por lo poco que tienen que andar las prosperidades en nuestra aprensión para pasar de imaginadas á creídas.

Costaba mucho trabajo al Rey dar crédito en su interior al crimen atribuído á Fernando; pero era menester adquirir la certeza, y una mañana se dirigieron los Reyes al cuarto del Príncipe, al cual encontraron muy embebido en la lectura de algunos papeles manuscritos, que encerró inmediatamente en el pupitre tan luego como aparecieron en la cámara sus padres. Este aturdimiento fué para D. Carlos el primer signo que acreditó la existencia de la conjura y la sinceridad de los acusadores. Pero ayudado del disimulo, se manifestó indiferente, sin apartar los ojos del pupitre, como si viese en este mueble una nueva caja de Pandora, que aprisionaba las malas artes de su primogénito.

—Extrañarás nuestra visita á hora tan intempestiva—dijo D. Carlos aparentando alegría,—pero tanto tu madre como yo hemos venido á pedir albricias por los sublimes conceptos que tributan nuestros más acreditados poetas á los triunfos adquiridos en Buenos Aires por nuestros marinos contra las tentativas de Liniers.

—Aquí están apuntadas las poesías—interrumpió la Reina mostrando el libro de lujosa encuadernación que llevaba en sus manos;—es un obsequio que te hacemos para que repases los versos en tus ratos de ocio.

—Que no serán muchos—añadió Carlos,—pues de algún tiempo á esta parte veo al Príncipe de Asturias más laborioso de lo acostumbrado. Acaso le preocupe la traducción de Condillac.

La Reina puso el tomo de poesías sobre una mesa, mientras que el Rey se sentaba en un sillón no distante del pupitre, al cual miraba Fernando con poco disimulo y casi turbado, nuevo signo que indicó á D. Carlos que las sospechas de la traición se convertían en realidades. Y era el caso que Fernando no demostraba aquella tranquilidad, aquel reposo satisfactorio que debió infundirle la presencia de sus padres en su camarín; antes por el contrario, se deslizaba en sus palabras la zozobra manifestada con agitados monosílabos que no

lograban ordenar una oración completa. Sin embargo, se deducía de sus entrecortadas respuestas la afirmación de lo que su padre decía, el cual encontró ocasión propicia para pedir alguna muestra de la traducción para repasarla.

Fernando se dirigió á un pequeño armario, y mientras abría uno de sus cajones, levantó el Rey la tapa del pupitre que tenía cercano, lo que visto por Fernando, se precipitó y puso encima del mueble la mano para que el Rey se detuviese en su investigación; actitud un tanto osada y enemiga del respeto debido al padre y al Soberano.

Sería materia prolija puntualizar aquí el diálogo entre los personajes que intervenían en esta escena, porque no he encontrado, á pesar de mi diligencia, papel que me lo haya revelado, y me ha sido, por lo tanto, preciso recurrir á la historia, que narra en compendio lo esencial del suceso y dice: «Desesperado y ensoberbecido el Príncipe, en vez de calmar al anciano, respondióle en tono altanero. Aterrado el padre, le dió orden de permanecer en su cuarto sin recibir á persona alguna, y se retiró lleno de indignación.»

Claro está que el Rey se ausentó, llevándose todos los papeles encontrados en el pupitre, de los cuales dí cuenta á mis leyentes antes. Encerrados en su aposento los esposos, leyeron los documentos,

y ocioso será pintar aquí el dolor y consternación del Rey, que aumentaban las lágrimas vertidas por la Reina. ¿Qué hacer en este conflicto? Llamar á Godoy, como leal confidente y en el cual depositaba el matrimonio toda su confianza; pero decía la Reina:

—Manuel está enfermo en Madrid.

—El asunto es grave y apremiante—respondió Carlos,—y es menester darle una pronta y enérgica solución.

Y mientras que la Reina meditaba un plan, el Monarca llamaba al Marqués Caballero, Ministro de Gracia y Justicia.

María Luisa escribió una larga carta al Príncipe de la Paz, dándole menuda cuenta de lo ocurrido, y enterándole minuciosamente del contenido de los papeles encontrados, y terminaba la carta con las siguientes frases: «...Manuel, considera nuestra desgracia. No quiero, ni Carlos lo consentiría, que expongas tu salud; pero yo te ruego que si experimentas algún alivio en tu dolencia, hagas un esfuerzo y te pongas en camino con tal linaje de precauciones, porque el Rey necesita de tus luces. Es necesario castigar, y tú nos dirás cómo debe hacerse esto, pues el delito es grave y recae todo el peso de la culpabilidad en un ser querido. Ansiosos esperamos tu respuesta.—*M*...»

***

Solos el Rey, la Reina y Caballero, leyeron los papeles. María Luisa tenía los ojos arrasados en lágrimas. Carlos IV vió que su Ministro bajaba la cabeza, sin argumentar cosa alguna acerca del asunto, y exclamó el Rey, dirigiéndose á Caballero:

—¿Qué castigo imponen las leyes al hijo que obra de esta manera contra sus padres?

Caballero vacilaba en la respuesta; no acertaba á contestar, y obligó al Rey que dijese:

—¿Te he llamado para que enmudezcas? ¿Eres ó no mi consejero?

Y respondió el Ministro:

—Tengo que ser ingenuo y al mismo tiempo duro en la contestación. Señor—añadió,—á no mediar vuestra real clemencia; á no mediar el convencimiento de que todo es obra de los malvados, que han extraviado tan horriblemente al Príncipe de Asturias, éste es, *por siete capítulos, reo de la pena de muerte.*

La Reina se levantó de su asiento dando un grito desaforado, y exclamó:

—¡Qué dices! ¿Has olvidado que es mi hijo?

—Repase V. M.—contestó Caballero—esta exposición contra vuestra Real persona.

Y le mostraba el terrible documento. Y exclamó la Reina más airada todavía:

—Yo, con el derecho que me da el título de madre, destruiré las pruebas que le condenan... ¡Le han engañado! ¡Le han perdido!

Y arrebatando el papel de las manos del Ministro, se arrojó llorando en una silla y escondió en su seno el manuscrito y no le volvió á soltar, por cuya razón nunca figuró en el proceso.

—¿Qué debe hacerse?—preguntó el Rey.

La opinión de Caballero fué la de hablar francamente á la nación y nombrar Jueces para instruir la sumaria, sujetándose á la ley. De este parecer fueron también los demás Ministros llamados después para emitir libremente su dictamen; convinieron igualmente en que se debía dar principio á la causa por un interrogatorio al Príncipe de Asturias.

—¡Qué vergüenza!—exclamó la Reina. ¡Han perdido á mi hijo sus pérfidos consejeros!

Fué precisa la asistencia del Gobernador interino del Consejo, D. Arias Mon Velarde.



En tanto que el Consejo se reunía para proceder al interrogatorio, pasaba una escena muy curiosa en la puerta del Príncipe de Asturias.

Presentóse, como tenía de costumbre, Claudio Vilat, peluquero de S. M., y D. Carlos de Ariza-

ga, Gentilhombre de Cámara del Rey, que se hallaba en la puerta del camarín de Fernando, y le preguntó:

—¿Dónde vas?

—A peinar á S. A.—respondió Vilat;—es una operación que ejecuto todas las mañanas.

Don Carlos Arizaga se manifestó perplejo, y llamando á su compañero, Duque de Saldueña, que estaba de servicio, le hizo presente lo que ocurría, diciéndole:

—No sé lo que debo hacer; las órdenes que he recibido de S. M. son terminantes. Nadie debe penetrar en el aposento de S. A. sin su beneplácito. ¿Quiere usted hacerme la merced de preguntar á S. M. si debo consentir la entrada al peluquero de S. A.?

El Duque de Saldueña se mostró propicio para llevar á efecto la embajada, y regresó pronto con la orden de que le fuese permitido al Vilat peinar á S. A.

—¿Qué inconveniente puede haber en que ese desventurado peine al Príncipe de Asturias?—dicen que observó el Rey D. Carlos.

Vilat peinó á S. A. sin testigos de vista, y el que el Rey llamó *desventurado* fué el emisario que mandó Fernando al Duque del Infantado y á Escoiquiz para que se pusieran á buen recaudo y se

escondiesen. Esto lo averiguó el Ministro Caballero después, por lo que el peluquero fué encarcelado, y sustituyóle en su ejercicio Pedro García Ayuda, que, aun cuando era barbero de la Real Casa, afirman que peinaba las pelucas con extremada habilidad.



El favorito recibió la carta de la Reina á la una de la madrugada, cuando la fiebre más le abrasaba, pues ya apunté antes que estaba enfermo. Había que responder á la carta, y sin consultar á nadie pidió recado de escribir, se incorporó en el lecho, no sin gran trabajo, y en la mesa de cama trazó lo mejor que pudo la siguiente respuesta:

«Señora: No tengo los datos necesarios para dar un parecer definitivo en negocio tan grave; y hallándose mi espíritu conturbado y mi cabeza poco firme, tal vez basten algunas prevenciones, que desde aquí tomaré de tal manera, que no pueda columbrarse su motivo verdadero. Dispondré que partan de aquí algunas tropas sueltas, con achaque de ojear y perseguir una partida de ladrones que recorre los despoblados del Real Sitio. Antes de resolverse á medidas extremadas, vale más tentar medios pacíficos y atraer á S. A. dulcemente, á fin de que delate á sus cómplices, y portarse con

ellos con disimulo y precaución, para evitar escándalos y ruidos, procurando el recato, pues no conviene que el nombre de S. A. suene en este laberinto, disfrazando la cosa con tal arte, que el público vea intimidad y unión en la familia Real.—*Manuel.*—Octubre 30, 1807.»

Esta respuesta la recibieron los Reyes tarde, pues el Ministro Caballero había ya tomado disposiciones contrarias al parecer del Príncipe de la Paz, y no había manera de retroceder.

La Reina, sin embargo, mostró á Caballero el escrito de Godoy. Caballero, que era enemigo y émulo del privado, sonrió malignamente, y dijo á la Reina:

—En tales circunstancias, los paliativos hacen daño á la dignidad del Trono. Además, la nación no ignora lo que sucede en el interior del Palacio.

Interrogatorio y arresto del Príncipe de Asturias.

Mis lectores habrán conocido que ha sido mi propósito en esta labor asentar con el pincel de la pluma lo que obraron los hombres políticos y las principalidades que más se señalaron á principios de nuestro siglo en este país, casi siempre desconcer-

tado y borrascoso, procurando no poner sombras al vicio ni luces á la virtud, si es que para ello me dan título las canas y una vida trabajada entre papeles de todo linaje y de observaciones prolijas y silenciosas, acariciadas por mi natural inclinación á este género de tareas.

Lo que más ha de importar aquí, es la verdad, que no la han dicho todos los que han escrito sobre estos sucesos, y lo que más ha de estimarse en ellos es, que nunca la echaron de menos y quedaron contentos y consolados. Verdad es que, sumisos á la lisonja, mintieron con mucho aseo y limpieza y han salido los embustes de sus plumas cubiertos con tantas galas, que se han llevado los oídos de las gentes. Yo quiero apartarme de la lisonja, instrumento muy manoseado para ganar la gracia de los poderosos. Y basta de reflexiones, con las cuales no quiero que se duerma mi pluma, que ya es tiempo de narrar sucesos.



Esperaba el Rey en su aposento la llegada de Caballero y demás Ministros, y crecían sus angustias al considerar la escena que se preparaba. Animábale la Reina, que se dolía del amilanamiento de su esposo, y éste prometió sobreponerse á su dolor, y añadió:

—Creo, María, que tú no debes estar presente durante el interrogatorio que ha de dirigirse á Fernando. Tu presencia puede dar ocasión á nuevas desazones; eres resuelta, y pueden las palabras del Príncipe provocar tu enojo y dar lugar á incidencias desagradables y poco decorosas ante el Tribunal cuya llegada se avecina.

Creyó la Reina que no eran desacertadas las observaciones de su marido, y se ausentó del cuarto cuando el Gentilhombre de servicio, que lo era aquel día el Duque de Béjar, anunció la llegada de Caballero y los Ministros.

Entró el Tribunal, que saludó á D. Carlos respetuosamente, y, por orden expresa del Monarca, el mismo Duque de Béjar pasó al cuarto del Príncipe de Asturias para anunciarle que S. M. el Rey su augusto padre, le llamaba.

—¿Quién acompaña á S. M.?—preguntó Fernando.

—El Ministro de Gracia y Justicia y los demás Ministros—contestó el Duque de Béjar.

—¿Está mi madre?—tornó á preguntar Fernando.

—No la he visto, señor—repuso el Gentilhombre.

Y añadió Fernando:

—Esta llamada tiene aspecto de algo solemne, y es necesario que el Príncipe de Asturias acuda

á este llamamiento con las debidas formalidades de la etiqueta.

Vistió casaca de gala, ciñó la espada, colocó su sombrero debajo del brazo, y después de haberse mirado al espejo, salió de su cuarto, seguido del Duque. Al atravesar la saleta, vió, no sin sorpresa, que le hizo el saludo de costumbre el zaguanete; es decir, ocho indivíduos de la guardia y un exento. Previo el correspondiente anuncio, penetró Fernando en el cuarto del Rey, donde le esperaban éste y el Tribunal, que hizo al recién llegado la natural reverencia. Todos se sentaron á una indicación del Monarca, y como el Príncipe de Asturias permanecía de pie, indicóle su padre un sillón para que reposara; pero Fernando contestó con serena majestad:

—Creo encontrarme ante un Tribunal, y los reos deben tributar á estas Corporaciones el debido homenaje.

Y repuso el Rey con gravedad:

—Me place la contestación, pues la encuentro digna de la justicia. S. A. el Príncipe de Asturias se halla en este momento sometido al deber de un interrogatorio.

—Pregunten los jueces—respondió Fernando con altanería.

El Rey interrumpió con estas palabras:

—El Soberano, teniendo en cuenta la categoría del supuesto delincuente, arrebata al Tribunal ese derecho. El padre preguntará, y el hijo responderá, para evitarle tode género de humillaciones.

El Príncipe de Asturias miró á su padre con sonrisa maligna, y respondió:

—¿Me quiere V. M. más humillado?

Se desprenden del proceso y de mis prolijas averiguaciones que el Príncipe demostró, durante el curso del interrogatorio, su exasperación, que eliminaba respuestas de importancia, que su declaración fué poco explícita, que ocultó mucho torciendo las respuestas y que faltó en varias ocasiones al respeto á su padre y á su Rey, el cual, dominando el dolor que le causaba la rebeldía del heredero de la Corona, se puso de pie y exclamó con acento enérgico:

—¡Queda decretado el arresto del Príncipe de Asturias!

El Rey, acompañado de los ocho guardias y el exento, salió de su cuarto precedido del ilustre reo. Habían ya sonado las diez en el reloj de Palacio, se habían apagado las luces, según costumbre, y estaban á oscuras los corredores, por lo que el Gentilhombre de servicio, el Duque de Béjar, puesto delante de la comitiva, la alumbraba con una bujía encendida que llevaba en su mano.

El Príncipe de Asturias quedó arrestado en su cuarto, y con centinelas para su custodia.

Este suceso, referido al día siguiente por el Duque de Béjar al Conde de Oñate, cuentan que aquél le decía:

—El pobre Rey se manifestó muy entero durante el interrogatorio, que escuché detrás de la mampara; pero cuando dejó al Príncipe de Asturias encerrado en su cuarto, al regresar al suyo, como yo iba delante de S. M. alumbrándole con la bujía, noté que iba llorando como un niño.

—¡Pobre señor!—contestó el de Oñate.—Me alegro no haber estado de servicio ese día, porque yo también hubiera acompañado á S. M. en sus lágrimas.

***

El Príncipe de la Paz se hallaba en su palacio de Madrid experimentando los preludios de su convalecencia, y le anunciaron la visita del Duque de Medina-Sidonia de parte de S. M. el Rey. El emisario, después de enterarse del estado de salud del favorito, también por encargo de S. M., le manifestó que era portador de un pliego de la misma procedencia, y que esperaba sus órdenes para recoger la contestación.

El Príncipe de la Paz tomó el pliego de manos

del Duque, y viendo que encima del sello lacrado estaba escrita la palabra *urgente,* respondió al emisario.

—Mi salud no es cumplida, señor Duque; pero tengo el deber de servir á S. M. Sin embargo, permítame usted ver lo que encierra este pliego, para dar oportuna contestación.

El Duque de Medina-Sidonia, después de una ligera inclinación de cabeza, se retiró á cierta distancia.

Godoy abrió el pliego y encontró un largo documento, acompañado de una carta de puño y letra del mismo Rey, que leyó brevemente, después de lo cual dijo al de Medina-Sidonia:

—Puede usted volver por la contestación esta noche, para que mañana temprano salga usted de Madrid con ella.

Don Manuel Godoy apretó cordialmente la mano al Gentilhombre, que se ausentó. El convaleciente volvió á leer la carta del Rey, que le decía lo siguiente:

«Querido Manuel: El Príncipe de Asturias está arrestado. Tu afligido Rey se encuentra empeñado en un proceso, del cual tengo que dar cuenta al reino. Caballero ha extendido el borrador del manifiesto que ha de publicarse; pero antes que esto suceda, quiero que lo leas para que le pongas las

observaciones que mejor convengan y que te dicte tu lealtad. Por la posta te lo envío, y por la posta me lo devolverás. Fernando, con sus imprudencias y con su docilidad á los consejos de nuestros enemigos, quiere anticiparme la muerte. Tanto María como yo deseamos tu cumplido restablecimiento.— *Carlos.*»

Nada pudo hacer ya Godoy para impedir aquel gran ruido; el Príncipe estaba arrestado, y era menester que el Rey justificase este procedimiento. Leyó el manifiesto; pero le había escrito Caballero con tal aspereza, que le fué necesario endulzar las frases de aquel documento.

Trazó un borrador menos áspero y violento, dandô más bien lugar á la moral y al sentimiento que á la ira. Este manifiesto pasó á manos del Rey al siguiente día, y algunos después era público y comentado por los españoles. Omito su inserción, porque se encuentra consignado en la historia, y es bastante conocido.

He hecho esfuerzos imaginables para obtener el borrador de Caballero, pero no lo he conseguido. Sólo sé que en este escrito se acusaba al Príncipe de haber aceptado un plan para destronar á su padre, y además se le acusaba de haber atentado con tra la vida de su madre.

El perdón.

Los pesares domésticos no fueron jamás motivos poderosos para que el Rey Carlos IV se desligase de su inclinación al ejercicio de la caza, que era el deleite con que sazonaba la pesadez de una existencia casi valetudinaria.

Después de los acaecimientos en otra parte referidos, y cuando el Príncipe de Asturias sufría el arresto impuesto por la soberana voluntad de su padre, penetró en su alma tal vez la voz del arrepentimiento; pero es más fácil pensar, conocidas las cualidades del preso, que fué el acento egoista de la conveniencia, por el temor de un fallo justiciero que le desalojase para siempre de las gradas dal Trono, que con tanta impaciencia codiciaba.

Privado de todo linaje de comunicación, aun de la de sus propios hermanos, sólo tenía por íntimo confidente á su Gentilhombre del interior, don Carlos de Arriaga; y como la desgracia engendra la familiaridad hacia los más animados al infortunio, Fernando miraba en su servidor un leal confidente en quien depositar el peso de sus amarguras. Pero D. Carlos de Arriaga no era hombre apropiado para dulcificar las angustias del ilustre

prisionero. Era un ente vulgar, de pocas luces, de casi ó ninguna instrucción, tímido en sus maneras, y tartamudo por añadidura. No tenía en su abono más que una acrisolada honradez y una lealtad á toda prueba hacia la Real familia, que contemplaba como un oráculo.

Fernando le apreciaba, y hasta le consideraba; pero no desconocía la escasa capacidad de su humilde compañero para emprender graves consultas. Sin embargo, á falta de otro confidente, cuentan que solía decirle:

—¿No ignoras la historia de mi cautiverio? ¿Qué debo hacer, Carlos? Dame un consejo.

Y aquí entraban los apuros del leal servidor, que replicaba tartamudeando:

—Lo, lo, lo, lo que Vuestra Aaalteza crea lo, lo, más conveeeniente.

Fernando le miraba silencioso, y el pobre Arriaga, lleno de confusión para resolver el problema y eliminar nuevas preguntas, sacaba su pañuelo, se lo aplicaba á los ojos, y exclamaba sollozando:

—¡Yo estoooy dispueeesto aaadar mi sangre por, por, por Vueestra Aaaalteza.

—No pido tu sangre—respondía Fernando,—sino tu consejo. Déjame solo, que no quiero llorones á mi lado.

***

Algunos momentos después Arriaga el tartamudo era portador de una carta que entregó á la Reina, y se ausentó. María Luisa abrió la carta y leyó su contenido, que apuntaba estas palabras: «Mamá mía: Sírvase V. M. venir á ver á su arrepentido y desconsolado hijo.—*Fernando.*—30 de Octubre de 1807.»

La Reina no pudo contener entonces su llanto. Su primer impulso fué acudir al tierno llamamiento; pero meditando, con razón, que esta visita desagradaría á su ausente esposo, puso sobreponerse á su dolor de madre y ordenó que el Ministro de Gracia y Justicia pasase al cuarto del preso, diciéndole:

—Ocupa mi lugar, Caballero, y manifiesta á mi hijo que no puedo desobedecer los mandatos de su padre. Que te diga á tí lo que él quiere decirme.

El Ministro obedeció, y se dirigió al aposento del prisionero, al cual saludó, y le expresó la orden de la Reina. El Príncipe de Asturias, aun cuando deploró que su madre no hubiera acudido, se contentó con la presencia del Ministro, al cual mandó sentar, y le dijo estas ó parecidas palabras:

—No he dormido en toda la noche pensando en las angustias de mis padres y en el escándalo que

habrá producido en España el Manifiesto que ha dado mi padre á la nación. Caballero, quiero hablarte con la mano puesta en mi corazón; manifestarte que he sido seducido y arrastrado por las instigaciones de unos *malvados*, cuyos nombres voy á revelar.

El Ministro repuso:

—Hable V. A., que estoy dispuesto á escucharle con la mayor atención.

Del proceso, que he leído con cuidado diligente, se desprende que Fernando habló á Caballero de la siguiente manera:

—Mis *pérfidos* consejeros me han violentado, persuadiéndome que Godoy aspiraba al trono, y que la paz entre España y Francia iba á romperse si el Príncipe de la Paz seguía dirigiendo las riendas del Gobierno, en cuyo caso Napoleón destronaría á toda la familia, y yo perdería para siempre mis derechos al cetro que empuña mi padre. Para conjurar esta tormenta, me aconsejaron esos *infames* que solicitase por esposa á una Princesa de la estirpe imperial, y por eso escribí al Emperador la carta que ya conoces.

... Instigado por estos *perversos*, nombré un General de mi confianza, al Duque del Infantado, que es tan *tunante* como los otros, para que tomase el mando de las tropas y refrenase la ambición

de Godoy, cuando Dios llamase á mejor vida á mi padre.

Caballero interrumpió á Fernando, y le preguntó:

—¿Dónde está la minuta de ese decreto?

—La he roto—contestó Fernando.

Y prosiguió:

—Esos *bellacos* me propusieron las cosas más graves contra mi *pobrecita* madre, proposiciones que hoy contemplo con horror. Si he cedido en un momento de debilidad á las instancias de esos *pillos,* consideren mis padres que hace cuatro años que vengo luchando con sus seducciones, porque siempre me he resistido á promover revueltas en el reino.

Sería prolijo seguir enumerando todo lo que el Príncipe de Asturias reveló. Estas declaraciones las apuntó el Ministro y se ausentó del cuarto de su alteza para trasladarse al de la Reina, con la cual conferenció detenidamente.



Mientras tanto Godoy había mejorado de su dolencia; y con la impaciencia natural que le inspiraba un asunto tan grave y transcendental, voló á El Escorial y se presentó á los Reyes apoyado en un bastón que le obligaba á llevar la debilidad de un cuerpo convaleciente.

Después de una conferencia muy detenida sobre el asunto, Godoy reprobó el rumbo que Caballero había dado al negocio publicando el Manifiesto á la nación, y añadía:

—Ya no es posible retroceder, pues los partidarios del ilustre prisionero creerán que todo ha sido una calumnia para mancillar su inocencia. Las espontáneas declaraciones del Príncipe de Asturias son muy graves, y no queda otro medio que el perdón ó el castigo.

—Es preferible el perdón—interrumpió María Luisa.

—Es necesario, señora, para concederlo, que el Príncipe lo solicite, único medio de justificar el sobreseimiento de la causa que en mal hora ha instruído el Ministro de Gracia y Justicia.

El Rey, después de un momento de reflexión, preguntó:

—¿Y pedirá Fernando el perdón que se desea?

—Yo me encargo de eso—contestó Godoy con prontitud.

***

El Príncipe de la Paz pidió á Fernando por escrito permiso para verle en su aposento; y cuando le hubo leído, dijo al portador de la misiva:

—Díle que lo deseo, que venga volando.

Godoy no se detuvo en visitar al de Asturias. Lo que voy á apuntar lo he tomado de lo que el mismo Príncipe de la Paz asienta en sus Memorias, y de otros documentos reservados que he tenido á la vista, procedentes de la familia de Oñate.

Cuando Fernando vió entrar en su cuarto á don Manuel Godoy, se adelantó hacia él con semblante compungido, y le recibió con estas frases:

—¡Manuel mío! ¡Manuel de mi corazón! ¡Qué pálido estás! Has adelgazado; tu semblante demuestra que tu enfermedad ha sido grave. ¿Te han sangrado?

—No, señor—repuso Godoy.

—¡Siéntate, Manuel!—prosiguió Fernando.—¡Pobrecito mío! ¡Cómo has desmejorado!

Cuando hablaba Godoy de estas cosas en París á sus amigos, exclamaba suspirando:

—Soy tan sensible de corazón, fuí entonces tan cándido, que al hablarme el Príncipe de esa manera, á pesar de haberme demostrado la experiencia su doblez y su perfidia, le creí, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Pero prosigamos la narración.

—¡Manuel mío!—exclamó después el Príncipe llorando:—me alegro que vengas, para decirte que me han engañado y me han perdido esos bribones... Nada he guardado en contra tuya... Quiero

ser tu amigo; solamente tú me puedes sacar de la aflicción en que me encuentro.

—Ese ha sido el objeto de mi venida—respondió Godoy,—á pesar de hallarme todavía calenturiento.

Fernando le tomó la mano, y exclamó:

—Es verdad; tu piel arroja fuego. ¡Cuídate mucho, Manuel mío, que vales mucho, y tu muerte sería para España una pérdida irreparable! ¡Qué desgracia si tal sucediera, Dios mío! Estás ardiendo.

—Y ardo también—repuso Godoy—de amor hacia V. A., el hijo de mis Reyes, el que tantas veces he tenido en mis brazos y por quien daría mil vidas que tuviera.

Y dice Godoy cuando estas cosas refiere:

«—Y yo lloraba aún más que el Príncipe; pero mis lágrimas eran verdaderas, salían de mi alma. ¿Quién sabe si las suyas, en aquel momento, lo eran igualmente?»

—Creo en lo que me dices—prosiguió Fernando;—no vendrías á verme de la manera que has venido, sino para consuelo de mis penas. ¿Has hablado con mis padres? Estarán muy enojados, ¿no es verdad? ¿Podré esperar que me perdonen? Mira, Manuel, todo lo he declarado; he nombrado á todos los reos, sin ocultar á ninguno. ¿Puedo dar seña-

les más evidentes de mi arrepentimiento? Si me queda que hacer más todavía, á todo me encuentro dispuesto para satisfacer á mis queridos padres... y á tí también te pido que me per...

—¡Señor, señor!—interrumpió Godoy;—la distancia es inmensa para que V. A. se produzca de ese modo con un *esclavo* de su casa... Que V. A. mude de concepto en cuanto á mí, es lo único que deseo y le ruego; no he venido con otro fin que con el de pedir por V. A.

—Manuel, Dios te lo premie—prosiguió Fernando.—¿Quién, sino tú, podría ser mi medianero? Yo he escrito ya muchos borradores, con objeto de enviar una carta á SS. MM.; pero era menester un hombre como tú, que se encargase de llevarla, que intercediese al mismo tiempo, y que fuese oído sin desconfianza. No he visto más que á Caballero, y me ha desconsolado, diciendo que todavía no es tiempo; mas, para tí, cualquier tiempo será bueno. ¿No querrías tú dictarme las palabras que mejor convengan para mover los corazones de mis padres?

—Las mejores palabras—repuso Godoy,—serán las que á V. A. le inspiren sus propios sentimientos. Si yo las dictara y el Rey me preguntase si eran mías, yo no podría negárselo. Escriba V. A., que yo me encargaré de llevar lo escrito y uniré

mis ruegos á los de V. A... Mañana es el día del Rey; he querido ganar estos instantes como los más propicios; conviene no retardar.

*
* *

El Príncipe escribió entonces las dos cartas sin fecha, que se publicaron en el decreto de perdón de 7 de Noviembre de 1807. El Príncipe de Asturias se expresó en las dos cartas del modo siguiente:

«Papá mío: He delinquido, he faltado á V. M. como Rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de V. M.; pero fuí sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus Reales pies á su reconocido hijo, *Fernando.*»

«Mamá mía: Estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y Reyes, y así, con la mayor humildad, le pido á vuestra majestad se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus Reales pies á su reconocido hijo, *Fernando.*»

Así terminó el arresto del Príncipe de Asturias, vuelto á la gracia de sus padres á fuerza de descargar el peso de la abortada conjuración sobre las espaldas de sus cómplices.

1808

Consejo de familia.

Comprendía Napoleón que el Príncipe de Asturias no tenía ninguna de las cualidades que necesita un hombre para gobernar una nación, y por eso favorecía sus planes de conspiración para convertirlo en juguete de sus amaños cuando ciñera la corona de su padre. Supo el Capitán del siglo, por conducto de su Embajador, el desenlace que habían tenido los sucesos de El Escorial, y desagradable sobremanera que Fernando no hubiera triunfado, y por eso escribía, entre otras cosas, á su representante en carta reservada:

«Paciencia. Es necesario que el Príncipe de Asturias comprenda que el Imperio le protege, y para darle una prueba de mis simpatías hacia su persona, he propuesto al Rey D. Carlos que el joven Príncipe contraiga matrimonio con la hija de mi hermano Luciano, el cual se manifiesta contento y satisfecho de este enlace, etc.»

Con efecto, adelantaron con rapidez las negocia-

ciones referentes á la boda, con beneplácito de los Reyes de España y del Príncipe de Asturias, sin que Napoleón descubriese claramente que trabajaba contra el anciano Monarca.

Era, pues, necesario adormecerle en su confianza. El Embajador francés Beauharnais pidió una conferencia con el favorito Godoy; y obtenida, le manifestó lleno de júbilo que S. M. I. y R. había enviado á Madrid dos magníficos tiros de caballos como regalo para S. M. el Rey Carlos IV, y que ya se encontraban los corceles en Caballerizas. Que tuviese la dignación de hacerlo presente á Su Majestad, con lo cual quedaba terminado su encargo.

Y fué de ver el júbilo del anciano Monarca viendo en el dominador del mundo europeo, no sólo un aliado, sino un verdadero amigo. Pasó á Caballerizas toda la familia Real y el privado, donde demostraron con elogios y admiraciones la hermosura de los animales y la delicada cortesía del Emperador.

* * *

Pero volveré al proyecto de boda. Ya D. Fernando había enviado su retrato en miniatura, que fué recibido en Mántua, donde se hallaba la prometida, y esperaba el Príncipe de Asturias con ansiedad el de la novia; pero Izquierdo, Embajador de

España en París, escribió una carta confidencial á su amigo D. Manuel Godoy, manifestándole que la prometida se oponía resueltamente á contraer esponsales con el Príncipe de Asturias. Que era sabedor de una contienda muy acalorada entre Luciano y su hija, porque aquél se había entusiasmado con la boda; pero la novia se había resistido y *derramado lágrimas* para ablandar la tenacidad de su padre, y que por esta razón no le enviaba el retrato tan *deseado y apetecido.*

¿Cómo revelar este contratiempo? Se desprende, por lo que después aconteció, que Godoy habló reservadamente con María Luisa y mostró la misiva confidencial del Embajador, y que la Reina encontró medio decoroso para aconsejar á su hijo que desistiera del proyectado enlace.

Cuéntase que, pasados algunos días, D. Fernando, que siempre había sido suspicaz y malicioso, hubo de comprender la maraña, y que en cierta ocasión dijo á Godoy en tono de chunga y familiar:

—He comprendido el juego, Manuel; á mí no me la da ningún chato. La hija del franchute me ha dado calabazas; no he de apurarme por semejante bagatela.

***

El pobre Carlos IV se manifestaba cada vez más contento, presumiendo cándidamente que su hijo había obrado y aún obraba de buena fe, y que al fin se había restablecido la paz doméstica en Palacio.

No conocía el infeliz viejo que el proceso formado contra su hijo había producido un efecto contraproducente para su persona y la de su esposa.

Los adictos á Fernando le creían inocente, y hasta víctima de aquella trama, urdida por Godoy y la Reina. El pueblo bajo, sobre todo, adoraba cada vez más al Príncipe de Asturias, al par que crecía el odio contra su madre, y las gentes de los barrios bajos, con especialidad las manolas, demostraban sus simpatías hacia Fernando á su manera, y en los festejos, donde era de moda entonces bailar lo que se llamaba la *cachucha,* entonaban estribillos como éste:

«Viva Fernandito, carita de rosa,
y muera su madre, por escandalosa.»

***

El confiado Carlos, no habiendo conocido en su hijo el disimulo que interiormente abrigaba, creyó en las pruebas que le manifestaba de cariño, porque decía Fernando con repetición á sus padres:

—¿Puedo haber hecho más que delatar á mis instigadores?

No desconocía D. Carlos que las masas aborrecían á Godoy, y hasta pensó en resignarse al sacrificio costoso de separar al valido de los negocios, si á tan alto precio podía comprar la tranquilidad de su casa y la de la nación. Antes de verificarlo quiso oir á su hijo y conocer por su respuesta si era ó no posible dilatar más tiempo aquella dolorosa resolución.

Cierta mañana, después de haber oído misa en la capilla toda la familia y de haber comulgado el Infante D. Carlos, terminado el almuerzo llamó el Rey al Príncipe de Asturias, que, obediente, se presentó cón alegre semblante, en que parecía que se transparentaba la sinceridad.

Estaban juntos el Rey, la Reina, Fernando y el privado Godoy.

Todo presentaba el aspecto de un consejo de familia, en el que, tomando la palabra el Monarca, después de exponer la perturbación en que se encontraba Europa, los peligros de la patria y la necesidad de fortificar la unión que entre todos reinaba, expresó con reconocimiento los nuevos procedimientos del heredero de la Corona, y preguntóle cariñosamente:

—¿Te consta, hijo mío, que los hombres que te

lisonjearon con engaños han desistido por completo de sus planes?

—Tengo esa seguridad, señor, respondió Fernando con entereza.

—¿Crées tú que para debilitar y acabar con las pasiones convendría retirar al Príncipe de la Paz de los negocios públicos?

Fernando miró al privado, y el Rey añadió:

—Cuento con su conformidad. Me ha dicho Manuel que desea retirarse.

La Reina apoyó á su esposo en igual sentido, y Fernando, tomando una actitud solemne y un acento enérgico, contestó:

—Me opongo resueltamente al retiro del amigo de mi padre, del mediador, á cuyos buenos oficios se debe la reconciliación de la familia. El Príncipe de la Paz no debe separarse del timón del Estado, sino trabajar para salvar la patria, inmolando sus deseos de vivir lejos de la corte, á la ventura de tantos millones de hombres.

Al Rey se le saltaban las lágrimas de gozo. Fernando conocía que hablando de esta manera halagaba los deseos de sus padres, y tuvo la habilidad de engañarlos. Para corroborar sus sentimientos, añadió:

—No con halagos, sino con castigos, deben extinguirse los restos de la facción que me puso en el

borde del precipicio, porque los malvados no ceden sino al verdugo.

Luego, dando la mano á Godoy y apretándola con cariño, exclamó:

—Manuel, sacrifícate á la felicidad pública.

Aquí no tuvo ya límites el gozo del anciano Rey, que abrazó tiernamente á su hijo, sin poder contener el llanto que invadía sus ojos.

¡No se concibe mayor perfidia! Sus demostraciones indicaban que las palabras que brotaban de aquellos labios eran la expresión de su alma; que desplegaba sus alas un corazón abierto á la generosidad en presencia de los que le escuchaban. Sin embargo, el ilustre vástago sabía que pronto iba á sonar la hora del destronamiento de su padre, y que la conspiración abortada en El Escorial se reproduciría pronto en Aranjuez y con más odiosos caracteres.

* * *

Entre tanto, las tropas francesas, al mando de Junot, se habían apoderado de Portugal, viniendo en pos el destronamiento de la Reina de Etruria. Luego los franceses invadieron á España y tomaron nuestras plazas fuertes por traición. Quedó convencido el generalísimo Godoy que Napoleón iba á quitarse la máscara y á descargar los rayos de su furor contra la corte de El Escorial.

Suspensión de viaje y proclama real.

La causa de El Escorial era el tema favavorito de todas las conversaciones en la corte y en las principales ciudades de España; y el resumen de tan encontrados pareceres era, que el Príncipe de Asturias había sido víctima inocente de una villana conjura, formada y alimentada por el Príncipe de la Paz. Eran pocos, muy pocos, los que penetraban los ocultos propósitos de Fernando. Alguno los entendió; pero se conoce que los guardaba en lo íntimo de su conciencia sin quererlos revelar públicamente, y que impuesto en las intrigas palaciegas y dolido de la buena fe del anciano Rey, los quiso revelar de la siguiente manera:

El Ministro Caballero recibió un pliego anónimo dirigido á su persona, pero que al dar comienzo á la escritura, decía: «Para S. M. el Rey Carlos IV.»—La opinión habla mucho, y no sabe lo que se pesca. Generalmente miran todos al Príncipe de Asturias como un redentor, y se llevarán un solemne chasco, porque su afán es destronar á su padre. Trabajan en este empeño el Conde de Montijo, que hace tres días ha venido en posta desde

Cádiz, y se alberga disfrazado de arriero en casa del calesero Fermín Ladueña (a) *Malacapa*, residente en la calle del Horno de la Mata, junto á la tienda de un panadero.

Allí le ha visitado D. Francisco Manuel de Jáuregui, Guardia de Corps y amigo de confianza del Príncipe de Asturias, y uno de los más decididos conspiradores. Los frailes trabajan mucho en igual sentido, lo mismo en los conventos que en el confesonario, porque hay muchos devotos fingidos humildes de cuerpo y soberbios de corazón, ¡tan malos!... ¡tan malos!... como el Conde de Montijo, que también se confiesa y comulga y es un bellaco. Los frailes pueden hoy mucho; su poder es colosal: se esconde en las nubes y sobrepuja al trono; su influjo se extiende á todas las clases, y esto lo sabe Fernandito, y tratándose de España es una realidad el atrevido pensamiento de aquel seráfico pintor que dibujó al globo terráqueo atado con un cordón de San Francisco, cuya punta tenía en su mano un fraile con este lema: «*Todo lo podemos.*— Un habitante de la corte, que lee á escondidas á Voltaire, á Rousseau y Machiavello.»

El primer impulso de Caballero fué poner el anónimo en manos del Rey; pero lo pensó más despacio, y lo leyó á Godoy privadamente, y éste, aprovando la conducta del Ministro, dijo:

—¿A qué desazonar á S. M. cuando empieza á conocer, aunque tarde, la perfidia de su primogénito, y se encuentra hoy aterrado al ver á la Península invadida por las huestes del Emperador de los franceses?

Y era la verdad; porque los franceses continuaban entrando en nuestro territorio en número de 100.000 hombres, y ocupaban militarmente nuestras principales fortalezas, y el General Murat había fijado en Burgos su cuartel general.

Era también muy cierto que el Conde de Montijo había llegado á Madrid disfrazado, y que el Guardia Jáuregui le había enviado un emisario de su confianza, diciéndole en un papel sin firma: «Mañana á las cuatro sale el Príncipe de Asturias solo, en coche, á la Casa de Campo, y recibirá á vuestra merced donde se apée, y como no lleva escolta y el caballerizo es de nuestra compañía, podrá hablar á vuestra merced. Vista traje pobre, lleve un memorial en la mano como si pidiera limosna, y se ahuyentarán las sospechas de los guardas y demás empleados, que dirán: ¡Qué bueno es su alteza! ¡Con cuánto cariño trata á los pobres.»

Y se hizo todo como lo relataba el aviso. El caballerizo, que era de la confianza del Príncipe de Asturias y había escuchado algo de lo que se habló en la entrevista de la Casa de Campo, discurriendo

después con el Guardia Jáuregui le dijo estas ó parecidas palabras:

—Nada creo que se ha concertado en definitiva, porque la masa no está en sazón todavía; pero el Conde de Montijo ha dicho que es menester que corra la voz de que los franceses vienen á libertar al Príncipe de Asturias de su cautiverio, á destruir á Godoy y á obligar al Rey á que abdique la corona en favor del Príncipe de Asturias.



Habíanse trasladado los Reyes al palacio de Aranjuez, en las márgenes del Tajo, y allí acudió Godoy una mañana con evidentes señales de turbación y desasosiego. Presentóse á los Reyes en esta situación, y quisieron inquirir pronto la causa de tanta inquietud, y dijo Godoy:

—Es necesario que vuestras majestades emprendan el camino hacia Andalucía. El vuelo que han tomado en España las águilas imperiales, es conocido; veo una inmediata presión y es preciso asegurar el tránsito á las Reales personas para impedir cualquiera maniobra de los franceses.

Dichas estas palabras, apoyadas con argumentos propios en aquel trance, comenzó á llorar María Luisa, pero el Rey la consoló diciendo:

—¿Cómo tan pusilánime y atemorizada la hembra que siempre se manifestó tan resuelta?

—Presiento una trama horrenda, dijo la Reina.

Y, sin embargo, no conocía toda su profundidad, ni sabía que su hijo era el que tenía á su cargo los principales hilos de la urdimbre.

Carlos IV llamó inmediatamente á sus Ministros, y les anunció con el mayor secreto que había resuelto trasladarse á Sevilla inmediatamente. Se dieron las órdenes oportunas para que la guarnición de Madrid marchase á Aranjuez, lo cual dió mucho asunto para pensar. El Capitán General de Castilla, D. Francisco Negrete, asustado, y de acuerdo con el Consejo, representó con el mayor respeto al Rey las desastrosas consecuencias que podía originar el abandono de la capital de España; pero aunque estas observaciones se hicieron con prudencia y sigilo, enteróse de ellas Jáuregui, las transmitió al Conde de Montijo, y éste, con el auxilio del calesero, divulgó por Madrid la noticia de que el Rey salía de Madrid con la familia real, en dirección á Sevilla, mientras que Fermín el calesero, en medio de un grupo numeroso reunido una noche en la calle de Cuchilleros, gritaba con desafuero:

—Dicen que el Rey quiere ir camino de Sevilla; pero es una trampa. En Sevilla se embarcará

para Cádiz, y desde Cádiz se va *á las Américas de Méjico,* y nos deja con un palmo de narices, metidos entre franceses; y todo, sólo por no entregar el cetro á *Fernandito*.

Y el calesero era muy escuchado, porque tenía gran poder entre la gente del pueblo, porque era valiente, muy amigo de los toreros más afamados, y generoso con los necesitados. Por eso el Conde de Montijo, que era inclinado á las amistades con los toreros, conoció á Fermín y le encontró hombre apropiado para auxiliarle en la conjura.

El Padre fray Luis de Zúñiga, de la Orden de Recoletos, célebre predicador y en olor de santo, en un sermón que pronunció en su misma iglesia con ocasión de un novenario á San Roque, después de enaltecer al perro que le curaba las llagas, mezcló en su plática palabras y frases como estas:

«... No son los perros de ahora como los de entonces; no lamen para curar, sino muerden para martirizar...

»Es necesario enfrenar y castigar las criminales mordeduras del perro acariciado por una señora... ¡y muy señora! que yo y mis hermanos en Jesucristo conocemos...»

Un médico de Palacio escribía á un cuñado que tenía en Zaragoza, lo siguiente, entre otras cosas de familia...

«En mi pobre opinión, el omnipotente soldado del siglo está en íntimas relaciones con el Príncipe de la Paz, y tan pronto como los Reyes se hayan embarcado, se irá tras ellos Godoy, el que se entregará en brazos de Bonaparte para recoger el precio de haberle vendido á España, como otro Conde D. Julián, á los hijos del Profeta Mahoma.»

Sin embargo, la plática del Padre recoleto había hecho grande impresión, y á la caída de la tarde recorrían las calles de Madrid grupos cada vez más numerosos.

Estos incidentes, que llegaron á noticia del Rey, le decidieron á suspender su viaje, y dió al público la siguiente proclama:

«Amados vasallos míos: Vuestra noble agitación en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazón; y yo, que cual padre tierno os amo, me apresuro á consolaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos; sabed que el ejército de mi caro aliado el Emperador de los franceses, atraviesa mi reino con idea de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse á los puntos que amenaza el riesgo de algún desembarco del enemigo, y que la reunión de los cuerpos de mi Guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viaje que la malicia os ha hecho suponer

como preciso. Rodeado de la acendrada lealtad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exigiese, ¿podría dudar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecieran? No; esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles: tranquilizad vuestro espíritu: conducíos como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro Rey, y veréis en breves días restablecida la paz de vuestros corazones, y á mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi familia y vuestro amor. Dado en mi Palacio real de Aranjuez á 16 de Marzo de 1808.—*Yo el Rey.*—A D. Pedro Cevallos.»

Satisfecho el pueblo sano en su primer impulso de que los Reyes no se ausentaban, acudió tumultuosamente á Palacio y los vitoreó, teniendo que asomarse al balcón á recibir los saludos y aclamaciones de la muchedumbre.

El Príncipe de Asturias, en tanto que atronaban fuera las aclamaciones, preguntaba en voz baja al Guardia Jáuregui:—¿Qué hacemos? Nuestro proyecto, por lo pronto, se lo ha llevado la trampa. Pregunta al Infante D. Antonio lo que debemos hacer.

Primer motín de Aranjuez.

Don Manuel Francisco de Jáuregui, Guardia de Corps, muy amigo del Príncipe de Asturias, al ver el giro que tomaban los asuntos de la conjura, y estimulado por lo que le había dicho D. Fernando, voló á la casa de Oficios y Caballeros, un semipalacio de Aranjuez, destinado para alojamiento de la servidumbre del Rey. Aquí se encontraban ocultos el Infante D. Antonio, algunos nobles y el Conde de Montijo, en traje de peregrino, con el cual recorría los inmediatos pueblos al Real Sitio, y en Chinchón le conocían y le llamaban *el tío Paco*.

Cuando Jáuregui llegó al departamento que ocupaba el Infante D. Antonio, hermano del Rey, eran las nueve de la noche; penetró en una antesala, y observó que al lado de una mampara cerrada, estaba un hombre arrodillado con un rosario en la mano, el cual, al notar la llegada de Jáuregui, se levantó y proguntóle lo que quería.

—¿Me conoce usted?—preguntó Jáuregui.

—Sí, señor, repuso el devoto, que era un ayuda de cámara del Infante.

—Entonces—añadió el Guardia,—avise mi ve-

nida al señor Infante, y pronto, que urge mucho que yo le hable cuanto antes.

El sirviente vacilaba; pero notando la impaciencia de Jáuregui, le respondió:

—En este momento no es posible complacer á vuestra merced; está el señor Infante rezando el Rosario con la servidumbre, pero pronto terminará la devoción, pues en estos instantes rezan la Letanía y no queda después más que las oraciones á la Virgen del Socorro, y las súplicas á San Pascual por el bien de la cristiandad y exterminio de las herejías.

Jáuregui creyó prudente seguir el consejo del sirviente, Pedro de la Rinconada, antiguo guardia walona, tuerto por haber perdido un ojo á consecuencia de una perdigonada que recibió, por un errado disparo del Infante, en una cacería, y fué recompensado con el empleo de ayuda de cámara del Duque del Infantado.

Terminado el rezo, fué Jáuregui recibido, y supo el Infante, según menuda relación del Guardia, que el pueblo estaba satisfecho, después de haber leído la proclama del Rey; que SS. MM. habían sido vitoreadas, por lo cual quedaba la trama tan quebrantada como deslucida. Venía el Guardia, por lo tanto, á pedir consejo de parte de S. A. el Príncipe de Asturias.

Apuro grande para el Infante que, aun cuando revoltoso, era escaso de entendimiento para dar una rápida y acertada opinión; pero contaba para estos trances difíciles con los consejos de su comilitón, el Conde de Montijo, *hombre*—decía—*de mucha sabiduría y mañoso para las cosas más empinadas.*

Mandó, pues, al tuerto Rinconada, que le buscase inmediatamente, porque era sabedor del aposento en que se encontraba, que era una especie de chiribitil, inmediato á la caballeriza, donde efectivamente le encontró arrimado á un brasero viendo á tres mozos de cuadra que jugaban á los naipes á la luz de un farol.

El de Montijo conocía al Guardia, por lo que, al verle, se levantó, salió al patio y escuchó el mensaje del Infante y las frases lisonjeras que había expresado respecto á su gran sabiduría para salir de grandes apuros. Cuentan que el Conde de Montijo contestó:

—Lo que quiere el Duque del Infantado es sacar el ascua con mano ajena, escarmentado por la sentencia de muerte que recayó sobre su persona por los asuntos de El Escorial; pero de todas maneras, hace bien, y ya que no quiere dar la cara, dígale que apronte buenas onzas de oro, como yo lo hago, que para estos lances hace falta dinero.

El Conde de Montijo se avistó al siguiente día con el Duque del Infantado, y quedó convenido que avisase á sus monteros y esparciesen la voz de que los Reyes querían escaparse con el Príncipe de Asturias, y que era necesario oponerse y no dejar que le entregasen al tirano Godoy. Que el Príncipe de Asturias divulgase esta voz entre los Guardias por conducto de Jáuregui, y una vez madurado el plan, se diese comienzo á la asonada, con el fin de prender al favorito y despedazarle.

***

Los Oficiales de la Guardia, alentados por D. Manuel Francisco de Jáuregui, se prepararon para la conjura, y no vacilaron ya para llevar adelante el movimiento.

La noche del 17 de Marzo rodeaba la multitud el palacio de Godoy, capitaneada por el Conde de Montijo, á quien los campesinos, armados de palos y otros instrumentos ofensivos, llamaban *el tío Paco*. Este aspecto desusado atemorizó al valido, pues tenía razones poderosas para sospechar que todo aquello era una preparación contra su persona, y antes de salvarse del peligro que corría, quiso libertar á su ilustre manceba doña Josefa Tudó, Condesa de Castillofiel, con la cual hacía vida marital, por encontrarse separado de su mujer. Por

indicación terminante de Godoy, se metió en un coche y salió del palacio escoltada por algunos guardias de honor del Príncipe de la Paz; pero visto esto por la muchedumbre, comenzó á gritar desaforadamente y se dirigió al carruaje precipitada para detenerle, á los gritos de: «¡Que se llevan á Fernando!» El Conde de Montijo, seguido de algunos monteros del Infante D. Antonio, iba á la cabeza de los amotinados. La escolta pretendió resistirse, y ya iba á comenzar la lucha, cuando doña Josefa Tudó, asomando la cabeza por la portezuela del coche, exclamó:

—¡Cese la reyerta! Señor Conde de Montijo, le he conocido; diga vuecelencia á los que le acompañan, que no es el Príncipe de Asturias el que va en este coche, sino la Condesa de Castillofiel.

—Ya lo veo—repuso el Conde,—la Pepa Tudó. Siga su camino, que nadie la molestará, puesto que el pájaro está en la jaula y no volará.

Dejaron camino libre al coche, pero la multitud se arremolinó frente á la puerta del palacio de Godoy, sin más señales de hostilidad que el murmullo natural de mucha gente reunida, que esperaba una señal, ó una voz de mando, para emprender mayores cosas.

Mientras tanto, el Príncipe de Asturias, que acechaba escondido tras las cortinas de un balcón lo

que sucedía no lejos del Alcázar Real, cuando sonaron las doce de la noche, puso una de las luces de su cuarto en la ventana que miraba á aquella parte, que era la señal convenida para que empezase el tumulto. Un guardia, llamado Merlo, disparó al momento un tiro de pistola, y un corneta, preparado para el intento, dió el toque de botasillas, y principió el alboroto, tomándose los diferentes caminos y salidas del Palacio Real por donde pudiera emprenderse el viaje, objeto del descontento público y pretexto solapado de los jefes de aquella trama.

***

El Rey se había recogido aquella noche temprano, amagado por un recio ataque de gota reumática, y cuando se enteró por María Luisa de lo que ocurría, llamaron corriendo á Fernando, que se presentó ante el regio doliente dando señales de una fingida turbación, como si ignorase la causa del tumulto.

—Ya ves cómo me encuentro—dijo el Rey á Fernando.—Sal al balcón y tranquiliza al pueblo.

—¡Que te vean!—exclamó la Reina,—y se convencerán todos de que no existe semejante proyecto de partida.

Y como observase que el heredero del trono vacilaba, prosiguió:

—¿Qué haces? ¿Qué te detiene, Fernando?

El Príncipe de Asturias respondió estas palabras:

—Yo no puedo hacer lo que de mí solicitan, porque tengo la triste seguridad que tan pronto como me asome al balcón se rompe el fuego, y no habrá ya medio de contener el estrago.

El Rey quiso levantarse del lecho á pesar de los fuertes dolores que experimentaba; pero su esposa le detuvo, y abrazándose á su cuello, y oyendo la gritería, exclamó llorando, pero sin disimular la rabia:

—No te muevas de la cama: nada conseguirías sino exponerte á una muerte segura por la crudeza del tiempo. La negativa de tu hijo revela su perfidia, su traición... ¡No me habían engañado!

Fernando sonrió malignamente, y volvió la espalda, diciendo:

—Puede mi señora madre pensar lo que mejor le venga en antojo.

*
* *

La casa del Príncipe de la Paz fué asaltada por la muchedumbre y ferozmente saqueada.

Sería la una de la madrugada cuando un Gentilhombre anunció á la Reina que unos cuantos campesinos, que conducían una espuerta, solicitaban hablar con SS. MM.

Apresuróse á preguntar María Luisa:

—¿Dónde está el Príncipe de Asturias?

Este apareció de pronto, y dijo á la Reina:

—No se moleste, madre mía; yo he recibido á esos hombres para evitar un desacato.

—¿Qué solicitaban de nosotros?—preguntó la Reina.

—Venían en son de paz—repuso Fernando.—Era su intento presentar á mis padres parte de los despojos de gran valor sustraídos del palacio del Príncipe de la Paz, para manifestar que en el saqueo no ha predominado la codicia. Han traído una espuerta llená de veneras, collares de las órdenes con que el Príncipe ha sido condecorado, pues los amotinados han querido hacer ostentación y dar pruebas de que sus directores son todos jefes de elevada esfera, que maldicen de corazón al favorito, cuyo reinado tenía que desaparecer.

La Reina procuró reprimir su encono, y respondió con voz temblorosa:

—Voy á consolar á tu afligido padre, y á decirle que en estos momentos apruebas el motín, y que maldices sin disfraz lo que pocos días antes encarecías, y que entregas al furor de la plebe al hombre á quien alargabas la mano llamándole tu salvador y la esperanza de la nación española.

—De consejo muda el sabio—respondió Fernando con sequedad.

Los desmanes y tropelías cometidos en el palacio de Godoy están descritos y comentados en muchas partes, y como no hubo en esta escena ningún episodio ignorado que yo pueda transmitir á mis lectores para dar novedad á este trabajo, me limitaré á apuntar aquí que, al amanecer del día 18, apareció firmado por el Rey el siguiente decreto: «Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, de sus empleos de Generalísimo y Almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode. Tendréislo entendido y lo comunicaréis á quien corresponda.—Aranjuez 18 de Marzo de 1808.—A D. Antonio Olaguer Feliú.

Publicado este decreto, volvieron los Reyes á ser objeto de nuevas aclamaciones, y también tuvieron que asomarse al balcón para recibir los acalorados plácemes de la muchedumbre. Los aclamados disimulaban su dolor, porque sabían que buscaban á Godoy por todos los rincones de su palacio con propósitos poco generosos.

Arresto de D. Diego Godoy.

En tanto que la muchedumbre hacía todo género de esfuerzos por inquirir el lugar donde se encontraba escondido Godoy, los sublevados Guardias de Corps invadieron la Casa de Oficios y penetraron en la estancia que servía de alojamiento á don Diego Godoy, hermano del Príncipe de la Paz, que disfrutaba á la sazón del empleo efectivo de Coronel de Guardias españolas.

Encabezaba la soldadesca un Guardia de Corps llamado Saturnino Uribarren, antiguo amigo de Jáuregui, hombre revoltoso, díscolo y no ajeno al rencor, que le excitaba el deseo de una venganza, pues cuentan que una ilustre señora á quien Uribarren requería de amores, le había desdeñado y preferido al hermano del favorito. Encontró, pues, Uribarren momento propicio para satisfacer su odio contra el Coronel de Guardias españolas, á quien odiaba de muerte. Encontrábase D. Diego escribiendo cuando invadieron su aposento; levantóse de la mesa y despedazó rápidamente el papel en que escribía y le arrojó á la chimenea. (No he podido investigar el contenido de aquel escrito, que

debió ser interesante y expuesto, cuando se manifestó tan apresurado para inutilizarle.)

Uribarren apostrofó al Coronel con singular altanería, lanzando sobre su persona calificativos soeces y bochornosos, que obligó al apostrofado á responder lo sigüiente:

—Solamente los cobardes son capaces de tales injurias cuando se ven amparados por la indisciplina. No me hablaría usted de ese modo frente á frente y en campo cerrado.

Uribarren se manifestó indiferente á las leyes del pundonor, y auxiliado por sus secuaces, despojó á D. Diego de las insignias de Coronel, y después de haberle maltratado con nuevas injurias, se disponía á atarle para conducirle arrestado á su cuartel. Pero acertó á entrar allí Jáuregui en estos momentos, que, aun cuando era adversario de don Diego, predominaba en su espíritu el instinto de la caballerosidad, y dirigiéndose á Uribarren, le manifestó con aspereza que así no procedían los hidalgos, añadiendo:

—A los enemigos se los mata en buena lid; pero no se los vilipendia cuando se encuentran sin defensa y abatidos.

Jáuregui sólo pudo evitar que atasen al prisionero; pero fué conducido á su cuartel en clase de arrestado. Sin embargo, durante las primeras ho-

ras de su arresto, fué insultado por algunos Guardias, á quienes D. Diego conocía, por lo que, pasados los primeros momentos de la tempestad, pidió recado de escribir, y se desahogó escribiendo á Jáuregui la siguiente carta:

«Señor D. Manuel Francisco de Jáuregui.—20 de Marzo de 1808.—No cumpliría con un deber de gratitud, si no me manifestase reconocido por su honrosa intervención en los momentos en que pretendían humillarme la noche del 19 en la Casa de Oficios. Obró usted como un perfecto caballero, y se lo agradezco; pero ya que la perfidia de Uribarren ha sido tan extremada como odiosa, de la que procuraré vengarme *noblemente* cuando se despeje el cielo de la tempestad, deseo que usted conozca quién es Uribarren y algún otro satélite del cometa sedicioso que alumbra la Real cámara de SS. MM.

Saturnino Uribarren, Guardia de Corps, carece de la calidad de noble para pertenecer á tan ilustre cuerpo. Es hijo de un Padre carmelita relacionado con la lavandera del convento, la cual le dió á luz. Educóle D. Dionisio Talavera, Capellán de las Arrepentidas, y le prohijó la Marquesa de Rionestosa, hija de confesión del Padre carmelita, y el Marqués le recomendó para que fuese incorporado en el regimiento de Guardias de Corps.

Nicanor Santiesteban es hijo bastardo del Conde Salvatierra, habido en la célebre naranjera llamada la *Polaca*, que tenía su puesto frente al convento de las monjas de la Concepción. Educóle la cocinera del Conde, el cual, amenazado por el bastardo con una pistola, le dió el apellido que lleva é imploró el favor de mi hermano el Príncipe de la Paz, para que ingresase en el cuerpo de Guardias que deshonra; y reconocido á la protección de mi hermano, me insulta y me colma de injurias desde la ventana de mi encierro, llamándome *intruso* y otras cosas peores. Evaristo Camargo, es ladrón ó ratero de un reloj de doble tapa con repetición, que robó á su misma novia durante los ejercicios piadosos que se celebraban un Viernes Santo en la Real Capilla. Robo descubierto por el Marqués de Cerralbo, joven pundonoroso que, indignado, le quiso estrangular en una casa de juego, y mi hermano pudo disuadir al Marqués para que no recayese la mancha en el Cuerpo. Hoy sostiene relaciones ilícitas y hasta escandalosas con la célebre bailarina la Fernanda, que tanto se distingue en el gran baile de *Céfiro y Flora*, en el coliseo del Príncipe. Fué motor del gran escándalo promovido en el coliseo de la Cruz la tarde que se estrenó la comedia titulada *Los siete Infantes de Lara*.

Estos son, Sr. D. Manuel Francisco de Jáuregui,

los méritos de esos bellacos que me han injuriado con todo linaje de denuestos. Pido á Dios que llegue un día en que pueda decir todas estas cosas en pleno concurso; pero usted ya las sabe, y le autorizo para que las ponga en noticia del primogénito..., etc., etc.»

Esta carta fué entregada al Príncipe de Asturias, quien, después de haberla leído sonriendo, la entregó á Jáuregui, diciéndole:

—Dile que otra vez que te escriba no lo haga con los renglones tan torcidos.

Y no dijo más, ni se volvió á hablar del asunto. Verdad es que en esta sazón tenía Fernando asuntos demasiado graves con que dar ejercicio á su imaginación.

*
* *

La agitación en el Real Sitio continuaba; la llama del incendio no estaba apagada, por lo que, temeroso el anciano Rey de nuevos trastornos, mandó á los Secretarios del despacho que pasasen la noche del 18 de Marzo en Palacio.

Carlos no pudo conciliar el sueño en toda la noche, y lo mismo sucedió á su esposa María Luisa, la cual oró mucho y se encomendó á todos los santos del cielo para que la libertasen de tan tremendos conflictos.

Amaneció la mañana del 19, y el Ministro Caballero pidió permiso para saludar á los Reyes y retirarse á descansar. El Príncipe de Castellfranco y los Capitanes de Guardias de Corps, Conde de Villariezo y Marqués de Albudeite, fueron los introductores para que el Ministro penetrase en la cámara real.

Dijo el Monarca á Caballero:

—Oye lo que dicen Villariezo y Albudeite.

Y usó de la palabra el primero para hablar de esta manera:

—Acabamos de revelar á S. M. que dos Oficiales de Guardias, bajo secreto y palabra de honor, nos han declarado que para esta misma noche hay preparado un tumulto peor y más peligroso que el anterior.

El Ministro de Gracia y Justicia preguntó á los Oficiales:

—¿No responden ustedes de las tropas?

Albudeite replicó:

—Dudamos que la tropa nos escuche; yo creo, por mi parte, que arriesgamos la vida; pero ésta importaría poco si consiguiéramos calmar la sublevación.

—Creo—interrumpió Villariezo—que únicamente el Príncipe de Asturias puede remediar el gran daño que se prepara.

Caballero, entonces, pidió permiso á los Reyes para pasar al cuarto del Príncipe de Asturias, y le fué concedido.

Don Fernando estaba en la cama todavía, contra su costumbre, porque era tan madrugador como su padre, pero había pasado la noche con las inquietudes naturales que le proporcionaba la conjuración. Sin embargo, avisado por el Gentilhombre de servicio, aunque soñoliento, permitió que le hablase el Ministro, y mandó que le condujeran hasta el aposento en que reposaba, suponiendo que algún asunto urgente le movía.

Hablaron el Monarca y el Ministro; éste reveló á Fernando la denuncia de los Oficiales de Guardias, y dijo, entre otras cosas:

—No será tan fiero el león como le pintan; han hecho mal en alarmar á mis padres. Si, como dices, suponen esos caballeros que solamente yo puedo desbaratar el tumulto, ¿por qué no me han hablado antes de verse con los Reyes? Pero, lo mismo Villariezo que Albudeite, me profesan mala voluntad.

—No lo creo—interrumpió el Ministro.

Y añadió Fernando:

—Lo mismo que yo sabes tú que esos dos señores son amigos de Manuel Godoy.

Caballero evadió la respuesta, y suplicó al Prín

cipe de Asturias que se sirviera pasar al cuarto de los Reyes para tranquilizarlos. Vistióse Fernando á toda prisa y, acompañado de Caballero, se presentó ante sus padres.

Cuando la Reina le vió entrar se adelantó llorando y le dijo con acento doloroso estas ó parecidas palabras:

—Fernando, ya que tu afligida madre no sea bastante poderosa para mover tu corazón, mira compasivo á tu anciano padre, cada vez más agobiado por los trastornos domésticos y nacionales. Esta noche se reproduce el motín; evítalo, pues nos consta que tienes influjo para sofocar el incendio.

—Esa—respondió Fernando—es la opinión del señor Marqués de Albudeite y la del Conde de Villariezo. Veremos si aciertan. Haré cuanto me sea posible para conjurar la tormenta. ¿Ha escuchado V. M. lo que digo?—preguntó á su padre, que, sentado en un sillón, escuchaba lo que se hablaba mirando al suelo sin pronunciar una palabra.

El Rey alzó los ojos; miró á su hijo con triste gravedad, levantóse del sillón y dijo estas sentidas palabras:

—¡Dios te conceda... lo que mereces!

Y se puso á mirar el jardín por una de las ventanas del aposento.

***

Fernando mandó llamar con urgencia á los segundos jefes de la Casa Real; dispuso que sus más leales criados buscasen á ciertas personas con encargo de tranquilizar la efervescencia popular y la de las tropas, y escribió á su tío, el Duque del Infantado, una carta con estas lacónicas palabras: «Es menester que Montijo regrese á Madrid con los amigos que le acompañan, pues hay necesidad de aplazar la obra para momentos más propicios. He dado mi palabra y deseo que se cumpla.—*Fernando.*»

Estas órdenes, encaminadas á suspender la sedición, fueron un estímulo para precipitarla.

Segundo motín y prisión del favorito.

Las órdenes que había dado el Príncipe de Asturias para que no se efectuase la segunda asonada de Aranjuez, ó fueron poco respetadas ó intencionalmente desobedecidas con el consentimiento del que las había dictado para cubrir las apariencias.

Es el caso que el tumulto atronaba las calles de Aranjuez con su gritería, y la tropa no acudía á poner coto á los sediciosos, cada vez más osados y amenazantes.

El Príncipe de la Paz se hallaba en su dormitorio, disponiéndose para acostarse, la misma noche del 17 de Marzo, y oyó de cerca la gritería de los amotinados y un ruido pertinaz y confuso, como si derribaran puertas para asaltarlas. Efectivamente, la guardia de honor que custodiaba el palacio de Godoy había sido atropellada, y, aunque poco numerosa, pudo defenderse y dilatar el tiempo para que el Príncipe pudiera escaparse; pero existe algún que otro papel que me afirma que el Comandante de la guardia, D. Federico Picardo y varios soldados estaban en el complot, por lo que no hubo en aquellos instantes ni aun el simulacro de la resistencia.

Eran los gritos de los invasores tan ruidosos y desaforados; los insultos tan groseros y tan resueltas las amenazas, y escuchó todo esto tan cerca el infortunado valido, que, azorado y pensando solamente en poner á salvo su existencia, cubrióse con un capote de bayetón que encontró á manos, abrió un mueble que tenía delante de la cama y sacó de él puñados de onzas de oro, que metió en sus bolsillos. Tomó luego dos pistolas y un panecillo de la mesa en que poco antes había estado cenando.

Encaminóse precipitado á una puerta secreta que daba paso á la casa inmediata, perteneciente

á la Duquesa viuda de Osuna; pero olvidando la llave, aun cuando quiso volver por ella, sintió que ya había gente en el paraje que debía servirle de tránsito, y no tuvo más remedio que retroceder y buscar ocultos senderos para subir presuroso á un desván y ocultarse en él detrás de un rollo de esteras viejas, que le sirvieron de refugio y pantalla. Allí permaneció escondido treinta y tres horas, padeciendo todo linaje de tormentos: miedo, rabia, hambre, frío y sed, mientras amigos y enemigos le creían camino de Andalucía.



Cediendo el escondido más que á la fatiga y á la falta de alimento, á la sed que le devoraba, resolvió exponerse á la muerte á trueque de beber un poco de agua. Pero apenas puso la planta en el primer salón, se halló frente á frente de un centinela de guardias walonas, que, asombrado de aquella aparición, se interpuso á su paso, preparándose para dar la voz de alarma.

Comprendiólo Godoy, y le dijo:

—No grites; escúchame antes.

Detúvose el guardia walona, y oyó del prisionero estas palabras:

—Sígueme á donde yo te lleve, y si logro abrir con la punta de tu bayoneta la cerradura de una

puerta, mira estas onzas de oro—añadió mostrándolas,—ellas pueden hacer la felicidad de toda tu vida.

El centinela miró las onzas de oro; pero se conoce que no le dominó la codicia; porque respondió:

—Aunque me ve su merced guardia walona, no soy flamenco, sino hijo de Jerez, y nengún jerezano se vende. ¡Cabo e guardia, ya paresió aqueyo!

Pronto acudieron algunos Guardias, y tras ellos el joven oficial subalterno de Reales guardias Walonas D. Vicente Quesada, en época posterior tan afamado por sus hechos y su desastrosa muerte, padre de D. Jenaro Quesada, Capitán general en nuestros días y hace poco tiempo fallecido.

—Deploro el hallazgo, pero dése preso, señor Príncipe de la Paz—dijo el joven Quesada.

—Joven y caballero Oficial—contestó Godoy,—acaba usted de darme el tratamiento de Príncipe, lo cual indica que, acatando la voluntad del Rey, que me ha condecorado, se halla usted aquí para defenderme de injustas agresiones, y no para prenderme.

Quesada respondió:

—Yo obedezco las órdenes de mis inmediatos superiores, sin preguntarles de dónde dimanan, y

se me ha preceptuado poner estorbos á su salida y prenderle. Soy, pues, obediente...

—¡A la sedición!

—No lo sé.

—¡Es usted un faccioso!

—Válgale su desventurada situación que respeto, para no contestarle de otra manera, señor D. Manuel Godoy, causante de la ruina de España...

—¿No me llamaba usted hace poco Príncipe de la Paz?

—Y en recompensa me ha llamado usted faccioso, y yo le apellido ahora con la palabra que le regala el vulgo... con el calificativo de *el Choricero*.

Y era la verdad, que tal epíteto le daba el vulgo, aludiendo á ser hijo de Extremadura.

Aumentóse el número de Oficiales, entre los cuales venía Jáuregui, alma y vida de la conjura, y éste fué el que, dirigiéndose al privado, le aconsejó la resignación, añadiendo que no perdiera los momentos en dejarse conducir al cuartel, porque crecía el tumulto, sabedor del hallazgo, y sería impotente su guardia para contener los ímpetus del populacho, aglomerado en la puerta del palacio.

Debilitado Godoy por la forzosa abstinencia en

que le había tenido la prolongada reclusión, miró el desnudo y saqueado aposento, donde no habían quedado más que tres ó cuatro cornucopias y algunos rotos tapices, y exclamó falto de aliento:

—¡Ni una silla donde poder descansar!

Le trajeron un banco del cuerpo de guardia, después una taza de caldo que le presentó Jáuregui, aconsejándole que no dilatara su estancia, puesto que crecía el motín y tenía pocos amigos que le quisieran defender.

Cuando hubo tomado aquel corto alimento, le traían unos bizcochos, pero se negó á tomarlos, y solamente pidió con encarecimiento que se le permitiese reemplazar el capote de bayeta que ceñía con otra ropa digna. Custodiado por Quesada, pasó á otra habitación, en la que encontró sus muebles despedazados y extraída la ropa provisional que solía llevar á los Reales sitios, y hubo necesidad de que un Oficial de guardia walona le diese su levitón de esclavina, con el cual se arropó, cubrió su cabeza con un tricornio y descendió al patio y penetró en el centro del piquete de caballería de Guardias de Corps que le esperaba, más que para conducirle como preso, para libertarle del furor de la muchedumbre que esperaba su salida en la calle.

Aquí conviene apuntar las palabras de un histo-

riador que se refieren á este asunto; se expresa del siguiente modo:

«El populacho, armado de palos, estacas, picas y toda clase de instrumentos punzantes, hería al preso y lo aguijaba en el tránsito, cual si fuese una bestia feroz. Apiñábanse para escudarle los generosos Guardias en torno suyo, pero la desenfrenada y rabiosa plebe, para abrir camino á la muerte que ansiaba darle, metía los palos por bajo el vientre de los caballos, levantábalos por junto á los hombros de los ginetes y descargaban cuantos golpes podían. Apoyaba el infeliz sus manos en los arzones de las sillas de los caballos para mejor resguardarse, y llevado así en alto, sosteniéndose difícilmente, tenía que seguir el precipitado trote con que aceleraban la marcha sus defensores, temiendo el furor, que crecía á cada momento. Y jadeando, muerto de fatiga y de dolor en tan larga travesía, cruzando calles y plazas, asaeteado y maldecido, hubiera sido víctima de sus inhumanos verdugos, si el miedo de quitar su vida á los Guardias no hubiese descaminado los certeros tiros de los conjurados, que no obstante le habían llenado de heridas.»

* * *

Inmediata al cuartel de Guardias de Corps había una horchatería, acreditada de muchos años,

concurrida por los Guardias, á quienes servían Nicanor Rentelles y su esposa Felipa, llamada la *Valenciana*. Cuando entraba en el cuartel el prisionero, custodiado por la escolta, estaba Felipa en la puerta, y condolida del favorito é indignada de los procedimientos de la plebe, con las manos en la cintura, ó como suele decirse en jarra, exclamaba en alta voz:

—¡Vaya una hazaña! ¡Vaya una hazaña!... ¡Qué valientes! ¡Tantos contra un pobre hombre!

Salváronla de una agresión popular el prestigio que tenía entre los Guardias y la presteza con que la escondió su marido, cerrando su puerta. Quedó fuera, colgada en la pared, una jaula con dos tórtolas, á las que cuidaba Felipa con amor; y recordándolo, tornó á abrir la puerta, descolgó la jaula y entró con ella en la casa, sin cuidarse de los insultos que la multitud le prodigaba, antes bien, no volvió á cerrar la puerta sin exclamar:

—¡Avechuchos! ¡Cobardes!

Este pasaje fué muy celebrado después del motín y mereció los plácemes de los Guardias de Corps, que la querían por su carácter jovial... y *tremendo*, y sobre todo, porque no era pobre y prestaba dinero—sin grande usura—á los Guardias poco afortunados en la mesa de juego.

Cuento estas cosas menudas, porque agradan

más los hechos graves, cuando se ven salpicados de estas agradables bagatelas, que recojo con tan curioso interés como los sucesos más levantados, y porque creo, que así como á mí me han entretenido, pasará lo mismo á mis pacientes lectores.



Llegó á noticia de los Reyes la desventura de su valido, y viendo Carlos IV el amargo pesar de su esposa, y lamentando él también dolorosamente la suerte de su desventurado amigo, llamó á su hijo Fernando y le presentó un papel del Comandante de los Guardias, en que decía: «Señor: Crece el motín; los sediciosos se aparejan para atropellar la guardia. La guarnición de Aranjuez permanece encerrada en sus cuarteles; nadie nos auxilia; sólo el Príncipe de Asturias puede salvar la vida del Príncipe de la Paz.—Cuarto de banderas, 18 de Marzo de 1808.—*Benito Bayón*.»

Obedeció Fernando, no al mandato, sino á la súplica de sus padres, que le encarecían la necesidad de salvar la vida del privado. Montó á caballo el Príncipe de Asturias, y seguido de diez Guardias de Corps se dirigió al lugar del tumulto, donde fué saludado con ruidosas aclamaciones, que el vanidoso y mal intencionado Príncipe acogió con orgullo poco disimulado.

Arengó á las turbas, aconsejándolas que desistiesen del empeño de atentar contra la vida del prisionero, pues daba su palabra de que se sometería al juicio de los Tribunales y que las leyes decretarían lo justo. Disipóse el motín, y tuvo don Fernando el triste placer de entrar en el cuartel para visitar al valido y recrearse en sus desventuras, lo cual es de suponer por el siguiente diálogo:

—¿Qué es eso, Manuel?

—¿Y V. A. se digna preguntarlo?

—Te he salvado la vida, Manolo.

—Doy por ello infinitas gracias á V. A.

Y con gran serenidad en tan peligroso lance, le preguntó:

—¿Es ya Rey V. A.?

—Todavía no—contestó el Príncipe de Asturias; —pero pronto lo seré.

Y repuso Godoy, con una inclinación de cabeza:

—Tengo el honor de anticiparme para dar á V. A. mi cumplido parabién.

Volvióle la espalda D. Fernando sin responderle, y dijo al jefe de la guardia que le acompañaba:

—Manda venir un cirujano para que cure á ese infeliz, que parece un *Ecce homo*.

La profecía del Padre Cecilio.

Cuando D. Carlos IV y su hermano D. Antonio Pascual, vivían en buena amistad, solía este último visitarle en Palacio y agasajar al Rey y á la Reina con alguna medalla bendita en Jerusalén, ó con alguna reliquia que tenía en grande estima por su sagrada procedencia.

Sucedió que una mañana temprano entró don Antonio en la Cámara real con una de estas embajadas en los momentos en que los Reyes se disponían para tomar el chocolate, y, como era natural, lo mismo D. Carlos que Doña María Luisa invitaron á la ilustre visita para que los acompañase en el desayuno, á cuya invitación se manifestó propicio el Infante, lo cual mereció el parabién de la Reina, porque gustaba de la conversación de su cuñado, no por lo amena y sabia, antes bien porque la entretenía, como ella decía, *el donaire con que mi buen cuñado ensarta los dislatés que otros llaman majaderías.*

Durante el desayuno lamentóse el Rey de que hacía ya algunas semanas que el chocolate que le traían no era de la mejor calidad, y pidiendo pare-

cer á su hermano sobre si su queja era ó no fundada, D. Antonio, que halló en esta consulta una ocasión propicia para patentizar su gran talento, introdujo la lengua dentro de la taza, paladeó después el espeso líquido, y respondió sentenciosamente:

—Ha sido descuidada la tarea. Pero yo pondré remedio para que en lo sucesivo tomes un chocolate superior, como nadie lo toma, más que yo y sus fabricantes.

Dijo esto con tal énfasis y tan empinado de pescuezo, que sin duda creyó que prestaba un gran servicio á la Corona.

No obstante, es menester tener en cuenta que S. M. el Rey Carlos IV, siendo muy dado á esta bebida, para él matutina y vespertina, dió su merecida importancia á las palabras de su hermano, el cual, conociendo el interés del Monarca, le manifestó:

Que en el convento de Agustinos de San Felipe el Real había un lego que era el primer fabricante de chocolate del mundo entero; que este lego era el director de las tareas que semanalmente se ejecutaban en el convento para el consumo de la Comunidad únicamente; pero que siendo el Infante amigo muy devoto del Prior del convento, el Padre Fray Cecilio de Acapulco, por privilegio especial le enviaba semanalmente una tarea para el abaste-

cimiento de su casa, y que tomaba y saboreaba con delicia el chocolate, cuya delicadísima elaboración estaba á cargo del lego.

No he podido averiguar su nombre, á pesar de mi prolija diligencia, que al fin era el héroe de este raro suceso, y creí que debía apuntarle.

Desde aquella mañana quedó acordado que, por la intervención del Infante, el chocolate que tomasen los Reyes procediera de la fábrica incógnita del convento de Agustinos de San Felipe. Y caten mis leyentes al ilustre D. Antonio envanecido y esponjado ante el gran servicio que había prestado á SS. MM. Pero este servicio trajo cola, es decir, desazones, como verán mis lectores.

Enterado el Prior de San Felipe, quiso sacar provecho de sus merecimientos, y de la primera tarea que se envió al Palacio quiso Fray Cecilio ser el portador del mensaje, que, habiéndose anunciado, fué recibido por SS. MM., quienes le besaron la mano y le invitaron á una plática detenida y amena.

Estas presentaciones se repetían todas las semanas, con beneplácito de los Reyes; pero con el andar del tiempo, vinieron las insinuaciones más ó menos codiciosas por parte del Prior.

Logró predicar en la Real Capilla en un aniversario de la muerte del Rey Carlos III, donde el

orador sagrado derramó toda su elocuencia para ponderar las virtudes del finado y las buenas prendas del sucesor y las bondades de la Reina, por todo la cual recibió plácemes de Sus Majestades.

Omitiré pormenores, que harían demasiado prolija mi labor, y diré, para resumir, que Fr. Cecilio aspiró á la plaza de confesor del Rey, de lo cual se enteró la comunidad; y por eso cuentan que decía el lego chocolatero:

—Si sube á ese puesto, á mí me lo debe.

El padre Cecilio no logró lo que solicitaba; antes, por el contrario, tuvo que lamentar los desabrimientos del confesor militante, que le escribió con aspereza, de lo cual resultó que estos competidores se profesasen odio mortal.



En las covachuelas de San Felipe vivía un botonero, llamado Luciano Pereyra, hijo de un portugués, que había heredado la tienda y el crédito de su padre.

Era el que fabricaba y vendía los botones de metal dorado con las insignias labradas de todos los cuerpos de la guarnición de Madrid, y en algunas ocasiones el que confeccionaba los uniformes de los Oficiales de los Guardias de Corps, y adquirió tal crédito entre la oficialidad por lo airosas y entalla-

das que salían las casacas, que tuvo muchos amigos en el cuerpo de Guardias, que le protegían y fomentaban su bienestar, pues era bastante rico.

Presentóse una contrata de uniformes para los Guardias de Corps; pero una influencia incógnita se la concedió á otro sastre, con sentimiento de Pereyra y disgusto de los Guardias. Uno de éstos, al oir las quejas del desairado, le dijo:

—Tenga usted paciencia, Pereyra. Ha sido un antojo del Príncipe de la Paz; pero pronto rodará su cabeza por el suelo, y el Rey tendrá que abdicar en su hijo Fernando; y si no lo hace, sé de cierto que las vidas del Rey y de la Reina corren peligro.

Asustóse el botonero; ¿y cómo no en aquellos tiempos en que tanto se respetaba á los Reyes? También es verdad que los españoles no ignoraban que la cabeza de Luis XVI había caído bajo el golpe de la cortadora guillotina.

De todas maneras, las palabras del Guardia horripilaron á Pereyra, y como un deber de conciencia quiso revelarlas á su confesor, que lo era en aquella sazón Fray Cecilio de Acapulco, su vecino, puesto que la celda del Prior estaba encima de las covachuelas.

*
* *

Transcurrió algún tiempo, durante el cual estuvo Fray Cecilio guardando en su pecho la triste revelación del botonero.

Vinieron los sucesos de Aranjuez, en otra parte apuntados, pero días antes del primer motín presentóse Fray Cecilio en el Palacio y solicitó una corta entrevista con los Reyes; y fueren tan misteriosas las palabras del fraile ante la persona que debía introducirle, que el palaciego avisó á los Reyes como si se tratase de una gran revelación.

Recibieron los Reyes al padre Agustino, el cual, después de saludar á SS. MM. reverenciosamente, hablóles en esta sustancia:

—Una inspiración divina (la del botonero) me trae á presencia del augusto matrimonio. Se preparan grandes acontecimientos; los deploro, pero Dios ordena las cosas según su santísima voluntad. El confesor de S. M. el Rey Carlos IV pudo indicar antes que mi humilde persona, la futura catástrofe; pero no lo ha hecho, y yo digo á la majestad del Rey Carlos IV que se apresure á una pronta y rápida abdicación en favor del Príncipe de Asturias, pues de lo contrario la preciosa vida de los Reyes corre peligro.

Inclinó respetuosamente la cabeza y se ausentó, dejando á los regios consortes sumidos en la más grande consternación. Es el caso que mientras du-

raron las perturbaciones de Aranjuez, no olvidaban los Reyes la profecía del P. Cecilio.

***

La sedición en que tanto riesgo corría la existencia de Godoy, había sido casual, motivada por su inesperado encuentro; pero faltaba el tumulto anunciado á los Reyes por el Príncipe de Castelfranco y los Capitanes Villariezo y Albudeite.

Estos repitieron al Rey las palabras que había pronunciado el Príncipe de Asturias en el cuartel de Guardias al hablar con el privado, afirmando que pronto sería Rey. Algunos criados, que permanecían fieles á D. Carlos, le manifestaban que la trama era muy vasta y que corría peligro la vida de los Reyes.

Con efecto, los jefes de la conjuración no tenían ya el pretexto de Godoy, preso y humillado, para encender de nuevo las pasiones populares, por lo que intentaron mandar poner á la puerta del cuartel un coche con seis mulas, y circularon la voz de que por *orden del Rey* partía el preso á la ciudad de Granada. Esta falsa noticia exaltó al pueblo, que hasta prorrumpió en denuestos contra los Reyes; se abalanzó al carruaje, cortó los tirantes, se apoderó de las mulas y destrozó el coche.

Enterados los Reyes de la trama y de que se

lanzaban gritos subversivos contra las Reales personas, se aterrorizó el Rey sobremanera, y no sólo vió que peligraba la existencia del favorito, sino también la suya; y María Luisa, al verle tan atribulado, cuentan que exclamó:

—¡Acuérdate de la profecía del P. Cecilio! ¡Abdica para poner á salvo tu existencia y la mía!

Volvió á salir Fernando para calmar el alboroto, y tornó el pueblo á recibirle con estrepitosas aclamaciones, y supo Carlos IV que su hijo, al dirigirse á la multitud, aconsejaba la moderación; pero no decía nada para desmentir la fábula inventada en favor del prisionero. Supo el Rey que Jáuregui y sus secuaces gritaban: «¡Viva Fernando, Rey de España!»

Y repetía la Reina:

—¡Recuerda la profecía del P. Cecilio! ¡Abdica! ¡Salvemos nuestras vidas y la del pobre Manuel!

Mientras que Fernando calmaba el motín, Carlos IV se apresuró á convocar, para las siete de aquella misma tarde del 19, á los Ministros. Llamó á su hijo, y en presencia de sus Consejeros, se despojó de la diadema, la colocó en la frente del primogénito, y firmó el siguiente decreto:

«Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del

gobierno de mis reinos y me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el Príncipe de Asturias. Por lo tanto, es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como Rey y señor natural de todos mis reinos y dominios.

Y para que éste mi Real decreto de libre y espontánea abdicación tenga un exacto y debido cumplimiento, lo comunicaré al Consejo y demás á quien corresponda.

Dado en Aranjuez á 19 de Marzo de 1808.—Yo el Rey.—A D. Pedro Ceballos.»

Los partidarios de Fernando se apresuraron á transmitir al pueblo la gran novedad, y la festejaron con atronadoras aclamaciones á la puerta de Palacio, y durante este bullicio, el nuevo Rey besaba la mano á su padre.

Quiso hacer lo mismo con su madre; pero ésta, al notar la intención de su hijo, le volvió la espalda diciendo:

—¡Caiga sobre tu cabeza engalanada la justicia de Dios!

Fernando se sonrió y se retiró á su cuarto, donde le esperaban sus adeptos, que se postraron, le

besaron la mano y le dieron el pomposo título de Majestad.

Y decía Carlos IV hablando con los pocos parciales que contaba:

—He conocido en toda su desnudez el intento de la sedición. No he abdicado; he sido destronado... ¡por mi hijo!

***

Restablecida la calma, Carlos IV escribió á Napoleón una carta, acompañada de una protesta que fijaba la opinión de aquellos acontecimientos de un modo auténtico é irrecusable, poniendo de manifiesto las gradas por donde su hijo había subido al trono.

Entre otras cosas le escribía:

«Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guarnición sublevada me hacían conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la Reina.»

Esta carta, llena de tristes convicciones, la escribió Carlos IV en castellano y con el mayor secreto, y María Luisa la tradujo al francés para que Napoleón la comprendiese mejor, y terminaba con la siguiente advertencia:

«Disimule V. M. I. y R. los defectos de la dicción, porque hace mucho tiempo que no escribo en francés: pero ha sido necesario el secreto, y copio los pensamientos de mi esposo de la mejor manera que puedo.—De V. M. I. y R. su más afecta hermana y amiga,—*María Luisa*.—23 de Marzo de 1808.»

La protesta declarando nula la abdicación llevaba la fecha del 21 del propio mes.

Excesos en Madrid el 19 de Marzo de 1808.

Llegó á Madrid la noticia de la prisión del Príncipe de la Paz. La generación presente, para quien ha sido frecuente espectáculo el de los tumultos, no podía comprender el efecto que hizo en aquella generación de 1808, ver por primera vez campante la sedición.

Poco ántes de anochecer del día 19 de Marzo, acudió la enfurecida plebe con extraordinaria algazara y en confuso tropel á la calle de Alcalá, y á la casa de D. Diego Godoy, hermano del favorito, situada en el que es hoy segundo pabellón del

Ministerio de la Guerra, esquina al paseo de Recoletos, que era propiedad suya.

En breve apareció debajo de las ventanas la luz de una hoguera, y asomados á las mismas ventanas hombres de la peor traza posible, arrojando por ellas al fuego todo cuanto encontraban; todo esto acompañado de gritos furibundos y mueras contra los objetos del público odio.

Tengo á la vista una carta que escribió D. Cayetano Soler, Ministro de Hacienda, á un Canónigo de Toledo, en la que, hablándole del suceso y de los peligros que había corrido durante la destrucción de sus muebles, decía, refiriéndose á lo ocurrido en su casa, de D. Diego Godoy: «...es el que más pérdidas ha experimentado, y me han referido personas que se acercaron al teatro de aquella violencia, que vió á muchas personas recatándose y con bultos, como que traían objetos robados, lo cual le demostrará, mi buen amigo, que si no fué hecho común apropiarse los objetos encontrados en las casas saqueadas, tampoco hubo el nimio y general respeto á la propiedad, que tanto ensalzan nuestros enemigos para disculpar los excesos cometidos. Ha llegado á mi noticia que la Abadesa de las Descalzas Reales es poseedora de un brasero de metal, con una tarima de gran valor, perteneciente á este bárbaro saqueo, regalo

particular de un esclarecido amigo de usted, el Canónigo Escoiquiz, que ha querido agasajar á la ilustre reclusa con un despojo de la sedición del 19 del pasado mes... ¡Cosa extraña! nadie ha pensado en hacer daño á la casa del Marqués de Caballero. También es menester no olvidar que jugaba con dos barajas, y que, dado á la mascarada política, tenía una careta para los Reyes y el Príncipe de la Paz, y otra para el Príncipe de Asturias y sus desventurados secuaces...»

Existe, aunque es documento raro, un cuaderno impreso, sin año ni pie de imprenta, con una relación minuciosa de las casas invadidas y saqueadas, que se encabeza de la manera siguiente: *Lista de los domicilios asaltados por el* GRAN PUEBLO LIBERTADOR *contra los bribones que arruinaban la* NACIÓN DE ESPAÑA, *digna de mejores gobernadores y de* REYES PUNDONOROSOS, *y otras cosas.*

En esta relación, donde aparecen 19 casas invadidas, se mencionan la de D. Manuel Godoy; la de su hermano D. Diego; la del Marqués de Franciforte, su cuñado; la del exministro Alvarez y Soler; la de D. Manuel Sixto Espinosa; la de Amorós, y la del Canónigo Duro. La relación termina con la siguiente advertencia interrogatoria:

«¿Por qué se libertó de este cautiverio providencial el poeta de los comediantes D. Leandro Fer

nández de Moratín, el escritor que inventaba romances muy cucos, poniendo en los cuernos de la luna al célebre Choricero?

Sin embargo, también el autor de *El sí de las niñas* tuvo sinsabores originados por este movimiento.

Tenía el poeta un criado muy beato recomendado por su difunto padre, y esta respetable recomendación le obligaba á tolerar sus infinitas majaderías. Acostumbrado á tratarle con familiaridad, por haberle conocido niño, le reprendía con aspereza el día festivo que, por pereza ú otras ocupaciones, no había oído la misa de precepto.

Una vez tuvo la audacia de pedirle, pasada la Pascua Florida, la cédula que daban las parroquias en el acto de la Comunión, para indagar si había cumplido con la iglesia. Moratín no quiso tolerar semejante investigación, y le expulsó de su casa.

El viejo beato le acusó al cura párroco, manifestándole que, si D. Leandro le entregaba la cédula de cumplimiento de Iglesia cuando el cura fuese á recogerla, que así se practicaba, esa cédula era falsa, comprada al sacristán, á fin de entregarla para que no apareciese su nombre en la lista que se fija en el pórtico para vergüenza de los judíos que no cumplen con el divino precepto. Le acusó

de que no ayunaba, que le vió comer jamón con un cadete de milicias en Jueves Santo, y que tenía en un cajón de su mesa un legajo de papeles, en cuya cubierta decía: «Apuntes reservados para el Príncipe de la Paz.»

El cura, que no era intolerante, agradeció al delator la denuncia, y no le pareció conveniente proceder contra D. Leandro; pero visitó á su amigo D. Juan Nicasio Gallego, y le reveló la denuncia del doméstico, para que hablase con Moratín, y le aconsejase que inutilizara los papeles que guardaba y se relacionaban con el caído privado.

Don Juan Nicasio Gallego le respondió que Moratín era su enemigo literario, y que no podía encargarse de esta comisión; pero que buscaría persona adecuada para tan benéfico empeño.

Con efecto, encargóse de esta misión D. Nicanor Sallajosa, Oficial de artillería, agudo de ingenio, muy instruído y admirador del poeta, aun cuando también lo era de D. Juan Nicasio Gallego y de Quintana.

Visitó á Moratín, le manifestó las funestas revelaciones de su vengativo doméstico y le aconsejó que quemase los apuntes reservados que tenía referentes al Príncipe de la Paz, pues podría suceder que su sirviente manifestase sus escrúpulos en

otras partes donde no fuera desatendida su relación, y viniera en pos un registro que diera ocasión á mayores desazones.

Moratín agradeció la caritativa advertencia, y para demostrar la impostura del delator y la importancia de los apuntes, sacó el legajo que tanto pavor le infundía, y manifestó el borrador de un proyecto que iba á presentar á D. Manuel Godoy para el establecimiento de un sistema penitenciario en España, y una extensa exposición para que se desterrase de las costumbres judiciales de la nación la pena de azotes; castigo vergonzoso y soez que no debe existir en los países civilizados.

En este mismo legajo había una carta borrador muy vieja y muy cariñosa, dirigida en vida á don Ramón de la Cruz, aconsejándole que abandonara la composición del sainete y emprendiese la tarea de hacer comedias en dos ó más actos, pues lo conceptuaba digno de su fama en trabajos más elevados y de auxiliarle en la reforma del decadente teatro Español.

***

La relación ó lista de las casas saqueadas omite el ataque directo de la muchedumbre arrebatada á la Iglesia de San Juan de Dios, vulgarmente llamada de Antón Martín. Notóse por lo que voy á

decir que, aun entre los pueblos más religiosos y en los alborotos cuyo origen y objeto nada tienen de religiosos, es común tratar con irreverencia las cosas en tiempos ordinarios respetadas.

La causa de haberse dirigido los amotinados á la iglesia de San Juan de Dios, fué que, agradecida la religión de San Juan de Dios al Príncipe de la Paz por haberle mostrado favor respetando sus bienes al venderse otros de obras pías, en consideración á la utilidad de su instituto, resolvió poner en la iglesia un retrato bajo dosel, lo cual fué ejecutado. La tumultuada plebe madrileña pidió, pues, con imperiosas y nada reverentes voces la salida del templo de aquella pintura, y, como deben suponer mis lectores, fué puntualmente obedecida.

Sacaron el retrato del valido, y antes de quemarle fué paseado en son de mofa y escarnio procesionalmente, y un tambor de guardias provinciales iba delante de la procesión con el sombrero de pico en la mano, y sustituyendo en la cabeza un bonete de clérigo, que dicen había pertenecido al Canónigo Duro, cuya casa había sido antes saqueada.

El tamborcillo iba entonando una cosa á manera de responso, y moviendo su sable á guisa de hisopo á derecha é izquierda.

Una manola, acompañada de varios mozuelos de su jaez, después de haber arrojado sobre el lienzo un gran puñado de verdura y otros objetos inmundos, arrebató la pintura de manos de los que la llevaban, y en bullicioso tumulto fué quemada en la esquina de la calle de Santa Isabel, en medio de atronador vocerío.

Supusieron algunos que la referida pintura era de Goya, y fueron á participárselo á su casa; pero el pintor respondió que no era cierto, que los religiosos de San Juan de Dios le encargaron la obra, pero que no quiso desempeñarla porque los *tales sacerdotes no entendían de arte y pagaban miserablemente*.

Aquella misma noche buscaron los insurgentes el retrato de D. Fernando, al que ya le gritaban con el nombre de Rey, y le colocaron en la fachada de la Casa de la Villa, con pabellones y vistosas iluminaciones, y le hicieron la guardia varios soldados de la guarnición, mientras que el populacho acudía en grupos á las casas de los empleados más conocidos por amigos de Godoy, apedreaban sus balcones y los denostaban con todo linaje de improperios.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE



CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS DE ESTA CASA TERMINADAS Y EN VENTA

D. RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS.

El Anillo de Satanás (agotada).—Dos tomos, 56 reales.
Las Islas maravillosas.—Idem id., 74 íd.
La Justicia de Dios.—Idem id., 70 íd.
El Rey de los Bandidos.—Idem íd., 70 id.

D. JULIÁN CASTELLANOS.

Odio de raza.—Dos tomos, 58 reales.
La Venganza de un proscrito.—Idem íd., 78 íd.
El Hijo de la noche.—Idem íd., 80 íd.
El Favorito de la Reina.—Idem id., 78 íd.
Roberto el Pirata.—Idem íd., 80 íd
La Hija del verdugo.—Idem íd., 80 íd.
Los Maldicientes.—Idem id , 74 íd.
El Destripador de mujeres.—Idem íd., 82 íd.
La Ciega del Manzanares.—Idem id.. 80 íd.
El Mendigo de Madrid.—Idem íd., 80 íd.

D. EDUARDO LÓPEZ BAGO.

Los Asesinos.—Dos tomos, 70 reales.

D. ANTONIO FLORES.

Fe, Esperanza y Caridad —Dos tomos, 63 reales.

D. TORCUATO TÁRRAGO.

El Secreto de una tumba.—Dos tomos, 74 reales.
El Nido de los Duendes.—Idem id., 76 id.
El Monje de la Montaña —Idem íd., 70 id.
El Reloj de la muerte.—Idem id., 74 id.

BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO

Á TRES PESETAS TOMO

Van publicados once tomos de **D. Eduardo López Bago**, y doce de diferentes autores.

ELEMENTOS DE HISTORIA NATURAL, por Salazar — Un tomo en 4.º prolongado, en pasta, 48 reales en Madrid y 52 en provincias.

VEINTE LECCIONES DE FRANCÉS, por D. Luis Besses. —Un tomo, 20 reales.

EL GRAN APÓSTOL, vida legendaria de San Pablo, por A. Bravo y Tudela.—Un tomo en 4.º, de cerca de 300 páginas —Precio: 12 reales.

HISTORIA DE SANTA CATALINA DE SIENA, por don Adolfo de Sandoval.—Un tomo de 336 páginas, en 4.º—Precio: 12 reales.

DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, por Picatoste.—Un volumen en 8.º, encuadernado en tela, 16 reales y 20 en provincias por razón de certificado.

DICCIONARIO FRANCÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-FRANCÉS, del mismo autor.—Un volumen en 8.º, encuadernado en tela, 16 reales y 20 en provincias, certificado.

DICCIONARIO LATINO-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-LATINO, precedido de *Prolegómenos gramaticales*, por D. F. Salazar.—Encuadernado en rústica, 42 reales; en tela ó pasta, 48.

QUÍMICA ORGÁNICA, por el Dr. Carracido.—Un volumen en 4.º prolongado, de 928 páginas.—96 reales en rústica en Madrid y 100 en provincias.—La encuadernación en pasta 8 reales.

PROSODIA CASTELLANA Y VERSIFICACIÓN, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de 2 reales.

ARQUITECTURA DE LAS LENGUAS, por D. Eduardo Benot.—Tres tomos, tamaño 4.º prolongado; encuadernados en tela, 152 reales.—También se reparte por cuadernos semanales de 56 páginas, á 4 reales uno.

NOVÍSIMO MÉTODO PRÁCTICO DE LA LENGUA LATINA, por D. Francisco Salazar; dos volúmenes, ó sean 1.° y 2.° Curso, con su Clave de temas por separado.—20 reales cada uno, encuadernado en tela.

DICCIONARIO DE ASONANTES Y CONSONANTES, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de 2 reales.

La obra está terminada: consta de un volumen, que encuadernado en tela vale 76 reales.

ANATOMÍA QUIRÚRGICA Y TRAUMATOLOGÍA CRANEAL, por el Dr. D. Miguel Slocker de la Pola.—Se reparte por cuadernos de 64 páginas, al precio de 4 reales. Sólo consta de 8 cuadernos.

Está terminada la obra, que consta de un volumen, que encuadernado en pasta se vende á 40 reales.

EN PREPARACIÓN

Aritmética general, por D. Eduardo Benot.

Políticos de Antaño, por D. Ildefonso Antonio Bermejo.—Tomo II.

